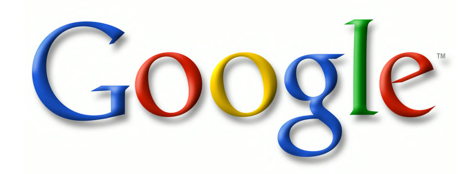
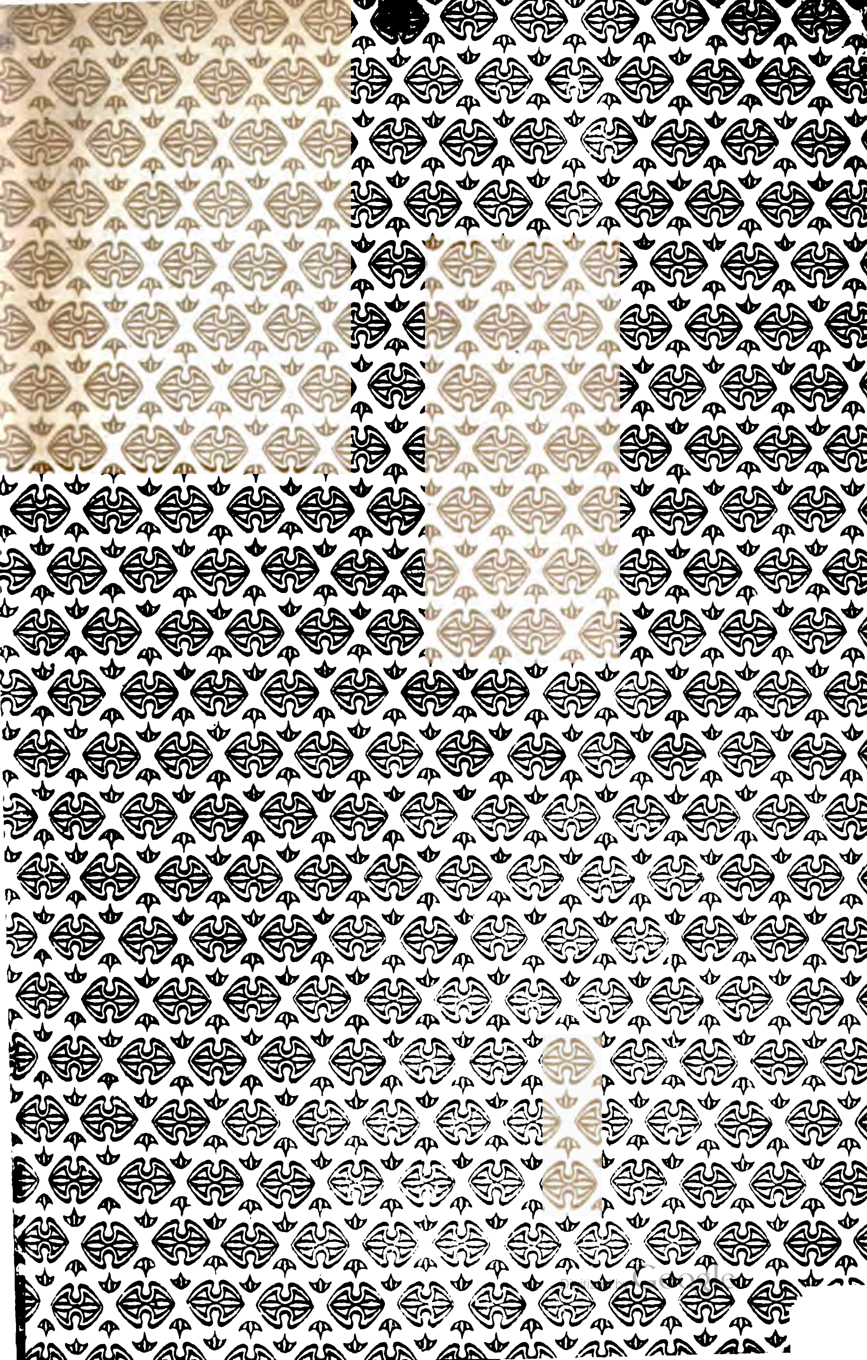
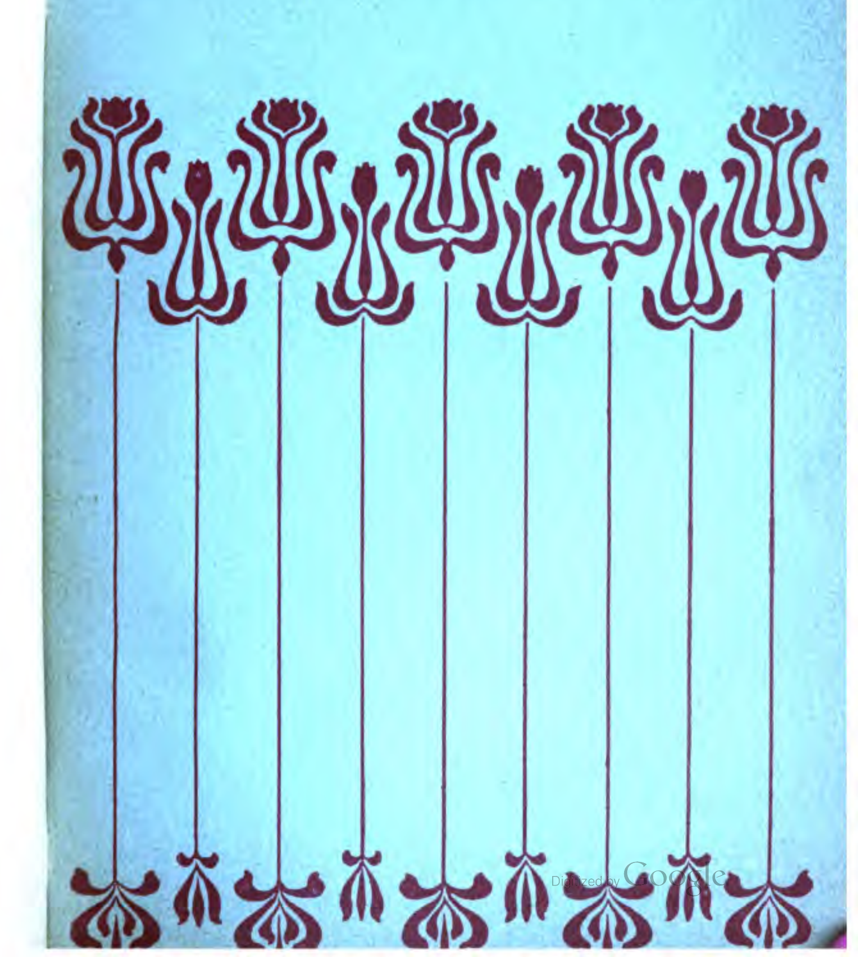






Rodrigo de Rahavánez

Caprichos



CAPRICHOS

DEL MISMO AUTOR

Contrastes (novela).

EN PREPARACIÓN

Pasiones (novela).

Lucha (drama).

Esbozos (cuentos breves).

Biblioteca de Autores Americanos

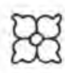
CAPRICHOS

ESCENAS DE LA VIDA ÍNTIMA

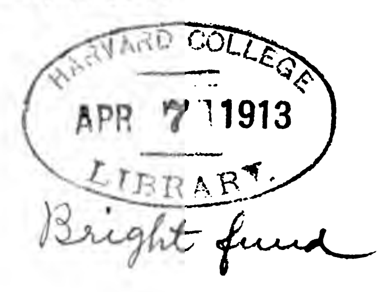
NOVELA COLOMBIANA

POR

Rodrigo de Rahavánez



BARCELONA
—
F. GRANADA Y C.ª, EDITORES
CALLE DE LA DIPUTACIÓN, 344
1907



Tip. El Anuario de la Exportación, Paseo de S. Juan, 54
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)

LEMA

Cada talento es un albañil: el más humilde tapa un agujero ó pone una piedra.

VÍCTOR HUGO

Esta es la reincidencia.

¿La Gloria?

He ahí una palabra sin eco. Ella no existe sino para aquellos que han dejado de ser, para los astros cuyo brillo no ofuscará ya á nadie por ser planetas de otro sistema sideral, por gravitar en la órbita de otro hemisferio.

Nosotros, ni somos astros, ni tenemos la necesidad de serlo; trabajaremos porque haber luchado hasta el fin y por la buena causa de las letras patrias será nuestra única y verdadera Gloria.

RODRIGO DE RAHAVÁNEZ.

Bogotá, 1906.

EL LOCO

(Introducción)

Era un día de frío, sin sol, sin cielo. El dombo opaco del infinito parecía la techumbre de un gabinete de fotógrafo, donde constantemente se están renovando los telones grisosos que gradúan la luz, pero siempre son los mismos. Los crespos nubarrones, desgarrándose, dejaban ver á trechos largos trozos de cielo azul pálido, que se abrían como bocas sonrientes volviéndose á cerrar más estrechamente aún.

Los grandes árboles del parque se hacen más verdosos entre aquel paisaje de sombras; la grama humedecida brilla como escarchada; las calles enarenadas se acentúan con sus tonos de ámbar, sobre aquella alfombra verde de rosetones multicolores, caprichosamente dibujados por dalias, azucenas, rosas y claveles; todo deshojado, revolcado por el cierzo. Y aquellos pétalos roídos y desparramados forman un cuadro que se esfuerza en ser alegre entre la atmósfera melancólicamente abrumadora.

Todo calla. No se oye un gorgeo entre los pinos; los pajaritos erizados han ido á buscar calor en lo más abrigado de sus nidos, sin fuerzas para entonar un salmo, sin intención de abrir el pico. Los escasos personajes que pasean por las alamedas del parque se retraen embojotados en sus abrigos, como buscando en el silencio, en la meditación, el calor que ese viejo invierno de rostro plegado y ceño adusto se ha obstinado en negarles.

Me acerqué al gran tazón de piedra. Sobre la su-

perficie del agua, nadaban sin rumbo, como las ideas en mi cerebro, las hojas amarillas desprendidas á los árboles que rodean el estanque. Allá, en el seno verdinegro del líquido quieto se refleja un constante rodar de copos de lana sucia que el viento arrastra en el firmamento, y las sombras largas, oscuras, huesosas de los pinos. Aquí y allá se frunce el espejo haciendo tiritar, ensanchar, borrarse las sombras de los árboles y los copos del nubarrón, al caer una hoja mustia, un nuevo cadáver en aquella amplia tumba guardada siempre por el feo mascarón, que vomita agua sin cesar, mirándose copiado al revés allá en el centro de la circunferencia, donde todo el paisaje parece dar un vuelco; volverse como una canastilla en el regazo del lago.

Medité... Luego he olvidado en qué pensaba: se efectúa en el hombre un fenómeno extraño y frecuente: se embebe el cerebro en hondas reflexiones, divaga nuestra imaginación por mundos lejanos, vemos rostros y cuadros inusitados que nos asombran, y, si en este momento, bruscamente se nos saca de nuestras reflexiones, si se nos interroga averiguando en qué pensamos, de seguro no sabemos responder; decimos muy de buena fe: «En nada», y la verdad es que el cerebro es un émbolo que si no se moviera constantemente se oxidaría. Este receptor necesita un movimiento semejante al de la Tierra: es preciso que gire sobre un eje para conservar la fuerza centrípeta, que tritura, asimila, pule las ideas, y que tenga un movimiento de traslación que le dé variedad á la forma. Perdido el movimiento traslatorio, la fuerza centrífuga que desaloja y cambia las ideas, á costa de triturar una misma el cerebro se vicia de ella, y perdido el movimiento de rotación sucede otro tanto: el volante girará sin freno, sin rumbo fijo, sin punto determinado de llegada, es decir, sin objeto.

Una idea fija, dice el gran pensador francés, hace de un hombre un genio ó un loco; yo creo que alguna

vez sí un sabio, casi siempre un loco; y añado: la falta de concordancia—por decirlo así,—de masticación en las ideas, causa el desequilibrio mental. ¿Qué es preferible en este dilema?

Pero no!... yo no pensaba en eso; si alguna vez me ocurriera semejante idea, la arrojaría de un papirotazo como pudiera hacerlo con una mosca impertinente y dañina, como lo hago siempre que viene á mortificarme un pensamiento lúgubre. Toda la filosofía de mi vida ha consistido en no empeñarme en la ejecución de actos á que se niegue lo posible, no tener ideas fijas que desgasten la masa encefálica. Nunca he creído sino en la existencia de dos médicos y tengo la certidumbre de que ellos aplican incondicionalmente los remedios indispensables al espíritu y al cuerpo: el tiempo y la naturaleza. Estos son mis mejores amigos. El primero remedia los males morales, sana las heridas del cuerpo la última. ¿A qué desesperarse?... Los acontecimientos son tanto más graves en cuanto está más distante la hora de efectuarse; es mayor el sufrimiento causado por la perspectiva de una caída que el golpe mismo. Otro tanto sucede con lo grato. De aquí la belleza de las ilusiones y la insipidez de la realidad: la falta del jugo que se robó el ayer. Cuando se espera un acontecimiento feliz tiene mayor encanto la víspera que el día de efectuarse; hay más alhago en la tarde precedente á la fiesta, con los preparativos para ella, que en el día de gozarla, con la evidencia de los hechos cumplidos, de las esperanzas colmadas.

Por tanto, yo siempre he dicho en los rudos trances de la vida, cuando la puerta de escape se ve muy obscura, como cuando va á amanecer, la noche está negra y se trata de salvar un mal paso, «¡ESPEREMOS!»

Y, con esta máxima y no pretender nunca remediar lo irreparable, tengo la esperanza, la seguridad casi, de no acabar por loco, y... esto parece que ya es algo!...

*
* *

Sacóme de la profundidad de mis reflexiones un golpe seco recibido en el hombro; volvíme bruscamente y me hallé frente á la escuálida figura de un hombre joven todavía, de rostro poblado de una barba negra y sedosa, la cual contribuía á darle á su fisonomía una expresión agradable é interesante; su cabeza descubierta ostentaba un maraño de cabellos bajo el cual, sus ojos, de una expresión arrebatada, infundían miedo. Sin quitarme la mano de encima, mirándome fijamente, se inclinó mucho, casi hasta rozarme con su aliento y me dijo con voz precipitada, con acento irónico:

—Esto se acabó: ya sólo queda la cuarta parte de lo que debiera existir para conducirnos á la otra orilla. Mejor!... Pero... si tuvierais la bondad...! si me cargarais sobre vuestro lindo bote... llegaríamos esta misma noche al viejo claustro... Los Templarios no están lejos; la luna blanca y serena luce en mitad del cielo transparente... ved—y me mostró la bola informe del sol que se embojotaba en una nube parda.—El Duero corre vertiginoso... Escuchad!... Siguiendo la corriente no será difícil llegar en un cuarto de hora... estamos ya muy cerca de Soria... Remad!... Remad con brío!... Con calor!... Yo os ayudaré si estáis cansado... Voy en busca de ella... Yo la he de encontrar... ¿La conocéis?... Ah! yo tampoco; la vi una sola vez entre las ruinas de un hermoso pasado y se ocultó entre un rayo de luna... pero la encontraré... Debe ser muy bella... ¿Verdad que sí? ¿Cómo será su amor? Ah! debe ser muy grande, infinito, como el de la otra que rebosó del corazón, invadió el alma y no pudiendo contenerse en su cuerpo endeble desbordó y se la llevó en una

barca de estrellas al otro lado del Duero... Remad... remad... Prestad acá!...

Y quitándome de entre las manos el paraguas se alejó á un paso agigantado mirando al cielo y diciendo:—Ah! yo la he de hallar... debe ser muy bella, remad... bogad!...

En este momento desembocaron en la calle de árboles por donde se encaminó el loco, dos hombres y una hermana de la Caridad. Se acercaron al enfermo; la religiosa con voz dulce, con acento cariñoso le encareció volviera á su casa, pero él seguía gesticulando rabiosamente, y se enfadaba porque no le dejaban libre el paso para seguir su viaje á Soria en busca de ella.

Los hombres se apoderaron del loco y se alejaron perdiéndose entre las frondas del parque taciturno.

Más tarde he sabido la triste historia de este desgraciado; me la relató entre lágrimas de congoja, una mujer joven y bella, en cuya presencia no había reparado entonces, abismado por el extravagante discurso de tan extraño personaje. Ella, como una sombra andaba tras él, llorando su tortura, ocultando su belleza tras el velo de sus sufrimientos.

¿Queréis oirla?... Tal vez os parezca demasiado triste, quizá haya en ella demasiado acíbar... Sin embargo, escuchadla; empezó así:

DOS HERMANAS

La locomotora gimió lúgubremente; fueron dos rayos de olor de aquel monstruo negro, dos chillidos de despecho, dos alaridos de rencor infinito que rasgaron el tul gris en que se arropaba todavía la sábana cubierta de verdura. Los frenos de los vagones rechinaron sobre los ejes, y el *chac chac* de los enganches, unido al retroceso de los carros, indicó á Jorge el término deseado de su viaje; el principio de una era de nuevas dichas, el fin de una noche de atormentàdora espera, de anhelar constante.

A la derecha se abría el sendero por entre una doble fila de copudos sauces, á cuyas ramas, empapadas por el rocío matinal, se entrometía la niebla obstinándose en formar guarida al lado de los pájaros canoros, que ya alargaban el pico espiando un rayo de sol ó un diamante de los que goteaban de las hojas.

Tomó su maleta de viaje, encasquetóse la gorra hasta la nariz y, echándose la escopeta al hombro, se internó en el sendero, seguido de la nubecilla azulosa de su cigarro que le traía reminiscencias de salón de *pocker,* vapor de champagne y vaho de epocas remotas pero felices é imborrables.

Fausto, saltando ágilmente sobre sus largas patas amarillas enguantadas de blanco, meneando la cola satisfecho, se metía de hocicos entre los vallados, espantando las ranas que se deslizaban suavemente bajo la maleza y luego se dejaban escurrir entre el agua fangosa desapareciendo tras la red de musgos. Dando una alegre voltereta el perro estiraba los

músculos de su cuerpo vigoroso y, en carrera desaforada, venía á rodear á su amo, quien, con la mano que le quedaba libre, le hacía una caricia y le gritaba al verlo alejarse saltando en seguimiento de un tímido pajarito.

—*Fausto,* aquí!... eh!, más juicio... ¿Cuándo dejarás tus arrebatos? Y le golpeaba la frente. El perro entrecerraba los ojos, echaba las orejas largas y finas hacia atrás, meneaba pausadamente la cola, se relamía la jeta bigotuda y rozaba su cuerpo contra las piernas de Jorge, con cariñoso anhelo.

El joven, seguido de su perro, cargado de su escopeta, continuó su camino distraídamente, contemplando las bandadas de patos y garzas que en pausado aleteo se iban á ocultar tras los juncales más distantes, describiendo curvas y sacudiendo malezas á su caída pesada. En tanto, *Fausto,* ya entrado en juicio por las reconvenciones de su amo, andaba marcialmente con la maleta de viaje entre los formidables colmillos, mirándolo á hurtadillas, como si quisiera leer en su rostro el efecto producido por su formalidad de ahora.

De la encrucijada del camino, dando bamboleos entre la arena menuda del sendero, y unida al golpe acompasado de los cascos del caballo, á trote largo se encaminaba en dirección contraria á Jorge una lujosa carreta pintada de rojo y negro, llevando en su canasto de mimbres á un par de jóvenes, una de las cuales empuñaba las bridas y la fusta. La otra, con los ojazos claros fijos en el horizonte, parecía vagar con el pensamiento por regiones distantes del lugar en que se hallaba.

Al lado del pequeño vehículo, galopaban en briosos corceles, dos jóvenes hablando confidencialmente entre sí. El de más edad dirigía de vez en cuando la palabra á la joven de la fusta, quien distraídamente fijaba sus pupilas negras en él, respondía con un monosílabo y, templando las bridas, hacía silbar el látigo con un rápido movimiento.

—Blanca—dijo el joven dirigiéndose á la de ojos claros, quien continuaba en su alelamiento,—¿en qué piensa?... Usted siempre con la vista fija en un punto invisible... Todo ese paisaje es en verdad muy lindo... admirable para asunto de un cuadro... de esos tan sentidos con que se deleitan nuestras miradas en su gabinete de estudio, pero, á fe mía, se pasa de ingrato con esas pupilas que lo contemplan abstraídas.

—¿Decía usted, Enrique?... Ah! no; yo no pensaba en el paisaje; estaba pensando en... No sé en qué!... Tal vez en nada!... no recuerdo.

Y Blanca pareció volver á la realidad, se enderezó en su asiento, tocóse suavemente con la mano en que brillaba un solitario, el sombrero que con el movimiento de la carreta se ladeaba sobre la oreja izquierda, y miró atentamente á su interlocutor.

—¿No recuerda?... ¿Tan pronto olvida?... Parece que usted viviera en otro mundo; cuando le llamo la atención parece despertar asustada de un sueño.

En verdad, en el acento de Blanca había una agitación de embarazo, algo como si se le hubiera sorprendido en un momento en que ella deseaba estar sola; como si se le hubiera adivinado un secreto que necesitaba ocultar.

—Mire usted, Enrique—interrumpió la joven deseosa de dar otro sesgo á la conversación,—mire que hermoso viene hoy *Fausto;* tan noblecito el perro, con razón que Jorge lo quiere tanto.

Y Blanca miraba al animal que, con el saco de viaje entre los dientes, meneando la cola orgulloso, se aproximaba.

—Usted también lo quiere mucho; ¿verdad?

—Sí; es tan cariñoso, tan inteligente...—y continuó dirigiéndose al perro.—Eh!, *Fausto,* ven!... Eres muy juicioso, presta ese saco, es justo que descanses.

Una tosecilla nerviosa, seca, silbida, le cortó la

voz. Cogiendo el brazo á su hermana añadió en medio del acceso:

—No tan de prisa, Ester... Acorta el paso...

—Sí, eh?... ¿Nos vamos á ahogar?... ¿Ya vuelve esa tos, esa pícara tos?... al fin tendrás que hacer caso á mamá; cada día estás peor del pecho.—Y añadió volviéndose á su vez al perro que había llegado al pie de la carreta,—*Fausto,* venga eso acá; mira que se caen tus bravos colmillos. Y con una suave inclinación de la rienda detuvo al caballo.

El perro al ver la inmovilidad del vehículo, puso en el suelo la maleta, paróse sobre las patas traseras, aulló con acento de reconocimiento y gratitud, y apoyando las manos en la canastilla se empinó para acariciar la linda mano que se le tendía.

—Presta, *Fausto;* ya lo llevaré yo... Presta.

El noble animal agarró de nuevo el saco entre los dientes é irguiéndose lo presentó á la niña, quien, dejando las bridas, inclinóse, y con penoso esfuerzo, lo colocó en el asiento vacío. El perro entonces empezó á demostrar su reconocimiento con grandes saltos de júbilo.

—Eh!, *Fausto,* paciencia; á ti no me es posible llevarte; sé juicioso.

Jorge, rogado por las jóvenes y animado por sus dos amigos, se colocó al lado de su maleta.

Ester hizo describir un semicírculo al caballo, y al trote largo se perdió la carreta en las revueltas del camino, entre las sombras vagas de los sauces.

DOS AMIGOS

El cerebro es la rueda motriz de la máquina sensitiva llamada el hombre: la cámara obscura donde se refractan con sus mínimos detalles, con los tintes verdaderos de su sutil ropaje, todas las visiones del kaleidoscopio de la imaginación, de ese mundo extraño y arrebatador que nos seduce. Nada hay tan temible como la idealidad; dejar que una quimera demasiado hermosa se apodere de nuestro cerebro, nos pierde irremisiblemente; pasamos á ser todos suyos, nustros actos están subordinados á la voluntad de una sonrisa, al capricho de un mohín; hemos perdido la esencia de hombres para convertirnos en un ente pasivo privado de la facultad más noble, la libertad... Por eso vale más apurar el vaso de la realidad, saborear la amargura de lo tangible.

En la vertiginosa rotación de ese volante se enredan y evaporan todos los átomos de un mundo sobrenatural, impotente para existir y capaz de enloquecer el cerebro más firme.

El amor es la pasión más poderosa de la naturaleza humana; él engrandece ó rebaja el espíritu; viene á ser como las guías de las invisibles alas de nuestra alma, ó la gangrena nauseabunda que deslíe nuestro ser; hace de un hombre un héroe ó de éste un infame.

Los veintitrés años de Jorge estaban bien comprobados por su estatura elevada y airosa; y á la palidez de su semblante daba realce un par de ojos profundamente negros llenos de expresión, rebosantes de vida; su fino bigote hacía resaltar el rojo de los

labios y el esmalte de la dentadura al plegarse con su habitual sonrisa de bondad; fué educado con exquisita delicadeza por su madre, una mujer inteligente y proba, quien supo dar brillante giro á los negocios de su difunto esposo y dejar, á su temprana muerte, una fortuna á su hijo, el cual, acostumbrado á los refinamientos de la moral más sana, consumía ahora su brillante patrimonio con acierto y elegancia. El alma de Jorge no se había hecho para apreciar el valor de los millones pero tampoco para zabullirse en el lodo fétido de las bajas pasiones que en nuestros días salpican el rostro de la juventud, y sobre todo de la juventud rentista.

Siendo muy niña, por amistades viejas de familia, conoció á Ester y los ojos decidores de esta hermosa y despreocupada muchacha cautivaron su corazón hasta el punto de hacerle solamente una parte de aquella mujer caprichosa y voluble, incapaz de cuidarse de la muda adoración de ese hombre desdichado cuyos esfuerzos eran inútiles para arrancarse del pecho la pasión que le torturaba.

Jorge amaba entrañablemente á Enrique, y con aquella bondad y valor distintivos de su carácter, sin hacer esfuerzo alguno, supo probarle siempre hasta qué punto llegaba su abnegación, capaz de sacrificar una felicidad en honor del hombre á quien llamaba su amigo, su compañero, su hermano; eran, según la frase del filósofo, «dos almas que se tocan sin confundirse... dos dedos de la mano», pero hoy, el destino, en mitad de una noche de loco apasionamiento y torpe discreción, armados los presentaba implacables frente á frente; eran dos gladiadores sedientos de victoria, dispuestos á disputarse á palmos la arena del combate.... ¿Cuál levantaría primero el arma hiriendo á su contrario?... ¿Cuál vencería á costa de la sangre querida?..

La suerte, ocultándose el rostro, los empujaba uno contra otro en aquel estrecho sendero; era indispensable pasar adelante, y para hacerlo sólo había un

camino: pisotear el obstáculo que se oponía. El choque era inevitable; la victoria estaba indecisa; se sentía cerner sobre aquellas dos cabezas un hálito de muerte, un soplo funerario; sobre el cielo se extendía la sombra de las alas de un cuervo pronto á devorar el cadáver de un hombre que no había muerto aún.

Ester, despreocupada, bulliciosa, espontánea por temperamento, no reparaba en la atención de que era objeto. Por un capricho de su natural ligereza, por un movimiento impremeditado de su irreflexiva imaginación, atendía las frases entusiastas de Enrique, no viendo en él más que un ente como pudiera ser cualquiera de sus pendientes, que usaba cuando tenía á bien y dejaba olvidados luego por meses y meses en el fondo de su joyero atestado de baratijas. Pero era satisfactorio para su orgullo femenil el convencimiento que tenía de que Enrique se moría por ella, y recibía con agrado é indiferencia, según el humor de que hubiera amanecido en el día, las galanterías y atenciones prodigadas por el joven. Una flor recogida en el sendero y ofrecida con caluroso entusiasmo, era inmediatamente colocada entre la fina gasa del sombrero de amplias alas y también olvidada en seguida; sentía una rara satisfacción en aceptar la mano que le era ofrecida para salvar un mal paso y se dejaba estrechar la suya sin sentirse más ó menos feliz por el contacto; sonreía placentera á las frases amorosas del joven, pero, si estaba de mal genio, si esto sucedía en uno de esos días, apellidados sus *horas grises,* no recibía la flor ó la dejaba caer desapercibida; saltaba ágilmente sin aceptar ayuda, se zafaba del brazo que retenía el suyo, y, como una chiquilla, emprendía carrera tras una mariposa ó en busca de una rama de saúz para azotar á una fea rana, sin dar respuesta á las apasionadas frases de su compañero, dejándolo plantado en mitad de su arrebato.

En tanto, Blanca, uno de aquellos espíritus subli-

mes, uno de esos seres fuertes y generosos, un alma de aquellas que parecen consumir con su fuego divino el cuerpo que habitan, las cuales sólo saben revelarse tras el casto brillo de una pupilas hondas donde amanece la gloria del espíritu, sentíase prisionera en las mallas de una pasión desgraciada, roída por un dolor que su dignidad, su orgullo de mujer, su cariño, su generosidad de hermana, la obligaban á soportar en silencio, sin lanzar un grito, sin fruncir los labios.

Decididamente allí la suerte se había quitado la careta; sofocada en el principio de aquella fiesta irónica, había resuelto mostrarse en toda su desnudez, en toda la verdad de su desvergüenza. Los miramientos sociales estrangulaban en las gargantas con su puño de acero una palabra de salvación. En aquel cáos insondable de las desigualdades humanas moría al nacer en las pupilas el centelleo de una luz que alumbrara el sendero, que iluminara la profundidad de la sima donde se iba á caer: ese abismo del cual no sería posible salir sin dejar en el fondo un girón del alma, un trozo del corazón.

LA CARRETERA

Un ancho corredor, cerrado por grandes bastidores de vidrios policromos, rodeado de sillas y sofás tapizados de terciopelo color zafiro; una mesa en el centro cubierta por un tapete cuyas puntas llegan hasta el suelo; aquí y allí trípodes cargados con macetas de olorosas flores. Todo invita á la tranquilidad, los tonos vagos, las finas esencias que flotan en derredor de aquel vestíbulo.

Blanca, en pie, junto á la mesa de centro, arrancaba cuidadosamente las hojas secas á un tiesto de violetas de los Alpes; parecía entretenerla mucho aquella ocupación, pero realmente pensaba en algo que hacía fruncir su boca con expresión amarga, abrillantar sus pupilas humedecidas por el vaho de una lágrima evaporada entre los rizados estambres de sus largas pestañas.

Las severas combas de su traje gris perla, al caer desde el talle, oprimido por el cinturón, hacían resaltar la gallarda escultura de su cuerpo fino, y dejaba ver, al abrirse, un zapato amarillo aprisionando un pie de niño que al andar parecía no tocar el suelo.

—Blanca!... Blanca!... que nos vamos!... ponte ese sombrero... Despacha, que se hace tarde... ¿Hoy también estás con tus tristezas?—decía doña Elisa entrando.—Déjate de tonterías... Vamos!... Muestra una sonrisa.—Y poniéndole la mano sobre la frente se inclinó á mirarla muy cerca.

La joven, obedeciendo á la cariñosa petición de su madre, sonrió trabajosamente, luego, esquivando una mirada, respondió:

—No, señora; no estoy triste. Vamos cuando usted quiera... camina, madrecita...

Recogió de sobre una silla su sombrero de paja, y abrazando por el talle á su madre salieron al patio, donde las esperaban Ester, Adolfo y los dos amigos.

En el centro el carro de labranza cubierto por una tolda de lana blanquísima; la pareja de bueyes uncidos á él inclina resignada el testuz bajo el peso del yugo que rechina al variar la posición de las cabezas aquellos animales que, con los ojos entrecerrados dulcemente, meditan tal vez en el rigor de su destino, en la injusticia de la suerte que les ha tocado.

Los viajeros tomaron asiento en las dos largas bancas acolchonadas que flanqueaban el carro y, ya todo dispuesto para emprender camino, el carretero empuñó la guía é hizo girar la rodaja sobre el lomo de los bueyes que se irguieron bruscamente, menearon pesadamente la cola, y arrollándola sobre el lomo perezosamente empezaron á andar.

El paisaje está tranquilo; todo parece aletargado; de tiempo en tiempo atraviesan el firmamento bandadas de patos formando al proyectar su sombra un manchón negro sobre el tono verde de la pradera extendida hasta el horizonte limitado por las moles impávidas de la serranía.

—Mira, Enrique, qué de patos hay—decía Jorge señalando el grupo de animales que se balanceaba con aleteo pesado sobre sus cabezas,—siempre será que tendremos pasado mañana un buen día de caza... En la de Suba hiciste prodigios de habilidad; no dudo, sin embargo, que habrás progresado.

—No; en verdad cada día entiendo menos del asunto; era sólo afición por la escopeta, pero desde hace ya seis meses ni siquiera la miro.

La cacería se ha dañado mucho por estos contornos; todo el mundo se dedica á tirotear los patos y han huído.

—Pero, si no me engaño, tú me contaste que en

en setiembre habías tenido una partida en *El Balsial*...

—Sí—interrumpió Ester—por cierto que nos trajo un *consumidor* levemente herido; pero el pobrecito no vivió mucho; á pesar de tantos mimos murió al tercer día.

—Jorge—intervino Enrique para variar el giro de la conversación, pues le mortificaba ser objeto de la atención general,—las señoritas Rivas no podrán ya venir el jueves en la noche como esperábamos; se mandaron excusar... ¿Verdad, Adolfo?

—Sí; Valentín me dijo le habían recomendado nos avisara.

—Entonces—continuó Enrique,—daremos esa noche una vuelta por el lago; la luna en esta época está muy hermosa y tendremos un rato agradabilísimo que compensará á Adolfo la falta de Teresita. ¿Cuándo es, por fin, esa declaración?... ¿Apostemos á que aún no les has dicho nada?

Adolfo bajó los ojos, se compuso una arruga del pantalón y respondió, dando á su voz el tono más reposado que le fué posible:

—No; hay que aguardar todavía... ¿Para qué tan pronto?

—Tan pronto!—exclamó Ester entre burlona y asombrada.—Tan pronto!... y ya hace un año está diciendo que se muere por ella... Querido hermanito, está probado que no llegarás á ser nunca pariente de don Juan...!

—Y tú, ¿qué tienes que ver en ello?—terció doña Elisa, medio enfadada por la burla que se trataba de hacer á su hijo.—Déjalo... él sabrá!

—Cómo!... ¿que qué tengo que ver?... ¿acaso no es abogar por los intereses del sexo! ...

—Calla, atolondrada; no digas disparates!—y muy á su pesar la señora rió de la ocurrencia de su hija.

Las interjecciones del carretero animando su yunta, se mezclan á un lejano rumor de cascos sobre el ancho camellón; primero una columna de polvo do-

rado por los rayos del sol de la mañana; luego, formando confuso tropel, se adelanta una partida de ganado: las reses se apiñan unas contra otras hasta formar una masa compacta, se arremolinan confundiendo sus astas, semejando una mancha movible erizada de púas, que se agita en un solo punto entre crujidos del látigo, pugna por avanzar y con un esfuerzo lleno de mugidos, interjecciones y silbidos de los vaqueros, se aleja. Después se envuelve de nuevo el tumulto en la nube de polvo que se hace más espeso con la distancia, se aleja el rebaño y se pierden entre las alas del viento los ruidos confusos de su compañía.

El carro seguía girando, unas veces demasiado despacio, balanceándose entre las desigualdades del piso, otras demasiado deprisa sacudiendo fuertemente á los viajeros entre el chocar de hierros, las risas y exclamaciones entrecortadas por la trepidación ruda.

Después, allá en la población, llena de rostros juveniles, bocas sonrosadas que respiran felicidad y vida, el risueño cuadro de variados colores con movilidad de tintes; el ronquido sordo que se levanta como la bruma del amanecer, como el vaho de aquella multitud bulliciosa. Una misma sonrisa en todos los labios, una misma chispa de gozo en todas las pupilas, una misma frase de alegría repetida por todas las voces.

Las bestias de carga, como centinelas avanzados del campamento, rodean aquel enjambre que se agita y revuelve sobre sí mismo: las mulas, con las manos atadas, los ojos soñolientos y las orejas gachas, sueñan tal vez, ellas también en el ideal inalcanzable. Y luego, allá, más lejos, todo tranquilo, mudo, como en envidiosa espectativa.

Y entre todo aquel bullicio, entre ese maraño de seres indiferentes y felices, las risas, las conversaciones festivas, en mitad de aquel disforme rostro de fiesta y alegría, la expresión gemebunda de un amor



mudo, la imprececión tenaz de una mirada que no llega, de una sonrisa que no será nunca, de un afecto inalcanzable; el eterno correr del espíritu tras lo inaccesible; la eterna pugna de la ilusión y la desesperanza; y haciendo coro á la exposición de aquel drama, el rugido feroz de dos afectos que queriendo esquivarse se buscan, queriendo alejarse se aproximan, queriendo repudiarse se estrechan y anhelan desgarrarse, aniquilarse como dos luchadores poderosos, como dos enemigos irreconciliables, siendo dos almas hermanas, dos seres ligados por un vínculo invisible que debiera ser el beso de fraternidad y es la puñalada á mansalva, debiera ser el brazo cariñoso y es el grillete del presidiario del deber: el amigo querido y la mujer amada!...

Y observando con mirada tranquila, con sonrisa de bondad y expresión indefinible de dulzura, en medio de una amargura infinita, como la estatua de la resignación, como la sombra de la suprema hidalguía, abismada en la contemplación de aquel combate, Blanca, con sus ojazos claros obstinados en seguir una sombra que boga entre las plumas frágiles del horizonte, con su sonrisa, mezcla de amargura y de amabilidad; ese sello de ternura que la idealiza impreso en su frente circundada por la aureola trágica y prematura del martirio, el estigma del vencido por la impotencia, por una fuerza más poderosa que la voluntad, mayor que la desgracia:

LA DIGNIDAD!

BOCETOS

—Pon ese jarrón sobre la consola; dejemos la mesa del centro libre para la lámpara.

—Sí, pero hay que ponerle petróleo y si no lo haces tú... lo que soy yo, te advierto, no me untaré las manos: odio ese olor acre que se impregna en todo.

—Entonces, limpia tú la bomba: yo iré por el aceite... ¡Veremos que tan formal eres hoy!...

Y, Blanca, poniendo la bomba de alabastro sobre la mesa, salió de la sala con la hermosa lámpara de porcelana. Las grandes cortinas granate, al caer en elegante giro del dintel de los balcones, daban una media claridad de misterio á aquel recinto invadido por una multitud de trastos revolcados.

Ester se dejó caer negligentemente en una poltrona de amplios brazos y, cogiendo la toalla, empezó perezosamente á limpiar la pantalla, haciendo rodar bajo su pie un caracol que espejeaba con sus tintes nacarados entre aquella confusión de objetos.

Sin concluir su oficio, dejó la bomba sobre la mesa que tenía más próxima y, alargando el brazo tomó un álbum forrado en terciopelo rojo con chapas de plata; sacudióle el polvo, abriólo y empezó á repasar atentamente los retratos que lo adornaban:

En la primera página la grave figura de don Felipe, su padre: los bigotes canos, las patillas pobladas, esa mirada severa de los hombres de voluntad inconmovible: el uniforme de coronel, los cinco galones de oro en el cuello y las mangas y adornado su robusto pecho por la vistosa condecoración, premio de sus muchos servicios. En seguida la dulce

expresión de un rostro joven, la enérgica curva de la nariz, el peinado alto lleno de bucles á la antigua usanza, un prendedor en el cuello con un retrato en miniatura, anchos encajes en los puños: era la efigie amable y cariñosa de doña Elisa. Al frente un grupo: los ojos claros de Blanca con aquella mirada melancólica que le era peculiar, las facciones finas bien dibujadas, la boca plegada hacia abajo: el sello del dolor, la expresión de una tristeza ingénita, la inclinación aristocrática de la cabeza, el arco despejado de la frente, el franco óvalo de la barba, la ondulación del perfil: en toda ella impreso un tinte de languidez sublime, de señorío avasallador... Y, en contraste, á su lado, una cabecita blonda, los ojos egipcios, la boca sensual, la nariz graciosamente remangada: toda una felicidad juguetona pintada en su rostro, la altivez, la arrogancia de una mujer, sintetizada en un semblante de niña, en un busto de estatua: ella sonriéndose á sí misma, quizá á un pensamiento que le hacía aparecer iluminada por una luz sideral.

A la vuelta de la página el cura de la aldea vecina, arrellanado en una silla de alto espaldar, lucía su plateada cabellera corta, su figura bonachona y rugosa. Después, retratos de amigos y miembros lejanos de familia; y entre todo aquel mosaico de viejos, niños, militares y clérigos, medias tintas y coloretes, allá, en lugar preferente, resalta la simpática efigie de Enrique: mirada dulce, el bigote retorcido por encima del labio superior plegado con bondad.

Ester detuvo la mirada sobre esta imagen, al parecer la única de cuantas habían desfilado en aquel cinematógrafo, que le interesaba; cual si quisiera descubrir el pensamiento que en aquel instante embargaba á Enrique; la idea que lo hubiera animado entonces.

—Bonita ocupación es esa!... Todo en esta casa de Herodes á Pilatos, y tú, muy satisfecha, repantigada en una poltrona, pareces una millonaria que sólo se preocupa por el usufructo de sus tierras, las cuales

ya tratarán de cultivarle sus súbditos. Te entretienes en hojear un libro que conoces va ya para treinta años.—Y Blanca sonreía sardónicamente recalcando las frases y haciendo mohines de cortesanía á tiempo en que colocaba la gran lámpara sobre la mesa redonda.

—¿Quieres echarle el otro añito?... Te advierto que son pocos para alcanzarte—respondió Ester cerrando el álbum y arrojándolo con descuido sobre una silla.

—Todavía mejor: no solamente no arreglas, sino que te esfuerzas por enredar más este maraño!—y tomando el libro lo puso en su lugar cuidadosamente.

Ester, despreocupada de todo aquello que consideraba un accidente despreciable, acercóse al balcón, levantó la cortina, y después de observar un momento lo que pasaba fuera dijo volviéndose á su hermana:

—Se nos cayó la casa. Blanca!... Ahí viene la tromba: una simplecita: como quien dice nada: son más de veinticinco, sin contar los perros, que suben á setenta, aunque, bien mirado, debiéramos hacerlo... Me parece que Arturo rompe la marcha con paso marcial, sus grandes botas de mosquetero, el *canotier* terciado y la escopeta en bandolera: prepárate porque viene resuelto á hacerte el amor: parece una lámina estrafalaria de corredor de Venta.

—Lo que has de hacer tú, en vez de cortar cabezas, imaginar afinidades, hacer retratos, poner moles y pronosticarme novio, es preocuparte un poco por el deplorable estado de esta sala, por deshacer este maremágnum que con tanta facilidad has formado... Ayúdame á poner en su lugar estas sillas, antes de que lleguen esos señores.

—Se nos ha venido un ejército de *filipichines*, prosiguió Ester, sin darse por aludida y observando atentamente la alameda de entrada. Por lo que son los patos pueden dormir tranquilos esta noche, y ma-



ñana también... no creo en la muerte de esos pacíficos moradores de la laguna... Pero... no veo á Adolfo: Jorge si viene allí: parece triste, ¿te has fijado, Blanca?... Hace días está melancólico, no habla... ¡cuando menos estará siguiendo las huellas de Adolfito!... ¿Se querrá volver poeta?... ¡Dios nos libre de otro soñador!...

Blanca, considerando inútil su insistencia para ser ayudada en el arreglo de la pieza, ponía en orden los muebles, colocaba las piezas del ajedrez sobre las respectivas casillas del tablero, guardaba en su caja las fichas del dominó y sacudía el polvo á los objetos de sobremesa. Teniéndolo ya todo en su lugar se acercó á Ester, quien seguía en la intrincada tarea de motejar á los huéspedes.

—Cómo eres de exagerada!... Hacías cuenta de veinticinco hombres y no sé cuantos perros!—decía Blanca arreglando el gancho de un zarcillo que se le zafaba.—¿Qué no viene Adolfo?... Míralo allí con Enrique y Valentín!... Pero, ¿qué es lo que tiene?... ¿lo ves?... Está como mojado: trae el sombrero abollado y las botas enlodadas!

—Ah! sí: fíjate que facha!...—Y Ester soltó á reir alegremente.—¿Qué nueva aventura le pasaría?... Mi hermanito es el hombre de los cataclismos!

—Pobre el chino: ¡si en verdad le suceden cosas tan extrañas: parece que la suerte se empeñara en burlarse de él, como lo haces tú!

—Yo no me burlo: me río porque no puedo contenerme, pero...

—Y ¿eso no es una burla?... No seas mala!

—Pero, si yo no soy mala!...—Y Ester se colgó al cuello de su hermana imprimiéndole un ruidoso beso en la mejilla, que se sonrosó luciendo el arco pequeñito de aquella boca inquieta.

En esto los jóvenes llegaban al pie del balcón: se levantaron todos los sombreros, entre ellos la alabastrina copa del casco de don Valentín: las dos hermanas contestaron el saludo con una inclinación de

cabeza, y los invitaron á entrar, alzando la voz para ser oídas.

—Pero, ¿qué te ha sucedido?—exclamó Blanca viendo entrar su hermano con el traje empapado y el rostro descompuesto por un coraje mal encubierto. —Estás hecho una sopa!

—La Fatalidad!... Sor Fatalidad que me persigue —respondió aquél continuando su camino hacia su pieza.

—Nada menos que una zabullida—intervino Enrique, conteniendo la hilaridad.—Se le ocurrió á Arturo hacerle un tiro á un cernícalo que estaba posado en uno de los sauces de la orilla del zanjón: el animal quedó enredado en las ramas del árbol. Como los perros no pudieran bajarlo de allí, y además era una presa poco apetecible, quisimos seguir adelante, pero Adolfo se obstinó en que había de bajarlo él, para no sé qué pilatuna que pensaba hacerle á... á usted, Ester...

—Ajá, me parece muy divertida la intención...

—Pues bien, trepó Adolfo, la rama se dobló con su peso (no valieron advertencias) chirrió el gajo, y cayeron todos tres dándose un baño: Adolfo, el animal y la rama de saúz... Ha venido después del suceso maldiciendo su estrella y achacando á intrigas de la Fatalidad, su hermana adoptiva, un accidente tan lógico.

—Pues, ahora, me alegro mucho de lo sucedido, para que no se divierta conmigo—respondió Ester, golpeando un puño contra otro,—me tiene molida con sus chanzas.

Don Valentín se despidió: las múltiples ocupaciones de su cargo le impedían disfrutar de tan amable sociedad: pero se prometía solemnemente asistir el día siguiente á la laguna... él era muy aficionado á la caza... sobre todo á la caza de palomas... y, aunque ahora se trataba de patos, no por eso faltaría á la partida.

Su casco se perdió en el recodo de la alameda umbría.

Arturo contemplando los altos árboles del parque, con esa mirada de suficiencia que lo distinguía, dijo á Jorge:

—Si las señoras lo permitieran, aquí podríamos hacer esta tarde una buena caza de palomas y satisfacer los deseos de Valentín: estos árboles revelan ser un *quedadero* de los más fecundos: á la hora del crepúsculo afluirán en bandadas y, si nosotros nos emboscamos tras los troncos, todo se reduce á pim!... pam!... y paloma al morral, ¿no te parece?

CACERIA

No había amanecido aún.

La espesa niebla formaba un velo impenetrable. Los cazadores, silenciosos, avanzaban por el sendero estrecho. Los perros, como comprendiendo el asunto de que se trataba, marchaban con cautela, cada cual al lado de su amo, con la cabeza en alto, la mirada fija en la escopeta, la nariz dilatada, la cola extendida hacia abajo.

Todo parecía dormir: la tierra, el cielo: no se oía ni un susurro, ni un gemido del viento, las ranas al fin habían enmudecido en los pantanos: sólo aquel velo, espeso, gris, helado, se arrastraba pesadamente contra la malla glacial del ropaje en que se arropaba la sabana aterida y perezosa.

Fausto aguzó las pupilas, volvió á mirar hacia el punto luminoso y sacudió las orejas, produciendo un retintín sordo con el collar, al golpearse el candado contra la placa en que lucía el nombre de su amo.

—*Fausto,* quieto!—y Jorge le puso la mano sobre la enorme frente.

El animal se agazapó batiendo la cola; parecía pedir una excusa para su impertinencia hija del frío tenaz de la madrugada.

A medida que el rayo del sol luchaba con la niebla en feroz batalla, á medida que iba venciendo la fortaleza de aquel velo, parecía oirse un murmullo lejano que se iba acercando insensiblemente. El soplo yerto de la brisa rizaba levemente las aguas; el lago parecía hervir como una olla enorme; levantábase de su espalda rugosa y negruzca un vaho leve: arremo-

linándose ascendía pausadamente, perdiéndose entre los girones de niebla, entre las nubes sucias, flotantes en el cielo muy bajo.

Los cazadores, guardando convenientes distancias, rodearon la laguna, la escopeta al frente, el índice en la llave, la mirada alerta, el oído atento. Los perros al lado, nerviosos, meneando la cola olfateaban el líquido como buscando un rastro, escudriñaban la somnolencia de la laguna, el despertar del agua, por entre ese velo gris, sumisos á la voz del amo que los refrenaba.

El soplo de la brisa erizaba los juncales, como si la naturaleza al despertar respirara con más fuerza; al balancearse blandamente rodaban por sus hebras bofas gruesas perlas del rocío de la noche, en que estaban empapados.

La tronera abierta por el sol se ensanchó dando paso al desnudo brazo de la aurora, que descorrió los cortinajes opacos del lecho en que había dormido la naturaleza, substituyéndolos por las gasas transparentes de su ropaje. Surgieron las siluetas de los cazadores, las caras amoratadas por el frío, las actitudes de espectativa. La niebla seguía arremolinándose, huyendo de la persecución tenaz de la luz, hasta hundirse en los confines del horizonte.

Brilló la diafanidad de las aguas manchadas de verde, rosa y cielo.

Un pato asomó temeroso la cabecita azul: sus ojos penetrantes miraron á derecha é izquierda, por entre los juncales que forman un islote en el centro del lago. Sacudiendo los maraños se levantaron tres, como ansiosos de beber la luz del día.

Jorge se echó la escopeta á la cara, apuntó é hizo fuego; el humo lo envolvió, el ave fué interrumpida en su rápido vuelo por una menuda lluvia de proyectiles; extendió las alas, se cernió en una amplia circunferencia, como si quisiera orientarse, giró sobre sí misma, y en un sesgo precipitado cayó con las alas extendidas sobre la quietud de las aguas. Con

el ruido de la detonación se levantaron asustados de entre los juncales varios ánades; á corto intervalo las bocas de fuego enviaron sus proyectiles á saludarlos.

—Allá, *Fausto!*—Y el perro dando un salto, ágil se lanzó al agua; los otros, á las voces precipitadas de sus amos, lo imitaron. Sólo se veían las grandes orejas, las colas extendidas entre el agua espumante agitada por los remos de los cuadrúpedos.

Arturo permanecía alelado con la escopeta lista, cargada, pero sin saber adónde dirigir el disparo.

Una gallineta, en vuelo rápido, rozando el agua con las alas cruzó la extensión del lago á corta distancia del cazador rezagado. Este echó el busto hacia adelante, levantó la escopeta y disparó á quemarropa los dos cañones de su lujosa arma sobre el animal sin hacerle daño.

Su perra, *Saeta,* seguía á sus compañeros en la persecución de los heridos; las voces de Arturo la hicieron detener en la marcha, perder el rastro, volver atrás.

—Sus, *Saeta!*... á ella, hucha!...—gritaba Arturo desesperadamente.—Va herida!... Cógela!

La perra, indecisa, giraba entre el agua; quería obedecer á la voz pero el instinto la arrastraba en seguimiento de sus compañeros.

La gallineta se perdió en lontananza, seguida siempre por la vista del desventurado cazador, quien, semejante al náufrago que ve perderse en el horizonte la última vela del barco que ha sido su esperanza, veía escapársele de entre las manos el único trofeo que pudiera adornar su morral vacío en aquel día. Desesperado abandonó su puesto y se dirigió á Adolfo, quien en este instante disparaba sobre un hermoso pato; sin mandato previo fué traído el animal herido por la fiel *Saeta* entre la jeta labicaída.

En tanto, una nube de aquellos palmípedos se elevó del sitio encomendado á Arturo para su vigi-

lancia; la presa se escapó debido á la inoportunidad de aquel paseo inútil.

—Ve allá, Arturo!—gritóle Enrique enfadado.—Has dejado escapar la mejor partida. Ocupa tu puesto!

—Felices ustedes!...—respondió el interpelado con amargura, viéndolos á todos hacer fuego sobre los animales, y á los perros, incluso el suyo, apresurarse á sacar las presas de entre el agua.—Como mi perra no me sirve de nada!... Se ha concretado á sacar los patos de todos, menos los míos; he matado como cincuenta y, sin embargo, no tengo ninguno... Merecería un balazo este maldito animal!...

—Pero, hombre, si tan sólo has hecho dos tiros... y á una sola pieza... ¿Cómo quieres haber matado cincuenta patos?...

—Sí; pero la gallineta se fué herida... eso no me lo negarás... Esta maldita *Saeta* me la dejó escapar.

—A tu puesto, Arturo; ahí va la otra porción!...

Pero el desdichado no obedecía; seguía echando maldiciones á su pobre perra, que con todo era el animal más diestro de los allí presentes.

El sol entre tanto avanzaba en su carrera; los patos disminuían, y nuestros cazadores fatigados y con los morrales bien repletos se retiraron á una esplanada. Tendieron las ruanas bajo un grupo de árboles, y empezaron á hacer, con las provisiones traídas al efecto, el almuerzo del día, sazonado con el recuerdo de las peripecias de la batida.

—Todo está muy bien, y fuera mejor, si este pícaro *Nemo* no se hubiera engullido el más hermoso de mis patos; decididamente, Sor Fatalidad me estima demasiado!

—Eso te pasa, Adolfo—respondió Enrique,—por tener hambreado al pobre animal; el hambre es la peor consejera, ella es autora de muchas desgracias!... Además era muy justo: podía disfrutar de una parte de tus ganancias. Has sido el Rey de la caza; tienes quince piezas y de nosotros, el que más, ha

logrado cobrar ocho... ¡La fatalidad que te persigue!... ¿No?...

—Pues yo—terció Arturo,—maté como veinticinco y no disfruté de ninguno; traje perro y no tuve perro; la gallineta se fué con mis municiones entre el cuerpo: pim!... pam!... hizo una corbeta, rozó el agua con la punta de las alas y sin decir adiós ni hasta luego, huyó dejándome burlado... La culpa, toda la culpa la tuvieron ustedes que no me dejaron seguirla la pista; de no, juro que la había alcanzado!

—Sí; aunque hubiera sido en el fin del mundo, ¿verdad?

—Nada; confiésalo, Arturo—interrumpió Jorge sonriendo,—no hiciste en toda la mañana otra cosa que desperdiciar el tiempo y dejar ir los patos. Te estuvimos llamando la atención y por estar mirando á tu gallineta dejaste escapar la manada.

—¿Qué tal caza, caballeritos?.. Arman ustedes un alboroto digno de toda una guerrilla; creí de buena fe que se nos habían entrado los Guascas!...—gritó don Valentín, alcalde del vecindario, apareciendo caballero en un famoso potro overo, que relinchaba orgulloso de su carga, acercándose al grupo formado por los cazadores.

—Muy buena; pero estas no son horas de venir!... Aquí la autoridad siempre llega tarde!... Si así fuera la fatalidad para conmigo, esto andaría mejor!... Nos habías prometido asociarte á la partida y sólo llegas á la merienda... Adelante!

—Las múltiples ocupaciones de mi cargo—respondió el alcalde apeándose, quitándose el casco y estrechando cordialmente las manos de los jóvenes con la suya eternamente enguantada,—los altos negocios de mi empleo; la gravedad de mi ministerio, y los solemnes compromisos en que me veo á cada instante, no me dejan un momento de expansión. El señor cura se empeñó en que asistiera al Bazar que debía organizarse á beneficio del nuevo templo, de cuya primera piedra he sido padrino. Me vi, pues,

á mi pesar, precisado á privarme por un momento de tan honrosa y agradable compañía; pero aquí me tienen ustedes, dispuesto á producir cualquier sonido!...—Y tomó de manos de Arturo el coco de plata que se le ofrecía lleno de brandy—Salud!... Esto es lo que se llama recibirlo á uno con cohetes—añadió enjugándose el largo bigote con un pañuelo de seda. —Mil y mil gracias!...

Continuó la merienda: todos reían, todos alborotaban; vinieron como postres las protestas de amistad eterna, las intimidades del corazón, los ánimos se expandieron, de cada pecho brotó una expresión de fraternidad, una confidencia cariñosa, una manifestación sincera. Allí sólo habló el corazón. El vapor de la felicidad, como el lampo querido de la inocencia, que huye con los albores de la niñez, es el sol esplendoroso que ilumina la conciencia; y la franqueza, la espontaneidad que brotan entonces del alma, son el vaho emergido de aquel lago, en cuyo fondo reposan los tesoros de amor y de amistad, ó la escoria vil del odio y de la envidia.

Cada cual depositó sus secretos en el pecho de su más querido compañero...

Avanzado el día regresaron á *Los Nogales*.

Jorge y Enrique iban juntos por el estrecho sendero que conducía á la casa, pero cada cual se retraía del otro; llevaban en el pecho sentimientos contrarios, y cuando el alma se separa no importa la proximidad de la materia... Por eso para el amor no existen las distancias: lo mismo da que el ser amado esté lejos ó cerca, muy arriba ó demasiado abajo... ¡Nos es posible amar con el mismo culto una estrella ó una mujer!...

Enrique llevaba en el pecho la esperanza del porvenir, la dulzura de la ilusión, la perspectiva de un mañana de primavera; Jorge mucha amargura del presente, mucha duda en el porvenir, hielos de invierno; demasiada sombra para un corazón acongojado... No tenía más que un alma y ella sola no era

capaz de resistir el choque. Había dividido su espíritu en el amor de dos seres hermanos y la suerte se empeñaba en hacer de esos dos afectos un par de enemigos encarnizados; de aquellos dos pedazos del alma dos lanzas vigorosas. De estas dos fuerzas saldría necesariamente un choque; la una había de destruir á la otra; el destino hacía unirse por un momento esos dos afectos para que se hicieran girones mutuamente.

Y en tanto, dormida en el rincón más apartado de la conciencia, la fe dejaba imperar el triunfo de la sombra, ondear el pendón de la duda, ensañarse la lucha del mal con el bien, humillado siempre éste, triunfador siempre el otro... Estaba el corazón dentro de un calabozo cuyo único tragaluz era la bocaza del odio imprescindible en una guerra á muerte.

RAYO DE LUNA

El olor de los barnices saturaba el ambiente de aquella pieza invadida por cuadros á medio esbozar, caballetes manchados de albayalde, paletas embadurnadas y cajas de colores derramados. Allá, en los muros, entre lienzos desteñidos por el tiempo, papeles amarillentos, croquis borrosos y cuadros sin marco, entre toda aquella babel, entre aquella revolución de tintes y manchones, se yergue un gran lienzo cubierto por una cortina verde; todo bañado en la media luz que se filtra discretamente por entre los cristales opacos de los balcones.

Al pie de uno de ellos, cubierta por un largo delantal, se encuentra Blanca; trabaja cuidadosamente sobre un pequeño lienzo.

—¿Ya estás de nuevo en tu elemento?—dijo Ester penetrando de improviso en el gabinete de estudio de su hermana, y continuó inclinándose sobre su obra: —¡Qué bonito está eso!... ¿De dónde sacaste asunto para ese paisaje?... Espera...—dió un paso atrás, recogió la vista y prosiguió:—Ah! sí; ya lo reconozco... es... ¡Ahora no me dirás que no he dado en lo cierto!... Es la alameda de *El Balsial*... ¡Muy bien!... Enrique se pondrá ufano de que hayas escogido algo suyo para un cuadro... Vamos, tú sí adelantarás, tienes una disposición loca para las bellas artes... Lo que soy yo...—y parecía entristecida aunque sonriente—lo que soy yo si nunca llegaré á pararme en una rama verde... Ya ves, en el violín tampoco he dado pie con bola!...Y á tiempo en que esto decía revolvía colores en desaliñada confusión sobre

una tabla aceitada que Blanca tenía dispuesta para un nuevo cuadro.

—No, mi chinita; eso sí que no te lo permito, mi amor!... Deja á un lado tus travesuras de niño; me has dañado la tabla que me era más indispensable.— Y quitó el pincel de manos de la traviesa muchacha.

—Así, mucho menos aprenderé!... Si no me dejas ejercitar declaro imposible mi perfeccionamiento!...

—Qué...! si tú no pasarás nunca de ser una loquilla!... ¿Cuándo será que críes juicio?...

—Ah!... Tú siempre has de estar con esas!... Si ya me he reformado mucho; pregúntale á Enrique: ahora no mato las ranas al ir al paseo de la tarde, ni me gusta saltar vallados delante de la gente; pregúntale... soy muy juiciosa... toda una señorita... Ah! mira, allí viene, como si lo llamara—y diciendo así miraba al jardín por el balcón entreabierto.—Sí; pregúntale y verás... entonces yo le cuento que tú has hecho un lindo paisaje sacado de *El Balsial*.

—No, Ester, sé razonable; no vayas á hacer semejante disparate—y cogió de sobre el caballete el cuadro para ocultarlo.

—Pues, sí; se lo he de decir, así como tú no haces más que reñirme en cuanto me ves contenta.—Y esto diciendo arrebatóle de entre las manos el pequeño lienzo.

—Bueno: si se lo dices yo romperé el cuadro! No quiero que él se entere; mira, Estercita, házme el favor de devolvérmelo; y en medio de su palidez se puso ligeramente encarnada, considerando como una grave falta á los ojos del joven, haberse ocupado de él en sus ratos de soledad y de meditación, cuando se entregaba en brazos de aquel instinto febril que la animaba y embellecía.

—¿A qué no lo rompes?... ¿Apostemos?... y Ester echó á correr hacia el jardín al encuentro de Enrique y doña Elisa, quienes se dirigían al gabinete.

—Cuidado, que está fresco, vas á pintarte!

Quedóse con la vista fija en el suelo, pensativa,

reflexionando... ¿Qué pensaría Enrique de aquella indiscreción?... ¡Haber escogido como asunto de un cuadro una cosa que le pertenecía á él!... Esta en verdad bien podía ser una acción inocente, pero también podía interpretarse de modo distinto no sólo por un extraño sino aún por el mismo joven.

—Mil gracias, Blanca, el cuadro está admirable. Nunca imaginé que algo de lo mío fuera digno de merecer la atención de usted—dijo Enrique entrando á la pieza seguido de la señora.

Ester venía tras de su madre, como tratando de ocultarse; en el brillo de sus pupilas se pintaba la singular satisfacción que experimentaba haciendo pasar un bochorno á Blanca, viéndola ruborosa, con los ojos tenazmente fijos en el suelo.

—Esta es una fiel interpretación del natural—continuó Enrique dirigiéndose á Blanca,—y pone de manifiesto una vez mas sus dotes artísticas.

—No, Enrique, son chanzas de Ester; este cuadro puede parecerse en algo á la entrada de su casa, no lo dudo... pero, créamelo, es idea mía, enteramente mía, sin original ninguno. Y lo tomó de manos del joven.

—Lo cierto es, Blanca—interrumpió Ester,—que se parece ese cuadro á la alameda de *El Balsial,* como puede parecerse tu ojo derecho á tu ojo izquierdo. ¿No es verdad, mamá?...

—Sí—respondió la señora contemplando el liencecillo,—y el asunto está muy bien tratado; tú, tan pronto imitas á Caravaggio con sus cuadros llenos de vivacidad y colorido, como á Caracci con sus luces fosfóricas y sus tonos suaves y desteñidos.

—Muy cierto—continuó Enrique—y la combinación de estos dos maestros en el genio de Blanca, no prueba sino la íntima afinidad que, á pesar de la diversidad de escuelas, existe entre ellos: Caravaggio era el pintor de la tragedia con la viveza de esas luces de que habla usted doña Elisa, y así él prefería siempre para asunto de su obra el tono macilento

de las ruinas, la crispación de los cadáveres, la rudeza de un asesinato; y Caracci, fundador de la escuela introductora que le dió á la pintura italiana ese tono fosforescente, fué el genio adorador del dibujo romano, del movimiento de la sombra veneciana; vivió sugestionado por el digno colorido de Lombardía, por el método de Miguel Angel, por ese estilo soberano del Correggio, unido al natural de Ticiano y la simetría de Rafael.

—Caracci, sobre todo, admiraba al Correggio—intervino Blanca—á esa grande inteligencia en el claro oscuro, en la gradación imperceptible de las medias tintas. Yo también he aprendido á amar á ese ingenio de lo vago, á ese hombre en cuyo cerebro fulguró la chispa del ideal imperecedero é inalcanzable. En sus cuadros se manifiesta toda la fusión armónica de la luz con la sombra.

—Pero, volviendo á su hermoso paisaje—dijo Enrique,—volviendo á esta notica de armonía, usted, Blanca, me va á hacer el favor de obsequiármelo; lo colocaré en mi pobre galería, en sitio de honor, como lo merece.

—Tendría mucho gusto, Enrique, pero aún está inconcluso: además, no merece la honra... Usted tiene una colección de pinturas de lo más escogido, las copias más semejantes, los remedos mejor imitados de los grandes pinceles; yo he visto, precisamente, una *Madona de Scodela* que puede fácilmente competir con la autógrafa del Correggio, un *Belveder... de Zampieri,* si mal no recuerdo: *la Visitación de Santa Isabel...* como que es del mismo Juanes; en fin, lo mejor de cuanto pudiéramos hallar entre los reyes del arte... y mi humilde liencecillo se vería allí tan indigno, tan diminuto como una mosca sobre un espejo...

—Ah! no diga usted eso; él irá á saludar á sus predecesores, como un delfín á la corte de sus abuelos.
—Y Enrique contemplaba entusiasmado el diseño de Blanca.

—Yo tengo especial placer en que usted lo conserve, pero... allá, en lo más obscuro de ese hermoso salón—respondió Blanca mirándolo fijamente con sus ojazos lánguidos y entregándole el cuadro.

—Bueno—interrumpió doña Elisa,—el objeto de nuestra visita era el que le enseñaras á Enrique tu cuadro *Rayo de luna;* se ha empeñado en verlo porque Jorge hace de él elogios inmerecidos, tal vez demasiado calurosos.

—Inmerecidos, no; estoy convencido ahora más que nunca de que son muy justos, y si usted me hiciera el favor, Blanca...

—Por supuesto, pero le advierto que no vale la pena en que se han puesto de venir á este laberinto.

Separando una silla de paja se abrió paso por entre los trastos diseminados é invitó á sus visitantes á que le siguieran. Llegó al extremo de la pieza, separó la cortina verde y descubrió el gran lienzo que quedó bañado por la luz propicia filtrada por entre los vidrios opacos de la ventana.

El cuadro, con el tono suave y melancólico de las medias tintas, dibujada la palidez macilenta de una noche de luna. Sobre un cielo azul profundo se mece el globo de nácar; allá en el fondo la alameda oscura, el derruído claustro, la escalinata medio caída: el paisaje emana olor de abandono, ese perfume de confidencia que respiran las cosas viejas; acá saltan las turbulentas aguas del Duero, entre los negruzcos piedrones de su cauce, y en lontananza se perfilan las carcomidas murallas de Soria.

En primer término se dibuja la escultura de una mujer pálida, erguida, cubierta por una túnica flotante caída en pliegues desde los hombros hasta la punta de los menudos pies, ceñido el talle delgado y largo. De entre la gasa del ropaje surge una garganta torneada; destrenzada la mata de cabellos: sublime toda ella en su abandono trágico: las pupilas extraviadas con una expresión indefinible de locura. Todo el desequilibrio de la demencia sintetizado en

la energía de una sola pincelada, en el vigor de un toque de luz: encarnados en ella el dolor, la lucha, el esfuerzo de una desesperación sublime. Con los brazos extendidos, un pie adelantado que se adivina bajo la gasa trémula, persigue un rayo de luna filtrado por entre las ramas de los álamos, por entre la red de hiedras agarrada como un tapiz de uno á otro árbol, desvanecido, descolorizado en la bruma del paisaje, en la penumbra de los follajes.

Era la evocación del ensueño.

Y todo aquel asunto estaba tratado con la delicadeza de un alma artista; se hallaban reunidos allí la fuerza del claroscuro, el efecto de la perspectiva y de la movilidad de la belleza. Era el grito victorioso del artista enamorado de su ideal que, envanecido en su victoria sobre el lienzo en la interpretación de los tonos, realiza la obra de su imaginación mezclada á la quimera del poeta. Era la evocación de una eterna pugna; la sombra y la luz; el reproche de la estéril persecución de lo inalcanzable; el reflejo de un rayo de luna desvanecido en la media claridad del mañana incoloro.

—Sublime!...—exclamó Enrique entusiasmado—es la realización de cuanto se puede soñar, la verdadera encarnación de la visión de Becker, duplicado en el destello de la quimera y en la imagen de su perseguidora: es la viva mezcla de una doble esperanza: la mujer intangible y la ilusión desvanecida. Esta es la interpretación gloriosa de ese soñador que tantos puntos de contacto tiene con usted... Blanca.—Y Enrique se exaltaba.—El poeta se sentiría orgulloso si, incorporándose de entre el polvo que lo venció en la esterilidad de esa misma lucha—y señalaba el cuadro,—pudiera verse hoy interpretado tan fielmente por una alma hermana de la suya que con el pincel hace revivir sus sueños en panegírico glorioso. Sabría el vate que el eco vibrante de su lira inmortal no se ha extinguido aún en la arcada del gran templo de los corazones.

—Oh, sí!—exclamó Blanca entusiasmada al recuerdo de su poeta querido—el bardo sevillano ha hecho la sintetización más sublime de la fantasía humana, ha sabido darnos la única solución del problema eterno, el ideal: «amor, gloria, felicidad, mentira todo... corremos tras ellos para encontrar al cabo sólo un rayo de luna»; y ese grito del alma atribulada, ese eco sublime de la verdad de una mentira, no morirá nunca!

Y su fina cabecita se erguía animada por una chispa de inspiración, sus mejillas, de ordinario pálidas, se sonrosaban en el calor del entusiasmo, el delantal se levantaba en el pecho, agitado por el brusco movimiento del corazón enchido de ese fuego divino que irradiaba en sus lánguidas púpilas de artista, abrasado en esa llama que sólo sabe arder en el alma de los perseguidores del ideal.

Ah! sí: todo un rayo de luna... amor, gloria, felicidad!...

EL CLAVEL

El disco pálido de la luna se balancea entre un mar de espumas: las soñolientas aguas del lago reflejan aquel inmenso cielo rizado y, al plegarse con el soplo de la escasa brisa de la noche, hace girar vertiginosamente el dombo plomizo del infinito.

La luz tenue, como velada por una gran pantalla de seda gris, dibuja apenas las siluetas de los juncales que parecen un ejército de espectativa.

Todos los ruidos vagos de la noche hacen mover acompasadamente, en un vaivén arrullador el paisaje: el canto monótono de las ranas semeja un eco perdido de los ruidos del día.

En mitad del lago se mece el bote suavemente impelido por el acompasado caer de los remos, abriendo el agua en dos alas mansas y espumosas, que al cerrarse hacen borbotear el líquido.

Un vapor denso se levanta de la superficie del lago: es la hora de oración, el agua eleva su plegaria, aquella es su voz, el tributo que rinde á su rey el firmamento...

Un volcán dentro del pecho.
Una súplica en los labios.
... ...
... ...

Enrique entregó el tiple á D. Valentín, cuyo casco blanqueaba entre la bruma. El magistrado empezó con desenfado á rasguear el aire de un torbellino.

—Es usted muy cruel, Ester...

—¿Sí? ¡Veamos por qué!—y la niña se le encaró.

—Le he rogado, por todo lo más querido por usted, que me dé ese clavel y no ha sido posible..

—¿Y solamente por eso me llama usted cruel?... vamos! está usted galante!

—No, Ester, no se enfade; su crueldad es dulce... en verdad usted es adorable, pero... me hace sufrir mucho.

—Indudablemente usted es el hombre más galante de los habidos: gracias mil!... todo eso son flores que no merezco puesto que soy tan cruel que le hago sufrir tanto!... ¿Se puede saber en qué consiste ese sufrimiento?...

—Ya lo he dicho: en su empeño en no darme una cosa que ninguna falta le hace.

—Y ¿cómo lo sabe?... puede que sí me haga!...

—Pero, ¿para qué?... ¿acaso no tiene bastantes en la mata?

—No. Se acabaron. Este era el último.

—No diga eso. yo vi la mata: estaba llena... Y, en todo caso... si por ello fuera... yo doy mañana cuantos se me exijan en cambio.

—Para esa gracia, yo también: si quiere mañana le mando la maceta, que, según su decir, está llena de flores.

—Más que la mata, que acepto por ser suya, agradecería yo esa flor...

—Pues, siento mucho, pero... ésta no se puede.

—Pero, al menos, diga el motivo.

—¿El motivo?... Ah, sí! uno muy poderoso.

—Cuál!

—Porque la quiero mucho.

—Pues, por eso, precisamente, por eso la quiero yo también: esa es la causa que me induce á pedírsela; su cariño. Todo lo que usted ama es amado por mí, lo que usted odie yo lo detestaré... ¿A verla?...

—He observado con bastante tristeza, Enrique, que usted se está volviendo muy pedigüeño.—Y Ester sonrió maliciosamente.

—Y usted muy avara!...

—Gracias!... ¿No le digo que está usted galante?

—Oh! es que usted se goza de verme sufrir!

—Pues no sufra!

—Y ¿es usted quien me lo dice?

—Creo que sí...

—¿Estima en tan poco mi cariño?...

—No!... ¿por qué?

—Porque, si usted me quisiera no me daría esa respuesta.

—Entonces no sé cuál deba darle.

Este diálogo era protegido por el son del tiple y la voz llena de don Valentín, quien había entonado una canción, á la cual sólo prestaban atención doña Elisa, Adolfo y Arturo, pues Blanca y Jorge, aunque aparentaban estar interesados por la belleza de las estrofas y la armoniosa cadencia de las notas del instrumento, tenían concentrada su atención en la disputa de los dos jóvenes.

—Yo quisiera, Ester—continuó Enrique con aire suplicante,—que hubiera para mí menos severidad, más aquiescencia...

—Pues me parece suficiente la que he usado hasta ahora... Con todas las flores mías que usted tiene se podría fácilmente formar un herbario. Ya ve, por último, hasta una mata, con raíces y tiesto le acabo de regalar.

—Sin embargo, todo eso no impide que me agregue esa flor: ha muerto sobre su seno y sería yo muy feliz en poseerla: lleva un perfume de usted... está impregnada de algo suyo.

—Pues, ya le he dicho que no puedo dársela.

—Pero, veamos al menos, la razón de esa negativa tan obstinada.

—¿La razón?... muy sencilla... Esta florecita tiene una particularidad... por eso me privo del placer de satisfacer su deseo... créame!

—Cuál es esa particularidad?

—Mire:—é inclinando la cabeza cogió la florecilla

sin quitársela del seno.—¿Ve esta pinta roja rodeada de amarillas?...

—Sí... ¿y qué?...

—Que es la única flor de la mata que ha salido con ellas.

—Pues... eso que usted llama particularidad, va en apoyo de mi interés. Préstemela—la miró más de cerca y alargó la mano para recibirla, suplicando al propio tiempo con la actitud.

—No: no, señor: no sea necio, ya le dije que no, y no!—y pareció enfadarse.

—Por un momento, nada más, Ester!

—Que no: y si me la vuelve á pedir, más bien la boto.

—No es sino para verla...

Ella desprendió la flor del pecho, y parecía observarla atentamente, soplando sus pétalos.

—¿Por fin, Ester?... Muestre acá!...

—¿Le dije que la botaba?... pues vea que cumplo mi palabra! para que no me moleste más!...—y con toda la extensión del brazo la arrojó lejos del sitio en que se hallaban. Luego volvióse á Jorge y se puso á hablarle en voz muy baja, haciendo caso omiso de lo que acababa de suceder, como si Enrique no hubiera estado nunca allí á su lado.

Por el rostro de éste pasó una sombra de coraje: se mordió los labios hasta hacerse sangre, para no proferir una blasfemia: pasóse la mano por la frente, se echó atrás el sombrero y, procurando reponerse, para disimular la impresión causada por la acción de Ester... volvióse á Blanca y le dijo:

—Precisamente en este sitio fué donde maté anteayer el primer pato—y señaló los juncales de la orilla —había muchísimos!...

—Tuvieron ustedes, en verdad, un día feliz de caza—respondió Blanca acentuando la dulzura de su voz, deseosa de atenuar el rudo golpe recibido por el joven con la ligereza de su hermana.—Aunque en verdad hay muchos patos en esta laguna, se han

vuelto muy avisados: los tirotean con frecuencia en las cercanías y eso los ahuyenta... ¿Cuántos mató usted?

—Solamente siete...

—Y ¿cuál fué el primero?... ¿el que murió aquí?

—El manchado de rojo; el que le llevé á Ester.

—Ah, sí! el más hermoso... Mire, Enrique, usted tiene que disculparla.... es tan niña, no reflexiona...

—Pero, ¿á quién, Blanca?

—A ella, á Ester.

—¿Y de qué he de disculparla?

—De eso, de lo que acaba de hacerle... de lo del clavel... Usted sabe: es su carácter tan ligero; pero estoy segura de que no tuvo intención de herirlo; el móvil ha sido uno de sus caprichos, un brote de su naturaleza voluble, uno de aquellos arranques que no le es posible dominar, una de sus locuras imprescindibles, de las cuales luego se arrepiente sinceramente... Dispénsela usted.

—Ah! no crea, Blanca; yo no le guardo por eso resentimiento alguno. Cuando se ama, cuando se ama con toda el alma, como la adoro yo, estoy por creer que se pierde hasta el uso del amor propio, la última noción de delicadeza; cada ofensa que ella me hace es una herida que al abrirse en mi corazón forma una nueva boca por la cual bebe mi alma el loco amor en que me inundo; cada desprecio un nuevo martillazo que descarga sobre el yunque donde se ablanda, se amasa, y robustece mi corazón... La amo tanto!...—y clavando los codos sobre las rodillas se agarró furiosamente la cabeza con las manos crispadas.

—Y ella, á pesar de sus caprichos, á pesar de sus volubilidades, le quiere á usted, también mucho... estoy segura... Y no podría ser de otro modo, pues usted lo merece; créamelo!... ¿Quién más de corazón que yo puede decírselo?... Un acceso de tos la interrumpió.

Este, en verdad, era un arranque del corazón, una

frase encubierta que subió á los labios de Blanca sin consentimiento de su amor propio, sin permiso de su orgullo de mujer, como subía la bruma de aquel lago, como se escapa, haciendo saltar la tapa de la caldera, el vapor, cuando aquella carece de una válvula.

Enrique la miró fijamente, deseoso de escudriñar el sentido encubierto de estas palabras tras el velo de una fingida indiferencia. Ella, sintiendo el peso de esa mirada, temerosa de haber sido indiscreta, bajó los ojos y pareció contemplar abstraída el movimiento de las nubes reflejadas en el seno glauco de las ondas, los rudos balanceos del cielo al fruncirse el líquido del lago por la quilla del bote.

Don Valentín, terminada la canción, abrumado por los elogios de sus oyentes, dijo volviéndose á Enrique:

—Ahora sí, querido mío, ya te he desempeñado un rato: encárgate nuevamente del puesto: yo voy á reemplazar á Adolfo—y entregando el tiple á Enrique tomó el remo de manos de Adolfo.

Jorge dirigiéndose á Arturo le dijo, para esquivar la continuación de un coloquio que iba acercándose demasiado al punto á donde él deseaba llegar pero que le impedían su honor de caballero y su fe de amigo:

—¿Quieres que te releve en la faena?... Presta acá el remo y hazle segundo á Enrique en esta canción.

Así se alejaba de su tortura, de aquella mujer incomprensible que parecía acariciar con la mirada en tanto que repudiaba con los labios.

—Y ¿sabes cómo se maneja el remo? Observa bien: se coje así: con el busto echado hacia atrás se imprime movimiento impelente al brazo derecho y repelente al izquierdo, y todo se reduce á pim!... pam!... Fíjate bien: impelente al derecho y al izquierdo repelente; pim!... pam!...

—Repelente eres tú—respondió Jorge sonriendo con bondad—conozco demasiado ese *sport*, querido.

—Ah! tonto, no me acordaba: cierto que en Ve-

necia te lo enseñé... ¿Recuerdas las noches pasadas en torno de la isla de los Armenios; entre la ciudad y el Lido, entre el cielo y el mar?; ¿recuerdas ese dichoso carnaval?... felices épocas aquellas de los farolillos rojos y verdes, las guitarras gemidoras y los lindos ojos claros de las venecianas donde se refleja ese azul diáfano del cielo italiano... tan tiernas!... tan sensibles al amor platónico!... Oh, tiempos!

El ligero batel siguió surcando la extensión del lago, bajo el inmenso palio de aquel cielo donde la luna se balanceaba sola: bajo ese dombo diáfano del cual el soplo helado de la noche había replegado los pendones grises.

NUBARRONES

Un volcán dentro del pecho.
Una súplica en los labios.
... ...
... ...

Se oían las notas lejanas de la canción reanudada.

Surgió en el horizonte un inmenso nubarrón como una mancha de tinta sobre la enorme concavidad del tranquilo cielo.

Traída en alas de la brisa, despertada de su letargo para convertirse en huracán y fustigar ensoberbecida las quietas aguas de la laguna, la nube se extinguió por el firmamento.

Se hacía casi imposible gobernar el barco: Jorge hubo de poner en acción toda su habilidad para no encallar en los bejucos del islote.

Un acceso de tos más fuerte hizo sacudir el flexible torso de Blanca: oprimióse el pecho con la mano donde centelló el solitario y recostó la blonda cabecita en el hombro de su madre.

—Pobre hija mía—murmuró doña Elisa acariciando aquel rostro altivo de líneas regulares,—¿te ha vuelto esa pícara tos?... Es esta brisa húmeda lo que te hace daño. Regresemos á casa. Jorge... si usted me hace el favor: esta niña se está poniendo muy mal.—Y en un acento apesarado se traslucía la terrible impresión causada en ella por aquel accidente. La salud de Blanca estaba expuesta, según diagnóstico del médico, á sufrir una grave lesión: sus órganos pulmonares eran muy delicados y esa loca afición á

la pintura que la dominaba, el constante olor de los barnices, los afectaban día por día notablemente.

—Madrecita, no te afanes—articuló la joven con voz débil,—esto me pasará pronto: es que soy muy floja...

No podía hablar seguido: la tos se agarraba tenazmente á su pecho arañándolo con esas uñas aceradas que desgarran y sangran.

—No lo crea, Blanca—repuso Jorge, haciendo virar el barquichuelo hacia la orilla,—este aire frío que sopla puede serle nocivo: volvamos á casa: ya hemos satisfecho el antojo de dar un paseo por el lago á la luz de la luna, tan querida por usted, tal vez por lo pálida, por ser la inspiradora de sueños vagos... en fin, por la semejanza que tienen entre sí... ¿Sufre usted mucho, Blanca?...

Pero era imposible sujetar el bote á la voluntad de los remos, el viento encrespaba las ondas y los esfuerzos del joven eran inútiles.

La tos no cedía: el pecho dolorido de Blanca se hinchaba y se oprimía sin cesar. Había clavado allí un puñal que la torturaba, que hacía arder su sangre en las arterias y precipitarse rudamente al corazón, haciendo irregulares sus latidos, vertiginosos sus movimientos.

Adolfo, alarmado seriamente, se acercó á su hermana, sentóse á su lado y cogiéndole la cabeza entre ambas manos le dijo con acento de ternura, acercando sus labios á aquella frente ardorosa:

—Pobre Blanca mía! ha vuelto esa maldita tos, pero no importa, no te afanes, hermanita... Es la fatalidad que nos persigue, no debemos humillarnos... Mira, yo castigaré esa tos!...—E imprimió otro beso en la pálida mejilla de su hermana.

Blanca, sonriendo á las caricias de Adolfo entre la amargura de su dolor, murmuró quedo, con voz cortada por el acceso:

—Sí: no es grave... esto pasará pronto...

—Acércanos á la playa, Jorge—dijo don Valentín emocionado.

—Pero no se afanen—continuó Blanca desmadejada,—vean ustedes... ya estoy buena... Y procuró erguirse pero la humilló de nuevo un golpe más fuerte de tos.

Aquella mujer sublime, rendida por el dolor tenaz que la afligía, arrancándole gemidos inarticulados, se afanaba más para no alarmar á sus compañeros que por aplacar el torcedor que le roía.

—No hagas esfuerzos porque te perjudican—y Adolfo acariciaba la flotante mata de cabellos, que con las sacudidas del accidente, se deshacían de los alfileres.

Jorge, con un supremo esfuerzo enderezó el bote al punto por donde habían entrado á la laguna: pero la violencia del huracán hacía cada instante más difícil aquella tarea.

El cielo, barrido por las alas del viento, lucía hermosamente sereno, balanceándose en su cénit el globo de alabastro.

Arturo, tomando los remos, colocóse magistralmente en su asiento y dijo con entonación enfática:

—Déjame á mí, Jorge; tú no tienes suficiente práctica. Esto se hace así... pim!... pam!...

El batel, en vez de acercarse á la playa, como si el huracán quisiera reir del presuntuoso maestro, hizo una corbeta y se internó de nuevo en la laguna.

—Mira, Arturo—objetó Jorge con bondadosa complacencia,—siempre es mejor que me dejes á mi solo: si no, entre ambos, sabiendo cada uno más que el otro, no lograremos salir en toda la noche de este atolladero.

Y con un vigoroso empuje de los remos dió impulso á la barca que avanzó blandamente hacia la orilla abriendo una ancha estela en el agua rizada. El viento seguía riendo de Arturo.

La tos de Blanca continuaba obstinadamente.

En los rostros de los circunstantes se pintaba el

espanto que infundía en los ánimos el accidente de la joven. Todos recordaban las fatales consecuencias de la primera arremetida de la enfermedad: aun se veían impresas sus huellas en aquel rostro: esa palidez mate, las profundas ojeras, la falta de viveza en el rojo de los labios cuando sufría un cambio brusco de temperatura y aquella tos que desde entonces la perseguía. La reincidencia del accidente era la eterna alarma de la familia y amigos de la joven: se hacía imposible conocer á Blanca, escuchar, aunque fuera una vez, el acento cariñoso de su voz, observar la delicadeza de sus modales, la suavidad de su carácter sin amarla, sin sentir una especie de culto religioso por aquella mujer toda ternura, siempre dispuesta á hacerse sentir por su abnegación aún en los casos más insignificantes, sin adorar á aquel ser lleno de afabilidad fascinadora.

La tos había cedido por un momento: Blanca parecía no sufrir ya: en su rostro, bañado por la luz de la luna, se acentuaba más su palidez de alabastro: sus párpados plegados parecían dos pétalos marchitos, tronchados sobre los arcos violáceos de sus hondas ojeras.

El bote llegó por fin al desembarcadero: saltó Jorge cogiendo la cadena que debía sujetarlo al poste de enganche: luego don Valentín, con su casco blanco echado hacia la nuca y el tiple en la mano, en seguida Enrique, quien ofreció la suya á Ester. La joven, mirándolo con esa expresión acariciadora de que usaba cuando quería borrar el efecto de una de sus caprichosas diversiones, envolviólo en un rayo de luz, en un lampo de la aureola que parecía circundarla siempre y bajo cuya influencia se sentía él, como tocado por el fuego abrasador de unos labios. Puso el pie primorosamente calzado sobre el borde del bote, entregó su mano al apasionado caballero y de un saltito ágil se paró airosamente sobre el muellecito, cogiéndose con la mano libre la falda de seda, para evitar el contacto de la humedad.

Arturo tendió su mano á doña Elisa para salir de la embarcación, y, Adolfo, sosteniendo medio abrazada á Blanca y ayudado de Jorge, pasó á tierra trabajosamente con su preciosa carga.

El bote vacío se balanceó sobre el cristal del lago, besado por el último reflejo de la luna, enviado como última despedida amorosa á su amigo antes de ocultarse tras el manchón espeso.

Todo quedó en completa obscuridad. Empezaron á caer gruesos goterones: al chapotear sobre el líquido la laguna parecía hervir. Era el murmullo victorioso de la sombra sobre la luz, el himno triunfador de las tinieblas al recobrar su campamento.

Se desató el chaparrón que azotó inclemente los juncales.

El bote abandonado como una hoja sobre el lago, seguía meciéndose juguete del líquido soberbio: prisionero de la cadena tan pronto se alejaba como avanzaba hacia la orilla donde las olas lamían con avidez los mechones de grama.

FAUSTO

Hundida entre el peluche rojo de un sillón, que hacía resaltar su transparente lividez, Blanca, con los brazos caídos á lo largo, con esa vaguedad brillante de la fiebre en las pupilas, se hallaba en su alcoba al lado del lecho. Era la tarde de un hermoso día cuya brisa arrastraba en el firmamento las pequeñas nubecillas blancas á los confines del horizonte diáfano y sereno.

A su lado *Fausto,* con el mirar fijo é inteligente de los perros, la contemplaba entristecido: parecía comprender su dolor y, meneando la cola pausadamente, espiaba el movimiento de los ojos de la enferma reparando los rosetones del muro. Cansado de la indiferencia de la joven, el perro resolvió llamarle la atención reposando su hocico largo y fino sobre las rodillas de Blanca, quien, volviendo de su abandono, levantó el brazo y posó la mano sobre la ancha frente del animal. *Fausto* entrecerró los ojos con fruición y levantando una pata la asentó respetuosamente sobre la manta que cubría los pies de la joven.

Blanca, como si el animal pudiera responder, le dijo, con su voz musical de timbre acariciador:

—Oh, mi buen *Fausto!,* pobre amigo mío!, tu amo es un ingrato; te ha dejado solo, abandonado y se ha ido á paseo con sus amigos... ¿Estás triste por eso?... No seas bobín!

La ciencia nos enseña que los animales forzosamente han de carecer de las facultades intelectivas que nos distinguen de ellos y nos colocan en una jerarquía más elevada que la suya; pero los hechos

cumplidos nos obligan á disentir de esa opinión, siquiera por momentos, nos vemos precisados á revelarnos contra esa convicción para convenir en lo irrecusable de las pruebas recibidas de la inteligencia de los animales; y es que, según la frase del insigne francés, «nada se parece tanto á la inteligencia que lo comprende todo, como el simple instinto de la bestia cariñosa; el animal es el sonámbulo lúcido». Y entre ellos, ninguno tan noble por su adhesión al hombre como el perro. Muchas veces nos asombra verlo no sólo entender con admirable precisión el significado de nuestras palabras y apropiarse la situación de nuestro ánimo, sino hacer un esfuerzo infructuoso pero sublime para responder á la interpelación del amo, para comunicarle sus afecciones y deseos.

Fausto parecía entender las palabras de Blanca y, como protestando del reproche, como si quisiera decir á la joven: *«tu cariño reemplaza las ingratitudes de mi amo, á ti me acojo»*, sentóse sobre sus patas traseras, levantó las manos, alargó el cuello y, batiendo con afán la cola, trató de abrazar á su encantadora amiga.

—Sí, ¿eh?... ¿que yo también te quiero, verdad?... ¿cómo lo sabes, picarón?... Sí; te quiero mucho, amigo mío Tú lo comprendes, por eso me quieres, ¿no es así?... Vosotros, los perros, tenéis más instinto que vuestros mismos amos y sois, quizá, más dignos de ese afecto que se malgasta en ellos... Tú pagas mi cariño con el tuyo; te lo agradezco. En vez de ir á saltar vallados, en vez de ir á corretear por el llano, te has quedado haciendo centinela á la pobre enferma. La acción es digna de ti... de un perro... de un amigo cariñoso. ¿De un hombre?... No!; ellos tienen preocupaciones y no pueden gastar su tiempo en pequeñeces... es muy justo! Sí; tú eres bueno, *Fausto;* me has sacrificado un día de sol, de mariposa, de recreo.

El perro, enternecido, se arrimaba más y más á la

joven y no cesaba de batir la cola lanzando aullidos inarticulados, como si asintiera á las palabras que le eran dirigidas en tono cariñoso, como si quisiera responder á las frases de Blanca impregnadas de tristeza y ternura.

—¿Me quieres mucho, *Fausto?*—preguntó la joven inclinándose sobre la cabeza del perro con un supremo esfuerzo.

El animal dilató las pupilas carmelitas, se empinó sobre las manos, relamióse el hocico y lanzó un gruñido que casi fué una expresión humana, un «SI» que llego á lo hondo del alma de aquella niña enfermiza, cuyo sentimentalismo encantador reclamaba el afecto de un perro.

—¿Qué sí?... ¿quieres decir que sí?... Bien; así me gusta!... Pues en cuanto á mí, te diré: no te quiero: no puedo quererte, *Fausto* mío, porque te amo mucho!...—Y con sus brazos torneados, que las anchas mangas del peinador, al remangarse, dejaron lucir en su exquisita frescura, rodeó el cuello del perro, estrechándolo contra su seno...—Sí, te amo mucho porque eres bueno!...

Y siguió así, hablando confidencialmente con *Fausto;* contándole sus dolores, sus luchas, sus amarguras, y acariciando al noble animal, tan atento á las melodiosas confidencias de la joven, hechas casi al oído. El perro parecía responder á los gemidos de aquel corazón acongojado, con aullidos entrecortados, movimientos de impaciencia y miradas impregnadas de profundo interés, de sin igual cariño.

Luego siguió el silencio en aquella pieza, donde se veía el lecho pequeñito en el centro, amparado por el cortinaje azul claro, cubierto por la colcha de seda con rosetones blancos y los anchos almohadones de encaje. En frente un lujoso cuadro de la Concepción de Murillo; la Virgen con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos levantados al cielo en actitud de orar, la garganta menuda surgiendo de entre los

ropajes ondulantes, los labios entreabiertos y la ancha mata de cabellos rodando por su espalda.

Separando la pesada cortina que cubría la puerta de comunicación, asomó el rostro fresco y grave doña Elisa: la blusa negra, emblema de un luto viejo, para ella eterno, hacía resaltar la blancura del cutis en el cuello y las manos.

—¿Se te ofrece algo, hija mía?... ¿Cómo sigues?... —é inclinándose posó el dorso de su mano sobre el cuello de Blanca.—Ha calmado la fiebre; gracias á Dios!... El doctor acaba de decirme que esto es un accidente pasajero... pero siempre que te ajuicies y no hagas tonterías... Tu enfermedad es el fruto de tantas locuras... ¿qué quieres?... Si no te cuidas!... Nunca podrás estar bien del todo!...

Pero no; ella estaba bien convencida de lo contrario: esta era la manifestación clara de una enfermedad hasta entonces sorda, la cual roía á la joven como la carcoma roe las entrañas de la madera dejando la capa superior intacta; sólo faltaba el rudo desgarrón de las apariencias para que el mal se descarara en toda su gravedad, en la magnitud de una determinación severa é inapelable.

—No, madrecita; no es falta de cuidado; tú bien lo sabes—respondió Blanca.—¿Cuáles son mis locuras?...

—Y ¿tú eres quien lo pregunta?... Para ese pecho delicado es muy nocivo el olor insufrible de los barnices... Vives respirando una atmósfera viciada de albayalde, de aceites repugnantes y así tienes forzosamente que enfermar... No lograremos nunca tenerte bien... La afición no debe volverse oficio; eres una loquilla!...

—¿Yo?... ¿y no has dicho siempre lo contrario?... ¿que soy una abuelita de diez y ocho años?

—Sí; pero en medio de tu reposo, entre todo tu gran juicio, tienes caprichos perniciosos... Si no es así, dime: ¿por qué en todo este tiempo no has tomado los remedios?—Volvióse hacia la cómoda de

caoba, sobre la cual lucía un reloj de bronce: una obra de arte, un venado airosamente encarado con la esfera entre las astas formidables.—Ajá!—continuó la señora,—son las tres; ya es hora de la cucharada; tú eres muy juiciosa... vas á complacerme.

Encaminóse á la pequeña mesita junto al lecho, sobre la cual dormían el botellón, el vaso y la palmatoria de cristal con la esperma chorreada; la mecha todavía humillada bajo el peso de un soplo que la había apagado.

—Pero, si es tan feo eso, madrecita!...

—¿Sí?... pues has de saber, yo conozco algo más feo que todo esto—respondió la señora vaciando en la cucharilla de plata una pequeña parte del contenido de la botella,—y es, si no me engaño, esa tos, esa fiebre, en fin, todos tus males.

—No; yo estoy buena ya!... No me hagas beber ese brebaje! No lo quiero!... Cámbiame el remedio y lo tomaré con gusto, pero ese aceite no!

Y levantando el brazo se cubrió la cara con la manga del peinador, como para hacer más firme su protesta.

—Sí, mi chinita; su merced es muy complaciente! —é inclinándose, con una mano retiró el brazo que cubría el rostro de la enferma y con la otra le acercó la cuchara.

Blanca volvió la cara á otro lado esquivando el contacto de la droga y cerró los ojos para no verla.

—Vamos, Blanquita, amor mío!... Es cuestión de un momento!... Ya podía haber pasado!...

—Bueno—exclamó resueltamente la joven,—pero te prometo que es la última que tomo!—Y afianzando sus manos en los brazos de la poltrona, se inclinó hacia adelante, apretó los parpados, entreabrió la boca, apuró de un trago el contenido de la cuchara y, haciendo un gesto de desagrado, se dejó caer de nuevo entre el peluche de la silla, que hacía más transparente la blancura de su rostro.

SCHUBERT

La luz de la lámpara, velada por la gran pantalla de alabastro, bañaba tenuemente los objetos.

El piano abierto luce la blancura del teclado que resalta como la dentadura de un nubio gigantesco acurrucado en el ángulo de la pieza, sonriendo diabólicamente á los circunstantes; en el atril las dos hojas del libro salpicadas de notas; en la penumbra los muebles forrados en terciopelo carmesí. Dos grandes cuadros se hacen frente sobre los muros: Napoleón en Rusia, el rostro lampiño, el pliegue enérgico de la frente, el sombrero atravesado, el gabán de alto cuello desabrochado, el arma al brazo; el centinela al lado despertando aturdido. La nieve cubre el paisaje, la bruma del invierno se arrastra y esfuma los objetos; abriéndose en boquetes, como el calado de un encaje, deja ver á trechos trozos de toldo de campaña, hilos de humo de las fogatas. En el otro, el Emperador en actitud resuelta de desesperación y victoria; el cabello revolcado sobre la frente, las pupilas inmensas, el rostro contraído; avanza, con el pabellón ondeante en sus manos, entre el estallido de la metralla; salta por sobre un cadáver tendido en el puente. Tras él se ven los rostros espantados de los oficiales en espectativa; los sables caídos, el horror, el asombro pintado en aquellos semblantes despavoridos, en aquellas pupilas extraviadas. Luego un maraño: bigotazos grises, sombreros elásticos, gorros de pluma, bayonetas, fusiles, uniformes. Un brazo rígido con un rifle que se desploma; la empuñadura de una espada por el suelo; pies, brazos,

astillas del puente, morrales, armas, todo en desesperada confusión, en trágica revuelta. Al fondo del cuadro borroso por el humo gris de la fusilería, bocas de fuego, girones de cielo: «Bonaparte en Arcole».

Blanca había suspendido la melodía y describiendo medio círculo en el asiento del piano se mezcló en la conversación diciendo:

—Por supesto; la música es el único idioma universal, como usted dice, Jorge; el único lenguaje cuyas inflexiones son y serán siempre las mismas en todos los países del universo; las pasiones que la armonía despierta en nuestro espíritu, se han revelado y se revelarán eternamente de idéntica manera, lo que ha interpretado en un tiempo la tristeza, la alegría ó el amor, seguirá expresándolo siempre. Así, bajo el influjo de la música melancólica de Schubert, nos parece que el aire se satura de notas palpitantes que se agitan en rítmica cadencia, giran en sosegado aleteo, llegan hasta el alma, se concentran allí, la poseen y en alas del ensueño la transportan á ese mundo ideal de las aspiraciones infinitas.

—Sí; la música—exclamó doña Elisa arrellanada en su butaca,—es para mí la manifestación más tácita de la existencia de un algo divino en la inteligencia del hombre; es, entre las artes acústicas, sin lugar á duda, la más noble por su universalidad.

—Yo creo—interrumpió Adolfo,—que si la música es más universal en cambio la poesía la aventaja en la expresión de pensamientos concretos: ella refleja una belleza natural impalpable, pero que llega á nuestra imaginación revestida de todos los colores de la idealidad y, sin alejarse de nosotros, nos está vedado vulgarizarla por el roce de la materia. El escritor, como dice Baudelaire, es el obrero magno. Al escribir dibuja, pinta, graba, esmalta, ama, odia; lo hace todo, no haciendo sino una sola cosa. Es lo universal, Pan, el Rey entre los artistas; pero para

llegar á ser ese rey, ese dios, es preciso poseer un espíritu privilegiado que nos enseñe á creer en la divinidad de las palabras, como el de Flaubert, quien, en su adoración por ellas, llegó á pensar que cada una tenía un alma, una belleza, un sistema nervioso. Las consideraba como se puede considerar á las mujeres. Unas le parecían rubias, otras morenas, estas tristes, aquellas alegres. Ah!, yo sí creo que la estrofa es el ánfora de oro en que el poeta vierte el perfume de su alma.

—En cambió—terció Blanca,—la vaguedad de la música, la vaguedad de ese lenguaje simulado de la armonía es tanto más hermosa, cuanto que llegando á herir las fibras más recónditas del corazón, despierta elevados sentimientos en nuestra alma y podemos darle á esa elegía grandiosa, según el estado de nuestro ánimo, la interpretación más amoldable á él. La música expresa lo no indicado por el verbo humano, lo que ha quedado inédito en la frase mejor construída, las misteriosas aspiraciones que apenas si se revela uno á sí mismo; es todo lo flotante, todo lo aéreo, aquello que se desborda del contorno demasiado rudo de la palabra. Yo amo intensamente la melodía de esas canciones sin palabras. De aquí depende precisamente la inferioridad de la poesía ante la música: del inconveniente de los contornos; las notas son como la idea, no les tienen y así vienen á mezclarse por los bordes formando un solo todo; á la palabra se le escapa cierto lado difuso del alma, porque tiene fronteras, la armonía, como el pensamiento, no!

—Sí—respondió Adolfo en tono de broma;—y esa interpretación de que hablas, querida Blanca, ese lado difuso del espíritu escapado al poeta, es el que tiene el valor que le da el Conde León Tolstoy; en su sentir toda la música es espantosa; en vez de elevar el alma conmoviéndola la arrastra y la excita á comprender lo incomprensible; le da por un momento un poder que no tiene.

—Precisamente—interviene Jorge con calor,—ahí está la singular nobleza de la música, en darle fuerza al espíritu, en comunicarle un resto de vigor que viene á ser el hilo divino que nos une á Dios, un lampo luminoso en las tinieblas del dolor. Cuando se siente un gran pesar se experimenta dulce alivio oyendo las notas de un *miserere,* por ejemplo: esa melodía sublime del perdón y del arrepentimiento; ese canto ora triste y profundo como una queja, ora semejante al lampo de luz que rompe la nube de una tempestad; sucédense en nuestro espíritu un relámpago de terror á otro de alegría.

—Ah! pero un solo ejemplo no prueba nada, puede ser precisamente la excepción de la regla—respondió Adolfo,—si las notas de un *miserere* conmueven el alma elevándola á la aspiración de un perdón, á la creencia de un eterno goce; en cambio... no lo negarás!... hay trozos musicales que la mueven á las más rudas pasiones de odio y malestar. De ahí la tesis del filósofo ruso: «produce una excitación sin resultado, es algo como un bostezo que nos obliga á imitarlo». Tolstoy considera á un músico en la misma categoría de un hipnotizador, que se aseñora del auditorio y se hace de él su voluntad; llega á comprender este arte en la esfera de los vicios gravables con impuesto como el alcohol y el tabaco. En tanto, no adolece de esta maléfica influencia la poesía; ella es la única creadora de la fe en la felicidad y la belleza de la vida... existentes, eso sí, sólo en la loca imaginación de los neuróticos... Oh! pero todo ello no es sino una farsa!... más ó menos todos estamos convencidos de que eso es un mito... ¿La felicidad?... ¿la belleza?... Los budhistas sostienen que la verdadera felicidad reside precisamente en no existir; que la idea de la humanidad consiste en ahuyentar el sufrimiento y éste es la vida; para lograr ese fin único, pues, debe destruirse ella á sí misma... He ahí la más sana doctrina de paz y de progreso: la abolición de la comunidad.

—A ti, por lo visto—interrumpió Jorge con tono jovial,—te ha perjudicado hasta tal punto la doctrina de Schopenhauer que has acabado por renegar hasta de ti mismo, de la poesía, esa pasión por la cual has luchado con tanto brío y que ahora mismo pretendías defender. Te has empapado en las teorías de Tolstoy y, aunque respeto mucho al ilustre apóstol, esas ideas extravagantes de reforma en la humanidad, pregonadas por él, no pueden llegar nunca á practicarse: sería preciso hacer el mundo nuevo é imbuirles, innatas en el corazón, á los hombres esas inclinaciones á la austeridad del Conde filósofo; pero, mientras el mundo sea, es inevitable el efecto producido por ciertas causas: no se quebranta impunemente la ley natural.

—Yo—interrumpió de nuevo Adolfo,—estimo y aplaudo la enseñanza de Tolstoy, sobre todo en lo referente al matrimonio; el cual no es otra cosa que la vergonzosa esclavitud del hombre, á cambio de la infamante libertad de la mujer.

—Es ahí, precisamente, donde quiero verte! La condenación de aquellas prácticas ordenadas por la Naturaleza y, sancionadas por la Iglesia de Dios, es absurda. León Tolstoy tacha al matrimonio de costumbre inmoral y alega, queriendo probarlo, que Jesucristo no lo instituyó ni autorizó. Su mayor argumento consiste en el hecho de no haberlo contraído Jesús, ni ninguno de sus discípulos.

—Exactamente! Y el argumento me parece contundente.

—Pues á mí no!... sabes lo qué me parece?... *snóbico* perfectamente *snóbico*... Además consta que uno de ellos era casado.

—No recuerdo: pero dime, ¿en qué consiste el *snobismo* del argumento?

—Voy á decírtelo: Tú sabes, pues la Sagrada Escritura lo enseña, que al darle Dios á Adán una compañera en el Pereiso—y Jorge le puso la mano sobre el hombro,—instituyó el matrimonio diciéndole al



rey de lo creado: «*Creced y multiplicaos*». ¿No es esta una institución, no es esta una sanción?...

—Sí; pero eso no quiere decir que el matrimonio sea un sacramento, ni mucho menos!...

—Voy á probarte que sí; cuando Jesucristo fué invitado á las bodas de Caná con su madre, lo elevó á la dignidad de Sacramento, y además San Pablo lo compara á la unión de la Segunda persona de la Trinidad con la Iglesia, denominándolo *Sacramento Grande*. Ahora, en cuanto á la interpretación dada por el célebre escritor ruso al Evangelio de San Mateo, sólo cabe en el corazón de un Poznychev, enlodado, corrompido. Me permito creer esto en gracia de la sana doctrina de Tolstoy, pero no tratemos de ese asunto porque á más de escabroso es árido... Blanca—añadió dirigiéndose á la joven,—hágame el favor de arrancarle de la cabeza á su hermanito esas ideas; continúe usted esa hermosa *serenata* y verá como al elevarse Adolfo á las regiones de la prodigiosa armonía, de la ternura viva y palpitante, piensa de otro modo.

Blanca, que hacía rato había abandonado el asiento del piano, con esa dignidad propia en ella, aceptó la mano de Jorge y se encaminó al instrumento que continuaba en el ángulo de la pieza atento á las doctrinas de Tolstoy, á las apreciaciones de Jorge, á los desalientos de Adolfo, sonriendo con su mueca de idiota, con su gesto sarcástico, de todo cuanto allí se decía.

La joven repasó el teclado, puso la mano sobre la hoja del libro para sujetarla y dió principio á una melodía dolorosa y amarga. Sus manos recorrían el piano con la suavidad murmurante del agua que se agita entre los pedruzcos blancos y la grama fresca.

Enrique y Ester seguían dialogando en voz baja en el otro extremo de la pieza, separados por una mesita de ajedrez.

Las blandas armonías del piano, herido por las manos de Blanca, se extendieron como un perfune

por los ámbitos de la pieza: aquella música impregnada de dulzura, aquel ritmo sutilísimo, empezó á flotar ascendiendo en un quejido lúgubre, en un desgranamiento de ayes lastimeros, en un largo sollozo de dolor. El instrumento suspira con todo el acibarado pesar del maestro; Schubert palpita en aquellas notas de ternura infinita, de melancolía eterna.

—Ves tú—decía Jorge,—en esta serenata hay algo de sublime, parece copiar la lucha del corazón, el dolor del alma; oyendo gemir este instrumento, con la melancólica languidez del espíritu de ese sentimentalista, su obra nos parece la sintetización de nuestro propio sufrimiento, la expresión clara y concisa de un algo que nosotros no hemos podido manifestar, pero que sentimos arraigado en el fondo del alma; es el grito sostenido de un ideal inaccesible.

—Yo no creo en el dolor; esas son patrañas—respondió Adolfo,—no hay sino un dolor, un pesar, un tormento, pero irremediables, y sólo tienen una solución, vaga, espantosa, pero segura: el sueño eterno, ese sueño tranquilo de que no se despierta!... No hay trompetas, no lo crean ustedes. ¿En dónde estaría, entonces, la justicia divina?... Después de la fatiga de la jornada, habiendo combatido con brío, se impone la justicia de permitir el sueño del soldado, allá, entre la tierra, muy abajo, sin preocupaciones, sin tormentos, sin felicidades... La misma felicidad sería un estorbo... Nosotros, los perseguidos por la fatalidad...

—Vaya una doctrina bien extraña!...—interrumpió doña Elisa.—Es admirable el despecho tuyo. Te has empeñado, sin motivo alguno, en creer en la persecución de un hado maléfico... Lo que te hace daño son las muchas lecturas del Quijote...

—Muy al contrario; para un individuo que se estime, y pretenda llegar á ser algo más de una mediocridad en nuestra literatura, nada tan provechoso como la frecuente lectura de la inmortal obra del Manco de Lepanto; el giro de la frase se hace

galano y fácil, el sentimiento se acrisola; y ella, además, nos da una muestra de lo que es esta humanidad pigmea, ruin y perversa.

—Desde el punto de vista literario, me parece muy bien—siguió la señora,—pero, en cuanto al punto intelectual, para un cerebro asimilable, impresionable como el tuyo, para una imaginación basta y visionaria, como concurre en ti, es profundamente peligroso; el manchego, ya que no física al menos sí intelectualmente, se te asemeja en mucho: así como él veía gigantes en molinos de viento y ejércitos de bárbaros en rebaños de ovejas y cerdos, tu encuentras las sublimes fatalidades en todas partes.

Seguía sollozando el piano: las notas se alejaban murmurando una frase temblorosa de amor, un adiós doloroso de despedida y se perdían aleteando como mariposas de oro en la tibia atmósfera de la pieza.

—Dime, Adolfo — preguntó Jorge sonriendo, — ¿verdaderamente crees tú en la existencia de la fatalidad, ó es sólo una ficción poética escogida para tema de tus versos?... Te advierto, en caso de ser tu objeto éste último, que ya la fatalidad como protectora, el despecho causado por los desdenes de niñas con ojos color de esperanza ó con llamas de infierno en la mirada, es un tema demasiado gastado, y debes desecharlo. Además, si, como te he dicho, lo usas como muletilla, bueno será cambiarlo, pues suena mal en boca de un joven de veinte años, lleno de comodidades... en esos labios se hace irrisoria esa palabra... Si otros—siguió Jorge, y se le avivaron las pupilas—si otros, en quienes verdaderamente la suerte se ha ensañado, nos quejásemos, sería disculpable, á pesar de que el dolor es la verdadera vida: cuando el alma sufre se siente más grato el placer de vivir, hallamos la razón de nuestra existencia que antes habíamos creído inútil en un mundo donde todo está sujeto á reglas invariables... Pero, mirado bien, no hay sufrimientos: decimos que las horas del



dolor son más largas que las de la felicidad... Mentira!... la existencia es una serie no interrumpida de goces. Recordad del pasado y veréis: la época de los mayores sufrimientos se recuerda con tanta más satisfacción cuanto que en ese tiempo se vivió dos veces, en esos días supimos en qué consiste la ciencia de sentir, entonces hallamos dentro de nosotros una fuerza activa, capaz de amar, de apreciar el sentimiento de la gloria.

Seguían los acordes desgranándose como una lluvia de lágrimas, como una cascada de perlas retintineando entre una copa de alabastro. Blanca, contagiada del sentimiento del maestro, comunicaba al instrumento el vigor de su alma como si pregonara su propio dolor, como si lamentara la eterna huída de una dicha ó deplorase la pérdida de una esperanza en quejas prolongadas, en un *ritornello* de angustia. Lloraba el piano la despedida de amor del poeta, la somnolencia de la inmortalidad el genio, y ella comprendía ese grito doloroso, esa queja resignada en que flota el alma atribulada de Schubert...

Ladraron desaforadamente los perros, el trotar de un caballo retumbó en la alameda, se detuvo en la puerta de entrada y los mastines, guardadores de la tranquilidad nocturna de *Los Nogales,* se abalanzaron furiosos á la reja, prontos á devorar al importuno.

Adolfo, alarmado por la algazara, salió al vestíbulo.

Calló el piano. Todos prestaron atención.

—Buenas noches, Adolfito; por aquí á tener el placer... Se oyó la voz grave de don Valentín.

—Qué me agrada!... pero sigue.

—Mil y mil gracias!—penetró en la pieza quitándose un guante.—No se interrumpan!... buenas noches!...—colocó el casco sobre una consola, pugnando por zafarse el otro guante.—¡Qué hermoso es esto!... Excusen mi traje... Mi señora Elisa, ¿cómo va la salud?... Me alegro mucho!. . Pero, Blanquita,

continúe usted... Ejecutaba á Schubert, ¿verdad?— y volvió la hoja para cerciorarse.—Ah! ¿no lo dije? Usted siempre empapada en las creaciones de los clásicos, Beethowen, Mozart, Verdi... ó en el sentimentalismo, en la dulce tristeza de ese soñador, Schubert... Ah! hermoso tema es ese: la amargura de lo incierto, las lágrimas de un adiós!... Estercita; ¿cómo vamos de bravatas?... Pero he venido á interrumpirlos .. Perdón, señor don Enrique... Hace un frío horrible allá afuera.. Vamos!... Ea!, don Jorgecito... esa mano... por poco no le saludo.

—¿Y á qué debemos el placer de verlo por aquí?

—Pero, siéntese!

—Oh!; mil y mil gracias, mi señora; tantas ocupaciones... tantos quehaceres... Y, ¿qué tal ha seguido usted, Blanca?... ¿ya bien repuesta?... Nos hizo pasar usted un susto horrible!... Cuidado cómo se nos vuelve á enfermar... hay que tener mucho juicio... Pues decía que las múltiples ocupaciones de mi cargo me habían proporcionado este grato placer... Una casualidad funesta... pero, me explico: un asunto criminal... Ah!, el placer de verlos lo compensa todo... Calculen ustedes, se trata de algo horroroso... un gran crimen, un hecho misteriosísimo... hará cavilar á la justicia!... Allí se oculta una mano perversa, una intención maléfica; en fin, no puedo dar á ustedes idea del caso, pues los detalles están aún envueltos en el velo del misterio... Además, lo delicado de mi ministerio me lo prohibe... Se trata de un individuo hallado muerto con todos los síntomas de la violencia tal vez un asesinato, quizá un suicidio, puede ser un extrangulamiento, ¿quién sabe?... nada tiene de raro que haya sido una venganza, un ataque á mansalva... Y he aprovechado el paso por aquí para hacerles una visita y borrar, con la dulzura de la compañía de ustedes, lo amargo de tan espantoso espectáculo, ah! horrible; sí, horrible!

—Bueno, pero ¿de qué se trata?



—Ya lo he dicho... la delicadeza de mi ministerio...

—Sí; hace usted muy bien, don Valentín; el caso es serio; además, la tramitación de esa clase de asuntos, exige del hábil magistrado una reserva absoluta, de una autoridad importante como usted, profunda discreción... Hablemos de otro asunto... ¿Cómo va el estudio del violín?...

—Mal que peor, mi señora, no se adelanta nada; las múltiples ocupaciones de mi cargo me impiden dedicar á las artes el tiempo que se ha menester para llegar á la cumbre del Helicona.

—Pues esta es una ocasión para ejercitar su habilidad—dijo Ester poniéndose en pie.—Aquí está mi violín; haga usted el favor de acompañar á Blanca en esa *Serenata*.—Y abriendo la caja le entregó el arco.

Don Valentín no se hacía rogar nunca; dejó los guantes sobre el tarjetero y consultó el instrumento. Volvióse atrás la página y empezó de nuevo la melodía: los acordes del piano flotaron esta vez luchando con los gemidos del violín, envolviéndose, retorciéndose, formando un conjunto de viveza y ternura. Schubert gemía, suplicaba y se agitaba convulsivamente como el arco sobre el puente del violín, pulsado diestramente por el alcalde; cantaba su plegaria de dolor, su adiós de moribundo, terminando aquella *Serenata* en un diapasón pianísimo, como si se desflecara la armonía, como si se apagara con la distancia antes de terminar, y el músico se perdiera en la espesura del bosque con las notas de su canto.

MIENTRAS LLUEVE

La casa de *El Balsial* se hallaba en completo silencio: en el vestíbulo, dormía *Fausto* hecho un ovillo, al pie del sofá, con ese sueño ligero de su raza, atento al menor ruido de las ramas de los eucaliptus, al agudo silbar del cierzo de aquella noche que amenazaba tormenta.

Enrique, aspirando el humo de un cigarro se balanceaba en una mecedora, embebido en sus meditaciones; en tanto, Jorge, para matar el tiempo, mientras llegaba la hora de recojerse, leía un periódico. Volviéndose á su amigo, exclamo:

—Escucha, Enrique, hasta donde llega la audaz inventiva de nuestros periodistas: han vuelto el caso extravagante: de un accidente vulgar han querido hacer una escena dramática, que pondrá terror en las almas más fuertes si no están al tanto de cómo pasaron las cosas. Se gastan nada menos de tres columnas en este diario para dar cuenta de la muerte de don Juan Cogollos. Las exageraciones y misteriosos rodeos de que hizo gala Valentín la otra noche, son moneda corriente, comparados con este maraño de descalabros. Según el reporter, el cadáver tenía la friolera de cinco puñaladas, síntomas de envenenamiento, violencia y asfixia; una mano mutilada y... ellos sabrán cuantas cosas más! Es irrisoria tanta música, tratándose tan solo de un ahogado por causa de beodez.

—Será que el reporter se ha atenido á los informes de nuestro acucioso y ocupadísimo Aicalde—respon-

dió Enrique lanzando una bocanada de humo azul y dando con el pie impulso á la mecedora.

—Es un hombre bien raro; está plenamente convencido de que su noble ministerio es el más delicado y honroso de toda la República; no hay para Valentín un hombre en la esfera terrestre que como él soporte el peso de tantas funciones y responsabilidades.

—Pero, la verdad sea dicha, en cuanto al violín, lo toca con maestría—arguyó Enrique,—á pesar de su eterno casco blanco, los sempiternos guantes, los pantalones estrechísimos y su aguda perilla, es todo un artista: con el arco en la mano se convierte en otro hombre.

—Ah, sí! si cultivara esa disposición para la música, podría llegar á ser una notabilidad en el ramo... Tampoco negarás lo regio de ese acompañamiento; el piano bajo las manos de Blanca, se anima, cobra vida y parece capaz de sentir, de sufrir, de gozar; canta con tanta naturalidad la queja de su dolor como el *hossana* de su gloria. En el cuerpo endeble de Blanca reposa el espíritu de uno de esos genios en que se reúne todo el diapasón de la belleza sensible; es un alma como la de Miguel Angel, vive sólo para los secretos del arte.

—Sí; es un alma rara, de esas que se atraviesan sólo una vez en el camino de nuestra vida... Vi el cuadro que habías ponderado; es admirable: todo lo dicho por ti era un destello débil de aquella maravilla; está, si no por encima, á la altura de muchas obras maestras de las que conocí en los salones más afamados de pintura en Europa.

—Ah!; en Blanca siempre he visto yo una artista —respondió Jorge,—es un ser que parece no vivir en este mundo; cuando la he sorprendido en uno de esos éxtasis á que parece elevarse frecuentemente, he quedado deslumbrado ante ella; en el fondo de sus ojos claros se vislumbra el rastro de la visión que persigue; parece buscar algo muy lejos, eso que



ella necesita para el complemento de su ser, y su alma corre en persecución del más allá. Con su hermana forma para mí la realización de un ideal no soñado: el sentimiento, la afabilidad, la ternura, y la belleza escultural y perdurable...

—¿Ester?... sí; hermosa, altiva, llena de encantos, llena de seducciones... una volubilidad, una hermosura que fascinan; una gracia, una alegría que atraen; á su lado se olvida todo lo de este mundo, no se puede vivir sino para ella; es el imán, yo soy la aguja; ante el brillo de sus encantos me considero deslumbrado por un rayo de luz que ciega, me siento bajo el influjo de una fuerza de atracción irresistible; no veo, no pienso, no soy dueño de mí, me dejo conducir por ella como un niño, sin saber á dónde me lleva, sin averiguarlo.

—Yo—respondió Jorge poniéndose en pie y dando paseos á lo largo de la estancia,—me he puesto á estudiar esos dos caracteres tan distintos y encuentro entre ellos una lucha sorda, una rivalidad impremeditada; un combate sangriento entre esas dos hermanas que tanto se aman; parece que se odiaran y quisieran descollar cada cual en un campo distinto, atraerse mutuamente el afecto de cuantos las miran, probar cada cual que es mejor que la otra, y luego, en un giro imperceptible, unirse, estrecharse, hasta hacerse incomprensibles. De tal modo que un hombre enamorado de cualquiera de ellas, después de cierto tiempo de tratarlas, no sabría decirse de cual de las dos está más prendado.

—Sin embargo, hay una gran diferencia—respondió Enrique, arrojando por la ventana el cabo de cigarro,—tengo para mí que la superioridad de la hermana menor es indiscutible; pues añade á la posesión de los atractivos morales de Blanca, el tipo de belleza inmortal; el físico de Blanca es frágil; ella parece una flor delicada que no nos atrevemos á tocar, cuya esencia no osamos aspirar por temor de marchitarla.

—Sí; pero para mí hay en Ester un defecto, si de tal pudiéramos calificarlo: su ligereza—y Jorge cerró el balcón, pues empezaba á granizar:—su falta de juicio. Ella es una niña irreflexiva, caprichosa, no ha podido acostumbrarse á pensar en lo que hace, y esto es peligroso cuando uno lleva una idea más noble que divertirse con una mujer.

Y Jorge, como queriendo esquivar la mirada de Enrique, se paró frente al estante de libros, volviéndole la espalda.

—Sí; por supuesto; pero, has de saber que, precisamente, ahí está la cuestión inagotable de sus encantos; persigo siempre lo inesperado, lo caprichoso, lo que pasa como un celaje de verano. Cuando la encuentro triste y, de golpe, sin razón, suelta la risa, corre tras una mariposa como si todavía fuese una chiquilla; cuando se suelta de mi brazo desoyendo mis palabras de amor, para ir á arrancar una violeta ó la rama de un árbol; cuando corta el hilo de nuestra conversación para mostrarme la fealdad de un sapo sobre una hoja; en este instante siento un golpe helado como el producido por el baño de ducha, algo frío que entumece el alma, pero, pasada esta impresión, este rayo de coraje producido por la acción que mortifica mi amor propio, se arraiga más el amor en mi corazón, me convenzo de que así es como la necesito.

Y Enrique se puso en pie animado por el calor de su discurso. La silla, al ser abandonada á su centro de gravedad, siguió oscilando sola, reduciendo gradualmente el radio del movimiento hasta quedar inmóvil.

Las perlas del granizo azotaban con retitín descompasado los cristales y los muros; afuera rugía el huracán furioso, como una bestia mal herida.

—Veo más espontaneidad—siguió el joven, acercándose á Jorge, quien hojeaba un libro,—veo más franqueza; en un palabra, digámoslo así, más poesía por su naturalidad, en un carácter como el de

Ester, que en esa frialdad, ese retraimiento, esa calma, en la premeditación y sensatez de los actos de Blanca.

—En eso discrepamos, caro mío; yo encuentro en Ester superiores dotes físicas de las de su hermana, aunque las líneas de ese rostro pálido son tan correctas como trazadas por el cincel de un Fidias, pero si en mi poder estuviera imbuirle el alma de Blanca á esa loquilla de su hermana, creería haber realizado la mujer perfecta y no vacilaría.

—Y ¿por qué no le haces la corte á Blanca?... ¿Acaso te pagas de los atractivos físicos de la mujer solamente?...

—Ah! no; eso no; nunca!... Me haces poco favor!

—Entonces... No te entiendo!

—Pues voy á decírtelo: no he dejado de pensar en ello, pero yo... soy muy poco para esa mujer!... Ella necesita una inteligencia superior á la mía, un alma más fuerte que la suya, un espíritu que sepa dominarla, hacerla esclava; y yo sólo podría hacerla mi reina; no, no me creo llamado á formar la felicidad de un ser superior á mí... Yo no podría amarla como á una mujer que me perteneciera, sino como se debe adorar á una diosa: de rodillas...

—Bien!—exclamó Enrique entusiasmado echándole un brazo al cuello,—por fin veo en ti una chispa de amor!; te prometo que venía creyéndote invulnerable á las flechas de Cupido.

—Te juro que esto no es amor; es justo homenaje rendido á la virtud.

—¿De verás?... Entonces siento haberme engañado porque me agradaría; así seguiríamos siendo más hermanos que hemos sido; además, Blanca es tan digna de hallar un hombre como tú!... ¡Tratándose de amor siempre has sido tan raro! ¡Nunca cuentas nada!

—Es que... te prometo!... No tengo qué contar...

—¿Pero harás tan pronto que ese culto pagano que le profesas se convierta en amor terrenal?..



Bueno!... Volviendo á la otra, al parangón que he hecho yo cien veces en el interior de mi conciencia, te diré: Blanca es la artista, sueña; Ester la mujer, ama. Mucho más práctica, mucho más amoldable á la prosa del hogar, á la tranquila felicidad de una vida de familia; además, aunque éste no sea mi móvil, su físico es durable y el de la hermana mayor no: en lo moral... también...

—¿En lo moral?... No!; eso si que no! ni poco ni mucho... permíteme dudarlo.

—No te digo?... Estás enamorado ya de Blanquita... Bien por ambos!...

—Cuando yo te digo que no!... Imposible; nunca!... Jamás!

En Jorge se efectuaba una lucha íntima. Tratándose de estos dos mujeres nunca había sabido á ciencia cierta cual de ellas era la preferida de su corazón; y si ahora protestaba era porque al ver realzada la imagen de Ester por las frases calurosas de Enrique, surgía de nuevo la certeza atormentadora que tanta lucha consigo mismo le había costado medio borrar del corazón; pero, como ciertas manchas, más clara se destacaba entre más se empeñaba en destruirla; veía desvanecerse entre la bruma de aquel reproche la imagen de Blanca, retrocediendo ante la aureola deslumbradora de Ester.

En el pecho de Enrique había germinado también la semilla; se verificaba la alternativa; su mismo discurso servía para desconcertarlo. Siempre había preferencia en su corazón por la arrebatadora ligereza de Ester, pero ahora se interponía Blanca... Aquello era una sucesión de luces, un juego de cuadros fisiológicos rivalizando dentro de un cerebro: allí estaban ellas, la una con sus modales intachables, su alma grandiosa luciente en el brillo de unas pupilas hondas y tranquilas; la otra, con su risita de alegría infantil y el fuego abrasador de unos ojos egipcios. Por vez primera se agitó en el alma de Enrique una duda, el temor de haber errado. Los

mismos argumentos empleados para convencer á Jorge, se alzaban contra él y sembraban en torno suyo el terror de la duda, el fantasma de lo desconocido.

Como queriendo dar un fin á aquella lucha, después de largo y pensado silencio, volvióse á su amigo:

—Ea!—le dijo, como sacudiendo un peso que le oprimiera el pecho,—no hablemos pues de esos asuntos, no acabaríamos por ponernos de acuerdo y esta discusión no tiene objeto; la noche avanza, es bueno reposar un rato; tú tendrás sueño, yo ya me duermo; procura auyentar esas ideas y... hasta mañana!

Jorge no deseaba otra cosa; la soledad le era benéfica para seguir luchando; su pensamiento no cesaría de trabajar; ¿Ester?... ¿Blanca?... La eterna pugna de estas dos pasiones, la rivalidad de esos dos cultos mudos que quisieran ser uno sólo y se oponían tanto.

Se separaron en busca de un reposo imposible de hallar; querían cortar una conversación que les hacía daño y sin embargo, cada cual la continuó en su lecho, entre el silencio de la noche, interrumpido por los gritos prolongados del vendaval; pero ahora los luchadores eran otros: el corazón y la cabeza.

Quisieron convencerse el uno al otro y sólo lograron ofuscar sus ideas... Enrique había creído siempre en la felicidad al lado de Ester y ahora dudó de la realización de este sueño de amor; la vió, en la quietud de su meditación, despojada de todas sus galas de seducción, ofuscada por una luz más viva que la suya, eclipsada por la sombra de un astro de mayor proporción: Blanca revoloteaba en su cerebro como un pájaro en torno del nido donde tiene el calor de su hogar.

En cuanto á Jorge, no sabía pensar: cuando se agitan en nuestro cerebro demasiadas ideas es imposible fijar la atención en ninguna de ellas: sucede lo que al ambicioso, que pretende coger de una sola

vez todas las abejas de una colmena, y le pican todas, le atormentan todas, y se encuentra al cabo sin ninguna.

Aquello era una tempestad de ideas dentro de una tempestad de rayos y truenos: temblaban las almas bajo la tormenta de la duda, y rebramaba el viento entre los árboles del parque, fustigaba los muros de la casa.

Después todo calló... *Fausto* seguía durmiendo hecho un ovillo.

DE PASEO

La brisa dormía susurrando entre los ramajes; la tierra, bajo el ardiente beso del sol, se estremecía sacudida en éxtasis de pasión y arrullaba en su fecundo seno al grano germinador que brotaba con el caliente de sus entrañas.

Las nubes se habían replegado al Occidente como inmensas moles de aluminio, y todo el dombo diáfano del infinito parecía la cúpula de un templo formada por la concavidad de un inmenso zafiro.

La extensión de la llanura lucía como un mar rizado de oro; las espigas finas y erguidas parecían empinarse unas sobre otras como si quisieran mirar allá á lo lejos el penacho briscado de una compañera y, al ser tocadas por el leve soplo de la brisa, con que parecía respirar la naturaleza en medio de su sueño, se inclinaban, se aglomeraban en un solo derrumbe y volvían á mostrarse altivas, en un conjunto de visos admirables.

El trigal se extendía como un manto de oro, cortado por la franja croma del camino que, en un sesgo vigoroso formaba un ángulo obtuso: allá á lo lejos, entre los árboles negruzcos, se dibujaba la casa de *El Balsial* con sus vetustos balcones. Limitan aquel océano de espigas las crestas azulosas de la eterna cordillera andina.

En lontananza surgió la carreta de mimbres pintada de rojo y negro, semejaba una pionia traída por la brisa. Adolfo llevaba las bridas y, atrás, en el asiento acolchonado, bajo las combas de las sombrillas, la una color de acero con ramazones blancos,

la otra rosada con flores azul claro, venían Blanca y Ester, con sus grandes corroscas de caña fina adornadas de flores y gasas cuyas enormes alas, arriscadas sobre las mejillas y sujetas bajo la barba con lazos de cinta, enmarcan los rostros: pálido el uno, casi transparente, el otro sonrosado y alegre, con sus pupilas habladoras y su boca llena de sensualidades.

—Hola, Blanca, mira!—exclamó Ester, separando de su frente un mechón de cabellos:—allí tienes una hermosa perspectiva para un cuadro: esa falda verdosa de la cordillera, el torrente que se despeña en cascada por entre los helechos, y el hermoso contraste del dorado del trigo con la profundidad aterciopelada de la serranía; además ese cielo, ese hermoso cielo azul sin nubes... ¿No te parece un paisaje sublime?

—¿Sublime?... sí; en verdad, bellísimo!... Pero no quiero se diga después que sólo ha sido mi intento alhagar á su dueño...

—Eh?... te has vuelto susceptible?... Si tan sólo fuese una chanza; una chancita tan grande así...—Y la risueña muchacha, estirando los labios y poniendo cara contrita, señalaba la punta de su uña rosada.

—Sí; bastante te burlaste!... No; gracias!... yo no vuelvo á hacer paisajes, porque... no me conviene!... Esa no era una copia; te empeñaste en ello, pero repito que no era así... Con frecuencia sucede que, aquellas imágenes que por cualquier motivo impresionan nuestra imaginación, después, sin darnos cuenta de ello, sin pretenderlo, surgen del pincel como una evocación de la fantasía, como la copia de un sueño, y esto es enteramente nuestro, puede tener algo de común con lo real pero no hemos pensado en ello... son pinceladas y nada más...

—Bueno, bueno!; si nadie te está regañando por eso!; puede ser lo que tú quieras, pero no te enfades.

—No; ni me enfado ni me han regañado, pero ese



día me hiciste pasar con tus chanzas un buen bochorno... Enrique podía haber imaginado...

—Qué!... nada; él no puede haber imaginado nada.

El caballo, con su trote acompasado, atravesaba ya la fresca alameda de pinos. Al encuentro de los visitantes salió *Fausto* ladrando alegremente, dando saltos de júbilo. Enrique y Jorge se apresuraron á salir á su encuentro.

Se cruzaron los saludos; Adolfo acortó las riendas. La carreta se detuvo en mitad del gran patio. Ester se puso en pie, levantó la sombrilla sobre su cabeza y solfadóse la enagua con la mano libre. Enrique le tendió el brazo para que se apoyara; ella, soltó la falda, puso su mano sobre la del joven, alargó el pie dejó ver la zapatilla y el nacimiento de la media; luego sonriendo descendió del vehículo y cerró la sombrilla, cuyos encajes se abrieron, rodaron en desordenada catarata, en elegante inundación de barbas. En seguida Jorge recibió la sombrilla á Blanca y le ofreció su ayuda para apearse.

—Los vimos desde el balcón—decía Enrique,—Jorge no quería reconocerlos... Y ¿á qué se debe este placer?... No esperaba que fueran tan amables...

—Venimos del pueblo — respondió Adolfo entregando las bridas al paje de Enrique...—Fuimos á visitar al señor cura; hacía tiempo que no pasábamos por su casa; además, queríamos informarnos de la repartición de los alferez para la festividad de Aguinaldo. Nos mostró la lista: el primer día toca á las autoridades del Municipio, encabezadas por Valentín; el segundo está adjudicado á los temperantes; así, pues, tendremos baile donde...

—Donde las señoritas Rivas—dijo Ester arrastrando las palabras y mirando maliciosamente á su hermano;—en esa noche habrá muchas luces dentro y fuera; sobre todo un espectáculo maravilloso... Adivinen ustedes!... No adivinan?... Pues el señor don Adolfo echará á un lado la amable compañía de sor

Fatalidad y... admírense!... Quemará las naves!... Sí, señores!... ese día... está resuelto por unanimidad de votos... se le declarará á Teresita... Oh, placer!... yo quisiera oir eso!...

—Mira, Ester; deja tus chanzas!—Y Adolfo enrojeció como una colegiala á quien se habla de su futuro esposo.

Enrique, queriendo sacar del atolladero á su amigo, dijo:

—Pero, continúa; ibas en el segundo día; y ¿el tercero?...

—¿El tercero?... ah, sí!; el tercero te toca á ti; como uno de los hacendados de mayor preponderancia en los alrededores.

—Ajá!... vaya por la flor!...

Subieron la ancha escalera de construcción antigua.

—Y ¿el cuarto?...—preguntó Jorge.

—No recuerdo á quienes... en fin; pero lo cierto es que el quinto es el nuestro, y venimos á darles la gran nueva.

—Gracias!...

—Sí—continuó Ester á media voz, colgada del brazo que Enrique le había ofrecido para subir la escalera,—quise que usted, primero que nadie, lo supiera; tengo empeño en verlo ese día muy contento... Prevéngase porque no me agradaría encontrarlo como está hoy... ¿qué tiene usted, Enrique?...

La niña se había propuesto ser amable; quizá uno de sus caprichos: tal vez el instinto la hacía adivinar la lucha, la terrible vacilación que se obraba en el ánimo de su novio.

—¿Yo?... nada, Ester!... Le prometo; no tengo nada!... Ah!... si tengo, ¿sabe usted qué tengo?...

—Si usted no es tan galante de decírmelo...

—Pues, tengo... tengo que hoy la amo á usted más que nunca... y ¿tampoco sabe por qué la amo hoy tanto?... Pues, porque está usted más linda que de ordinario, más cariñosa que otras veces!...—Y en



Enrique se borró, como por arte de magia, la nube que encapotaba el cielo de su amor: bastaba una sonrisa de esa boca tan linda para desvanecerla, para auyentar toda borrasca. Se olvidó todo: la noche de insomnio reflexionando sobre su pasión, sobre el carácter de aquella mujer que lo enloquecía.

Entraron á la sala, obscurecida por la sombra de los cortinajes; atestada de baratijas, de objetos curiosos. Las fauces de un oso blanco, luciendo su hermosa dentadura y el encendido carmín de su lengua colgante, parecían acechar el pie de Blanca, sentada al lado del sofá en una silla de mullidos brazos. Los dos centauros, sosteniendo los candelabros de bronce, miraban con altivez á los circunstantes desde las consolas de mármol rosa.

—Hemos pensado—decía Adolfo,—en traer una buena orquesta de Bogotá, que solemnice la fiesta de Iglesia, y nos sirva luego para cualquier cosa que se resuelva hacer en casa por la noche... ¿qué te parece?

—Muy bien pensado—respondió Jorge, acomodándose en su asiento.—Tendremos un aguinaldo muy variado: yo espero que Enrique y sus compañeros hagan como cuentan de los años pasados, unas fiestas populares, para mí tienen mucho más atractivo las corridas de toros entre el pueblo rudo, donde todos toman parte activa, cuál más, cuál menos, y cada uno luce sus habilidades hijas del terruño, que en los mismos circos de Sevilla y Madrid, donde aquello se asimila á una representación dramática, con decoraciones especiales, tramoyistas y director de escena; allí, cada cual lleva aprendido un papel que desempeña más ó menos acertadamente, y el público es sólo un espectador pasivo, clavado en un punto, apestado por sus vecinos.

—Ah!, sí—intervino Enrique;—y esos espectaculos son escenas de sangre, de destrucción, de matanza horrible; un remedo brusco de los circos romanos; salta á la arena una fiera á combatir contra una cua-



drilla de diestros, á destrozar villanamente un grupo de flacuchentas caballerías indefensas que, á ciegas, se dejan ensartar en esas astas formidables muchas veces armadas de acero. Además es horrible la inhumanidad de ese populacho ofuscado por el vaho de la sangre, pidiendo más destrucción, apostrofando al lidiador, apedreándolo cuando no satisface un deseo de sus locas inclinaciones á lo horrible; sin cuidarse del peligro que corren sus semejantes. Aquello, en verdad, es espantoso, pero bello... eso sí, no puede someterse á duda; el espectáculo es soberbio, pero deja el despecho de la vida!...

—En cuanto á mí—dijo Adolfo,—pensé en organizar unas justas, pero, se presentaron varios inconvenientes.

—Ese es un género muy bonito—exclamó Jorge, —con él me sucede todo lo contrario de lo que con los toros. Después de haber presenciado deslumbradores espectáculos de esta especie, tú comprendes que todo se ha de ver aquí microscópico. Las del año pasado en Bogotá me dejaron muy mala impresión. Además el juego de caballos es muy inglés, demasiado serio para nosotros: allí están necesariamente la niebla de Londres, el cielo gris de la Gran Bretaña... Y, en esta ocasión, no llenaría el objeto que nos proponemos, cual es la diversión unánime del pueblo...

—Con perdón suyo, Jorge—objetó Blanca,—no soy de su opinión; no quiero imponer una voluntad... lejos de eso! ...Pero aquí no se trata solamente de divertir al pueblo rudo, como usted lo llama; el fin principal de esta fiesta, en mi sentir, es el brillo del Aguinaldo, una de las conmemoraciones más hermosas de la Religión Católica, uno de los recuerdos más delicados del Cristianismo, el Nacimiento de Jesús, el principio de la Redención de la Humanidad!... Además, en cuanto á la elegancia, por muy serio que el espectáculo sea, la tiene toda: la belleza está allí dignamente realzada por la variedad, la proporción y el esplendor; las cuadrillas reúnen los dos

elementos indispensables: elegancia y simetría brillante.

—Por supuesto, Blanca, en eso estoy de acuerdo con usted; pero aquí no se trata sólo del esplendor de la belleza, sino de lo agradable... y, usted sabe..., cuando se trata de lo agradable debe satisfacerse á la mayoría; aquí, desgraciadamente, los amantes de lo bello estamos en minoría: debemos ceder, debemos ser galantes.

—Oh!, sí; ya lo creo. Por fortuna, ó por desgracia (no sé cómo será más propio) en esta ocasión no sólo estamos en minoría, sino que se ha hecho totalmente imposible llevar á cabo esta idea que, por lo demás, hubiera quizá resultado extravagante... Es cierto, nosotros los colombianos (no culpo á nadie, todos somos más ó menos reos de lesa lógica), tenemos la manía de adelantar las épocas, de creernos muy viejos en costumbres, y pretendemos implantar aquí los graves usos de los países adelantados, de las grandes ciudades; eso precisamente es lo que nos tiene perdidos: somos un niño á quien se le pone reloj dentro del bolsillo, se le alarga el pantalón, se le confía dinero demasiado pronto y se le manda á enamorar ó á hacer visitas. Es irrisoria nuestra sociedad, acaba de nacer y ya anhela morir; dice estar cansada de la existencia, hastiada de todo... y aún no ha probado nada!...

—Cuidado Blanca—saltó Ester con sorna,—no ofendas al poeta de la *Fatalidad*... Mucho cuidado!... Esa es una cuerda sumamente sensible y no conviene tocarla.. si la haces vibrar puede reventarse por lo más delgado...

—Tú siempre la misma—exclamó Adolfo medio enfadado.—Pero yo te castigaré... He de volcar la carreta, ahora á la vuelta, entre el vallado que tanto miedo te causó. Aguarda y verás!...

—Bueno, pues — respondió la niña estirando el cuello y volviendo la cara hacia otro lado;—quiero decir que me iré á pie!...

—No, no lo creas; no te haré por ahora ningún mal; pero, me la has de pagar... Yo me sacaré ese clavo!...

—Sí; ya sé cómo te lo sacas... Vas á echarme á volar el colibrí que tanto trabajo me costó cojer... Ocho días de espera!... Entonces, eso sí!... aguárdame...

Púsose ligeramente en pie, acercóse á su hermano, cogióle la cabeza entre sus manecitas primorosas y aproximando su rostro al de Adolfo le dijo mimosamente:

—Reconciliémonos!... No vuelvo á decir tonterías!...

El gran reloj del vestíbulo, con su campana ronca, anunció la hora; Blanca, púsose en pie, propuso volver á casa.

Los jóvenes las acompañaron de nuevo hasta la puerta de salida. La carreta se internó al trote largo del caballo en la sombra de la alameda, y luego se perdió en el vértice del ángulo obtuso que cortaba el trigal.

EL AGUINALDO

Amaneció un domingo. Era el día 16 de aquel hermoso diciembre. Don Valentín recorría afanoso, en todas direcciones, la plaza del pueblo; embutido en sus enormes botas; cubierta la cabeza por el casco blanco; pulcramente enguantado. Todo él era actividad: aquí recomienda encarecidamente, la regularidad absoluta en la quema de los cohetes; allí pasa escrupulosa revista á la banda de música; y, una vez convencido de que todo está en su puesto, de que nada hace falta para el principio de la fiesta, ordena al campanero dé el último repique.

La Iglesia revestida de gala se colmó; principió la misa. Por las cuatro esquinas de la Plaza seguía llegando gente: unos á pie, otros en carros de labranza toldados; quienes en desvencijados birlochos ó primorosos cochecillos de un solo caballo, y los más formando alegres cabalgatas.

Del coro, difundiéndose por la nave del templo, se elevan los graciosos acordes de la orquesta, envueltos en las voces femeniles de los muchachos, que entonan el *ritornello* de los villancicos al unísono de panderetas, tiples y castañuelas.

Al terminar el oficio, don Valentín se vió más apurado que de ordinario, atendiendo á la formal repartición de todo aquello con que, en su calidad de alferez organizador, quería obsequiar á los concurrentes. A la puerta del templo, con el presidente del Consejo Municipal, provistos de sendos azafates, repartían las tarjetas y ramos conmemorativos de aquel día; mientras, en mitad de la plaza, su secre-

tario, un vejete abejucado, con el sombrero de fieltro hundido hasta la nuca y las manos estuchadas en los raídos bolsillos de un gabán grisoso, testigo mudo y elocuente de épocas mejores, se embebía en la contemplación del ascenso de los cohetes disparados por dos comisarios emperifollados de fiesta. Don Genaro Gotera, con su rostro de una candidez encantadora cuidadosamente afeitado, era la nota cómica de aquel cuadro de vivísimos tintes, riendo á más y mejor de sus propias ocurrencias, siempre satisfecho de sí mismo.

El día se pasó alegremente para todos; cada cual escogió, entre las diversiones proporcionadas sin tasa por el señor Alcalde, la que era más de su agrado, dejando las preocupaciones para el día siguiente, olvidándose de todo lo que no fuera reir y formar algazara.

Al anochecer, las bandas de pistones, clarinetes y flautines, capitaneados por un enorme bombo, rompieron los aires á la puerta del templo; en tanto, se levantaban los castillos pirotécnicos y se confeccionaban los globos en medio de la gritería de la gente menuda, primeriza en todas aquellas maravillas.

—Hay para todos, señor Gotera; venga usted acá! —decía don Valentín alargando la copa á su secretario, quien, entre taciturno y resuelto se acercó al grupo formado por las autoridades y gamonales de la población, reúnidos en la esquina diagonal á la Iglesia, comentando la fiesta del día.

—Las múltiples ocupaciones de mi cargo, mis queridos amigos—seguía don Valentín,—me han impedido dar al acto la magnificencia requerida por él y por mí tan deseada; pero ustedes excusarán; se ha hecho lo humanamente posible.

—Ah!, sí; todo muy bien dispuesto—respondió uno de los del grupo.—Ha sido un hermoso día de huelga; no ha faltado nada en el programa; muy bien, señor Alcalde, muy bien!

—En cuanto á nosotros—intervino un hacenda-

do, individuo de elevada estatura, rostro encendido enmarcado en espesa barba cana, que el humo del tabaco se esforzaba por volver á su primitivo color,—en cuanto á nosotros hemos estado muy satisfechos, señor don Valentín, muy satisfechos!; y, como su fiesta no ha dejado nada que desear, en nuestro día trataremos de proporcionar á ustedes alguno cosa digna de tan honorables personas.

—Oh!, mil y mil gracias—respondió el Alcalde golpeándole el hombro á su interlocutor,—no lo dudo, don Joaquín; eso será admirable, ustedes tienen un hermoso campo de acción para lucirse.

—No tanto, mi querido don Valentín, pero pudiera ser. En las corralejas de mi compadre Serapio Urruchurto, tenemos ya encerrados seis bonitos novillos que de seguro aporrearán á más de cuatro. Don Enrique, el dueño de *El Balsial,* ha ofrecido encargarse de lo tocante á pólvora y música, y don Serafín Barrederos, el del otro lado de la quebrada, contribuye con dos lechonas... El piquetico será de ojo! —y con el índice de la mano derecha se vació el párpado inferior del ojo izquierdo, mostrando el blanco del globo enrojecido.

—El año pasado—interrumpió el señor Gotera, con su vocecilla llena de candidez y sonriendo bonachonamente,—cuando la fiesta de la bendición de la campana, de que usted fué padrino, señor don Joaquín, sí que estuvimos contentos; figúrese usted, don Valentín: había corderos, novillas, pavos, patos, gallinas á rodo: pero en cambio atrapé una indigestión de que todavía me resiento cuando como mucho; si aquello eran las bodas de Camargo!

—Camacho, dirá usted—corrigió don Valentín, con ínfulas de erudito, acariciándose la hermosa perilla con su mano enguantada.

—Si señor, Camacho!... eso es, Camargo, diré, Camacho!... ¡Qué se me hayan de confundir siempre estos dos apellidos!... figúrese: en la manguita del

señor don Joaquín, quien está aquí presente y no me dejará mentir, había cuatro toldas y ahí estaban todas las señoras del pueblo, todos nosotros y hasta el señor cura... y para todos hubo... Había una profusión de comida, ¡qué no señor!... El que quería gallina, comía gallina; el que quería cordero, comía cordero... de todo había... y bebida, ¡no se diga!... salimos casi todos chispados. Estaba también la orquesta traída de Bogotá y bailamos hasta el amanecer... ¡Qué recuerdos aquéllos!... Ave María!... Ja!... já!... já!...

—Pues, para esta solemnidad—interrumpió el hacendado,—si Dios me da vida, salud y licencia...

—Y el Alcalde lo permite!...—agregó don Valentín, sonriendo con aire satisfecho.

—Por supuesto, se sobreentiende!... Ya lo creo... Haremos algo mejor que todo eso que usted recuerda con tanto placer, señor Gotera; pues tenemos toros que entonces no los hubo, lo mismo pólvora y la famosa orquesta ofrecida por don Enrique...

Entre tanto, en la plaza, en medio de la rechifla y los gritos estridentes de la multitud, se elevan los globos de colores perseguidos por los cohetes, que se empeñan en cortar su perezoso balanceo. Los castillos pirotécnicos de luces multicolores iluminan con reflejos fantásticos la extensión de la plaza y mueren en un estallido bronco, haciendo así la alegórica apología del amor: al principio mucha luz, movilidad de acción y deslumbrante variedad de tintes; después un vago decaimiento, animado por pequeños estallidos; luego, la gran bomba, el trueno formidable y, en seguida, el silencio, la oscuridad, el olvido... Nada!... Humo y ceniza... Amargura y recuerdos!...

En un costado de la plaza, la vaca-loca, con sus cuernos de llamas, persigue á los muchachos que huyen desatentados atropellándose unos á otros y armando una gritería infernal.

En otro extremo, en la puerta de un figón, los

acordes de tiples, mezclados con el acompasado golpear de las panderetas y las robustas voces de dos mozos. Por la puerta abierta de la casa se ve el patio alumbrado por faroles colocados en contorno, pendientes de las vigas del umbralado, y en el centro, la pareja de campesinos bailando el alegre y popular bambuco: la mujer con la falda recogida muy alto con ambas manos, el hombre batiendo acompasadamente el sombrero y la punta de la jerga echada sobre el hombro. Se buscan, huyen, se persiguen, retroceden y tejen un maraño de compases incomprensible.

Todo envuelto en el confuso clamoreo de mil voces que suben y se pierden en la mudez del infinito negro.

Más lejos, en un ángulo de la plaza, rodeados á una mesa, los campesinos hacen sus apuntes al juego de la ruleta, cuyo puntero imita una serpiente verdinegra; gira rápidamente sobre la esfera y, al detenerse, señala en las puntas de la estrella de colores el premio del ganancioso.

—Rojo!...—exclamó el tallador,—una pasta de jabón. Tome usted... Esto es lo más fino que se cotiza hoy en el mercado: es Windsor legítimo... A ver!... los apuntes!... ¿Quién más se apunta?...

—Giró de nuevo el puntero, la serpiente, con sus ojazos turbios, describió varios círculos rozando los extremos de la estrella, y al detenerse perezosamente, vino á señalar el vértice de uno de los ángulos.

—Perdió!...—dijo impasible el tallador.—A apuntarse!... Vamos!... ¿Quién más se apunta?...—y repicaba despiadadamente con una aguda campanilla.

Siguió girando la serpiente: describiendo círculos concéntricos, señalando colores, ganancias y pérdidas.

Los castillos continuaban ardiendo en el centro de la plaza; ponían toques lívidos ó apopléticos en los rostros, según que sus luces se trocasen de verdes en



rojas, de solferinas en azules. Los globos, balanceándose, cruzaban pausadamente el espacio y se perdían en la bocaza del infinito que se los engullía.

La banda militar apagaba los ruidos, luchaba valerosamente con los gritos y risotadas de la multitud, con las exclamaciones de júbilo y sorpresa, y en un esfuerzo gigantesco, iba á buscar entre las alas de la brisa, el rastro exangüe de los globos, la estela de chispas que dejara un cohete, los fragmentos de una bomba que al estallar en el espacio tomaba todos los tintes del iris.

En los balcones iluminados de la casa cural, se ven las siluetas de las señoras; el párroco hace los honores de huésped, regocijado por el esplendor que ha tenido el principio de la fiesta.

Al reventar las bombas se divisan por un segundo los rostros: el pálido de Blanca, lívido por el reflejo violáceo: el risueño de Ester, con su movilidad seductora más encantador por la temerosa reflexión de aquella luz indecisa. Después más pálido el de Blanca entre el reflejo inflamado de un rayo escarlata; más arrebatador el de su hermana, animado por esa claridad que le entusiasma con su variedad y le hace exclamar, con su ingenuidad de niño:

—Qué bonito es esto!...

Entre el seno negro de la plaza, allá, á donde no alcanzan las temblorosas luces del castillo, se balancean grandes luces, bajando hasta tocar el suelo y ascendiendo á una altura prodigiosa; cambiando de tonos con el movimiento, dejando luego en honda oscuridad la órbita de su pausado giro, haciendo más fantástico aquel teatro en cuyo foro no se ve un rostro con expresión humana, no se destaca un color que pueda denunciar la propiedad de un semblante.

Por fin, los estallidos de los cohetes aminoraron; el juego de luces fué siendo más pobre; la extensión de la plaza se tornó más oscura, se quedó vacía y los ruidos se fueron apagando. Entre la osamenta

de un castillo ardía una luz roja animada por una última convulsión.

Todo quedó en silencio.

Don Genaro Gotera cruzaba con paso lento por mitad de aquel escenario abandonado; el sombrero hundido hasta la nuca y las manos en los bolsillos grasientos de su gabán grisoso.

CONFIDENCIAS

Por el sendero polvoroso, hacia la casa de *El Balsial,* galopaba un bridón, conduciendo sobre su lomo la afeminada figura de Arturo, seguido de su perra; su pantalón de ante blanco caía gallardamente sobre su bota charolada, armada de brillantes espolines; el sombrero *canotier* iba sujeto por un cordón de seda á la solapa de la chaqueta azul claro, cuidadosamente abotonada; llevaba el latiguillo bajo el brazo, y su nariz corva parecía inclinarse regocijada á aspirar el perfume de su bigotito rubio y muy rizado.

Cruzó la ancha alameda y sofrenando su cabalgadura la hizo sentar rudamente sobre las patas traseras en mitad del patio.

Jorge, con un libro en la mano, bajó la escalera y salió á su encuentro.

—Creí que ya no venías.

—Esta maldita Saeta, que todo me lo ha de trastornar—y Arturo se apeó ágilmente,—se propuso seguir á una garza... ¡Qué hermosa!... Deploré inmensamente no tener á mano mi escopeta; hubiera sido cuestión de un momento: pim!... pam!... y pelarle el mechón del pechón... Y ¿Enrique dónde está que no sale á hacerme los honores de huésped?

—Se fué á dar una vuelta por los potreros y algunas disposiciones para la fiesta de mañana, en que toma parte...

—Ajá!... muy bien!... ¿De modo que tenemos fiestas en todos los nueve días?... Asistiré á ellas!... ¿Qué tal se produjo Valentín?

—Bien, hombre; pero sigue!...

Arturo entregó el cabestro al paje de Enrique.

—Pero, no desensilles, Juan!; lo necesito para volver al pueblo y regresar después del baile... Eso sí, mucho pienso porque ayunará esta noche.

—No, hombre; si nos vamos en el carruaje... ¿O es que piensas presentarte en ese traje?...

—En modo alguno; mis maletas vienen atrás... No me acordaba... Entonces échalo á la pesebrera.

Subieron la escalera rpída por el tiempo; atravesaron el vestíbulo amueblado de rojo, con hermosa vista al Occidente de la Sabana y penetraron en la pieza dormitorio de Enrique.

—Conque tenemos bailecito, eh?... Y las Rivas se dejan sentir!... Esto va bien!... ¿Qué tal tus asuntos?...

—Cuáles?

—Hombre!... ¿Cómo qué cuáles?... Pues los amorcejos aquellos de que me habías hablado.

—Ah!... Eso... mal!... Muy mal!...

—Y ¿por qué?... ¿Acaso no estabas en buen terreno?

—Yo?... No!... nunca lo he estado... Creo que esa niña ni me conoce; tan indiferente se muestra.

—Cómo así?...

—Pues, como lo oyes; no para la atención en mi humilde persona... Además, me parece que Enrique está de por medio.

—Sí?... De veras?... Caracoles!; eso es grave!... Sería curioso!...

—No estoy bien seguro de ello, pero... me parece!... En fin, miradas, sonrisas, frases cortadas, palabras tomadas al vuelo... No podría precisarte nada, pero...

—Vamos!... Cuenta eso—y le dió impulso á la mecedora, encendió un cigarrillo y arrojó el *canotier* sobre la cama.

Jorge se acercó á la puerta para cerciorarse de que no eran oídos y paseándose á lo largo de la pieza,

según su costumbre, respondió después de una pausa:

—El objeto de mi regreso á Colombia, de mi viaje á este sitio, de mi permanencia en esta casa, tú lo sabes, ha sido conquistar el corazón de Ester. Cuanto ha estado de mi parte lo he puesto para lograr mi objeto, sin haber, hasta hoy, alcanzado ni una mirada de esos ojos.

—Bueno; ¿pero tú no le has dicho categóricamente nada á ella? Ese es el paso decisivo!

—No; no he querido; sería obligarla á cometer una ligereza... Ella es una muchacha recién salida del colegio, llena de ideas extravagantes del mundo y, tú comprendes, si voy á proponerle matrimonio á quemarropa me expongo, ó á recibir nones redondos ó á hacerla cometer una imprudencia casándose conmigo sin el amor suficiente para soportar el peso de la carga que se echa á cuestas; y ahí me tienes dos seres desgraciados!... Es mejor proceder con cautela; tantear el terreno; primero ganarse la simpatía, luego el cariño y, más tarde, si es posible, el amor de la mujer!... Mi intención ha sido lograr su afecto sin que ella misma se dé cuenta, entrar á su corazón como se entra á un templo, sin ruido, sin hacerse notar... Además, odio las violencias, y esa niña es demasiado ligera; me expondría á alcanzar su afecto como un salteador de caminos, ó á sufrir un rechazo que me ahorraré á toda costa.

—Oh, sí!... por supuesto; tienes razón. Aquí hay necesidad de obrar con mucha cautela... Me parece muy bien pensado... Mucha cautela!...

—Y tanto más, viendo, como he observado, lo referente á Enrique.

Se oyeron pasos en la escalera, luego el vibrar de los bastidores de vidrieras; Jorge se interrumpió. Entró un sirviente cargado con las maletas de Arturo y las colocó en un ángulo de la pieza.

—Trae eso acá—dijo éste incorporándose para recibirlas.

El criado obedeció y salió de la estancia.

Arturo sacó del bolsillo una llavecita diminuta, abrió el saco de cuero con chapas de cobre y empezó á extraer de él objetos que extendía sobre el lecho.

—Voy á vestirme, si tú me lo permites... Este traje me incomoda... pero las corrientes de aire son perjudiciales, sumamente nocivas para los bronquios.

Cerró las hojas del balcón; abrió los postigos de par en par, levantó la cortinilla de punto y colgó de la falleba el espejo que llevaba entre la maleta.

—Continúa tu relato; mi *toillette* no se opone.

—Pero ¿con qué objeto comienzas á arreglarte tan temprano?... Todavía nos queda tiempo suficiente.

—No, mi hijo; yo necesito espacio, tiempo y calma.

—Pero si apenas son las tres.

—Mejor que mejor!... Así podré hacerme un nudo de corbata que cautive cuatro corazones esta noche. Nos iremos á las seis y, como ustedes deben arreglarse también, quiero decir que acabaré primero y podré ayudarles. Te haré un *plastrón* que hechice á Ester y logres así tus empeños... Conque ¿me decías?...

Y sacaba del vientre de la maleta el pantalón gris plomo, los zapatos charolados, los calcetines de seda, el chaleco de piquet con botones de nácar y la flamante levita. Aquel saco de viaje no cesaba en su tarea de vomitar objetos, de desparramar prendas de ropa.

—Que ha sido empeño inútil—respondió Jorge,—ella no fija su atención en mí; tras mis manifestaciones sólo ve un amigo, un conocido. Es una horrible tortura en la que me encuentro: entre mi corazón y el amigo, mi amor y mi orgullo, la felicidad de una vida y el amor propio.

—Sí; eso es horroroso—respondió Arturo,—pero, perdida como crees la esperanza respecto á esa chi-

ca, ¿por qué no le haces el amor á la otra? Es encantadora también!...

—¿Blanca?... sí, es primorosa; parece una duquesita acostumbrada á la atmósfera de los salones de Versalles; pero, no; no lograré amarla... La quiero como se puede querer una obra de arte, una estatua de Milo, un cuadro de Rubens... Y no es que halle en ella deficiencia... al contrario, sus pupilas irradian el fuego de un espíritu que ese cuerpo no es capaz de contener y quisiera ascender al infiinito de donde bajó; cernerse allá arriba, cerca del sol, como una águila de luz: su misma alma es la llama que la consume; es la mecha dentro del aceite; la luz y la fragancia .. Pero, á su lado está la otra; me tiene preso en sus garras aceradas ese amor que me tortura y con sus uñas me sangra, me despedaza. Al encontrar mis ojos su mirada expresiva, el arco de sus cejas bajo la frente pura, la flor de su boca, lo olvido todo, todo cae por tierra, se desvanece como un perfume la visión de Blanca, se esfuma como un sueño entre la vaguedad de los colores y perdura Ester; vive ella aquí en el rinconcito más sagrado del corazón, en el lugar más santo de mi pecho!... La conocí muy niño, yo también lo era entonces, y sin embargo comprendí que esa pasión me arrastraría á un abismo, que esa mujer había de causarme una herida incurable, y, con facilidad para alejarme de lla, huí, como se huye del precipicio que nos atrae y fascina; resolví buscar entre el tumulto de la vieja Europa, una distracción que me embotara los entidos, una tromba que me ayudara á olvidarla: busqué entre ese torbellino de placeres y movimiento, un lenitivo á mi amor imposible de sofocar... pero, todo fué en vano: cada día brotó una raíz nueva en mi pecho, se arraigó, se internó, se retorció allá adentro, aprisionó al alma y, ya muy crecida esa planta, vigorosa, corpulenta, sus ramas se entrelazan, invaden mi garganta y me prohiben hablar, me cortan la voz cuando voy á decirle, muy



cerca al oído, aspirando el perfume que emana su ser: *Te amo;* y, sin saber lo que hago, me alejo, corro, le huyo, no quiero volver á verla... pero... ella es la luz... yo soy la mariposa... tiene que cumplirse la ley!... Ella me achicharrará, me volverá al polvo de donde salí... Otras veces se obra en mí una lucha todavía más espantosa que la del mismo amor... deseando verla, necesitando escuchar el eco de su voz argentina, aspirar el perfume que la rodea, me retraigo, me aparto de ella y siento odio hacia esa muchacha voluble y despreocupada!... Sí, siento un rencor inmenso, una amargura que me llega hasta los labios rebosando del corazón... Me ha herido... me ha envenenado, y... la detesto!... Pero, la amo!... Sí, la amo, y quisiera ser un gusano, un sapo de esos que tanto la divierten para morir bajo su planta, para besar el pie con que me aplastara... Pero soy un loco!...—Y fuera de sí, Jorge, se llevaba las manos crispadas á la cabeza...—En ocasiones quisiera gritar á grandes voces, pregonar en rugidos atronadores mi pasión, y al mismo tiempo me ruborizo de pensar en que alguien me haya sorprendido mirándola; me sube la sangre á la cabeza de imaginar que haya sorprendido mi secreto, que se hayan enterado de la lucha que sostengo en silencio entre mi amor y mi orgullo.

—Pero, si eres bien tonto!... ¿por qué no te has resuelto á querer á otra?—interrumpió Arturo acercándose al espejo en mangas de camisa, forcejeando por hacer entrar el botón de oro en el ojal del cuello.

—¿A otra?... ¿Acaso lo que necesito es una mujer á quien querer?... ¿una estatua que admirar?... Ah!, no; jamás!: no podré amar nunca á otra!...

—Cómo no has de poder! sujeta al corazón; ese trozo de carne altiva, rebelde, revolucionaria, que el cerebro del hombre está llamado á aprisionar, á dominar. Esa pasión tonta del amor debe depender de la cabeza para que no resulte tan ridícula; yo siem-

pre he creído que ésta será la más alta innovación del siglo xx. Cuando el matrimonio se efectúe con sólo la cabeza por motor, existirá la felicidad verdadera.

—¿Mandarle al corazón?... Desengáñate!... Hace ya muchos estoy en esa lucha y no lo he conseguido; sólo he llegado á convencerme de que es más fácil iniciarle al corazón no! y obligarle á obedecer, que decirle ama, y sujetarlo á la voluntad. Se pretende olvidar, y el corazón, á pesar de esa rebeldía que tú llamas ridícula, consiente; pero eso de obligarlo querer por mandato exclusivo... ¡Jamás!... Y sin embargo cuando he intentado olvidarla amando á otra, he creído desvanecido por un momento ese cariño, pero luego he llegado á la persuasión, por un ademán, una sonrisa, una palabra dicha de modo particular, de que sólo he amado en esa otra á la mujer que más me ha maltratado; á Ester con todos sus desdenes!... Entonces viene de nuevo la lucha: se establece de nuevo el paralelo entre esas dos mujeres y á fuerza de querer separarlas, las encuentro tan unidas, tan próximas las dos líneas, los dos afectos, que vienen á ser uno solo, del cual se destaca radiante Ester!... Siempre ella, con su desdén, con su indiferencia para mí, con su tesoro de amores para otro...

Jorge, en su desesperación, se oprimía las sienes entre ambas manos, reclinado en la baranda del lecho, como si quisiera contener los golpes de la sangre que se precipitaba á su rostro.

—Soy un condenado salido del averno—continuó, —voy arrastrando una cadena de hierro hirviente por el mundo. Soy un infeliz que sólo lograré su desprecio... su cariño para otro!...

—Pero ahí viene tu hombre—dijo Arturo, quien continuaba empeñado en hacerse el lazo de la corbata lila frente al espejo, los ojos verdes resaltando sobre el rostro encendido y una dentadura pareja y bien cuidada, bajo el bigotito rizado.

—Hablemos de otra cosa—exclamó Jorge procurando reponerse de la emoción. Acercóse al lecho que parecía un mostrador de venduta y cogiendo un pequeño frasco de aluminio continuó:—¿Qué es esto?...

—¿Eso?... Ah!...—respondió Arturo volviéndose á medias para saber de que se trataba.—Ese es un comestible admirable; te lo recomiendo; es lo último llegado de París, marca *Rigaud,* dirección, 8, *Rue Vivienne;* á él debo la docilidad de mi bigote—y se lo atusaba, á tiempo en que entró Enrique.

—Muy bonito; mi cama convertida en guardaropas!

—Hola, mi querido; aquí perfeccionándonos.

—Muy bien, porque ahora comeremos y nos vamos... Jorge, si te parece, procede á arreglarte; yo también pienso hacerlo.

—Sí; con permiso...

—Jorge!—exclamó Arturo al verlo salir—aquí tienes todos mis útiles; te recomiendo el cosmético; lo último que ha despachado la casa Rigaud; á ti también, Enrique, es la última maravilla... Yo ya estoy listo, les cedo el campo. Y ajustaba á su talle femenil la elegante levita.—No olvides, Jorge, yo tengo mucho gusto en hacerte el plastrón, pim!... pam!... Cuestión de un cuarto de hora y cautivas cuatro corazones esta noche!...

—Ordena de paso á Juan que enganche!—gritó Enrique.

—Está bien!

Y Jorge atravesó el corredor de vidrieras que vibraban á su paso.

BOMBARDEO

Y seguían columpiándose los farolillos multicolores, pendientes á las ramas de los árboles en el jardín, entre las sombras de aquella noche, que pretendían tragárselos con sus enormes fáuces. Los pequeños radios de luz irisada, bañando las alamedas, iluminan aquí y allá los escaños de hierro. Todo es movilidad; por las calles de arbustos se pasean las parejas; ellos afables, sonrientes, andando muy despacio, hablando con calor, con entusiasmo; ellas asidas al brazo de su acompañante, la mirada fija en el suelo, como meditando una respuesta, la mano recogiendo la cola del traje, los labios animados por una sonrisa; atentas á aquellas frases de pasión, de arrebato.

En el fondo, la sala iluminada profusamente derrama por sus balcones raudales de luz que se quiebran en los surcos de flores, rebotan sobre el empedrado y entre la arena fina de las callejuelas próximas.

El reloj del vestíbulo dió la hora; de entre los grupos de arbustos salió un hombre y agazapándose en la sombra, esperó. Por la misma alameda, en dirección contraria, con paso cauteloso, se encaminaba una mujer: volvía la cabeza recelosamente á derecha é izquierda, avanzaba un paso y miraba atrás poniéndose un dedo en los labios, interrogaba á la sombra, reconocía el terreno y se arrimaba á los árboles.

El hombre avanzó, paróse y agachándose forzó la vista entre las tinieblas, luego adelantó un paso,

quedó bañado por la luz azulosa que caía de un farolillo y gritó:

—Mis aguinaldos, Ester!...

—Tan torpe!...—articuló nerviosamente la joven, echándose atrás.

—Los perdió!; esta vez no hay disculpa. Acaban de dar las siete: oiga usted... ¿A ver la rosa?...

—Por lo que son los aguinaldos, se los pagaré; en cuanto al susto, me lo queda debiendo usted; le advierto que soy muy vengativa!

—Bueno, vaya!; al fin se confiesa usted deudora de algo... preste acá la rosa—y extendió la mano para recibir la flor encarnada que Ester se quitó del pecho...—Gracias!... Por lo que hace al susto no ha sido nada: un ligero estremecimiento y una palabrita brotada del fondo del corazón: es el sentimiento que rebosa, verdad?...

—No, Enrique; excúseme usted; no dependió de mí... el susto... ¡Sentí como si me hubieran agarrado del pelo y vi fantasmas... yo creo que así debe ser la muerte... Vi todos los espectos de mis víctimas!...—Y sonriendo añadió:—todos los cadáveres amenanzantes de los sapos que he muerto... ¿No es cierto que usted me perdona?...

No era necesario más para olvidar: en Enrique sucedió lo de siempre: las palabras y la sonrisa, el acento cariñoso de Ester, fueron la esponja empapada que borra la mala impresión: todo pasó como una nube de verano sobre un cielo diáfano...

—Oh! no, Ester; no ha sido nada!; de esos labios queridos no puede brotar una ofensa para mí; usted sabe que sus palabras son siempre acariciadoras á mi oído... Diga lo que quiera, yo sólo sé adorarla á usted y su voz me es la música más grata... no importan las palabras; todo lo amo por ser suyo... cualquier cosa!...

—Ah! usted es muy galante; muy bueno, demasiado amable, Enrique, y yo no sé pensar lo que digo... ¡Cometo tantas barbaridades!...

Doña Elisa, asomándose á la puerta de la sala, llamó:

—A rezar!...—y dirigiéndose á don Valentín, continuó:—usted, señor Alcalde, como única autoridad aquí, á quien se obedece y acata, queda comisionado para reclutarme á todos esos pajaritos que revolotean por el jardín!

—Mi señora, estoy enterado!... será usted obedecida con la prontitud y eficacia que se deben á la primera magistratura de *Los Nogales*... Mil y mil gracias por la distinción de que soy objeto.—Y levantó su voz de barítono llamando á todos los concurrentes, quienes acudieron en parejas, una á una: siempre empeñados en conversaciones interesantes y fogosas: entraban, se dividían y formaban círculo en torno del «Belén».

Una gran mesa tapizada de musgo, que forma eminencias serpenteadas por caminos de arena, casitas de cartón iluminadas, esparcidas aquí y allá, ésta entre un grupo de árboles con el trapiche al lado, donde dan vuelta en torno de la piedra, dos diminutos mulos, aquélla á la orilla de la fuente, formada por fragmentos de espejo y copos de algodón, y girando la rueda incesante del molino. En los prados los rebaños paciendo; sobre los riscos encaramadas las cabras que se exponen á rodar al valle despeñadas entre una lluvia de pequeños guijarros.

Suspendida sobre aquel punto diminuto se ve la estrella de gran cauda y, viajan á la luz de su reflejo, los tres reyes; el negro sobre el lomo de su dromedario que se apresura, el indio en la mula que flaquea, y el árabe, con su rica vestidura cuajada de oro y pedrería, caballero en un corcel fogoso.

En el centro de aquel curioso Oriente, el pesebre de Belén, la divina imagen de María inclinada sobre el desnudo cuerpecito del recién nacido, quien levanta los pies entre las pajas doradas y se agarra al manto de su madre; la austera figura de San José,

de rodillas apoyado en el nudoso báculo, contemplando al Hijo de Dios; y, por fin, la tradicional pareja; el asno y el buey dan con su aliento calor al Niño.

Detrás de este aparato estaba la orquesta: don Valentín, buen aficionado, pulsaba el tiple; el señor Gotera había resuelto lucir sus habilidades en el manejo de la pandereta, pues le traía perfumes de épocas mejores, juventud y primavera; de aquellos días en que el cielo le enseñó á reir, á reir siempre; Arturo hacía vibrar las castañuelas enseñando á Adolfo su ejecución; las voces de todos formaban el coro que repetía el estribillo:

A ADORAR AL NIÑO CORRAMOS PASTORES

Empezó á derramar gente el oratorio; los más entusiastas repetían en disonancia el final de los villancicos, cada cual reclamaba su parte de luces. El jardín se colmó de nuevo. Por todas partes se desgranaban los arroyos de estrellas doradas que rebotaban unas entre otras y se apagaban antes de tocar el suelo; estallaban los triquitraques, silbaban los cohetes, y entre un espeso velo de humo se veían las caras fruncidas de las mujeres, quienes con las *velas romanas* en la mano, muy apartadas del rostro, temerosas de arder con ellas, no podían prescindir de tomar parte en aquel conjunto de atronadora apoteosis.

Los primeros acordes de orquesta se difundieron en los ámbitos de la sala y buscaron la libertad con las alas extendidas en el jardín; los bailarines arrojaron sus luces, que todavía escupían estrellas doradas, moribundas entre la grama de los surcos floridos, y acudieron presurosos á buscar su pareja, á cumplir un compromiso contraído horas antes.

Se formó el baile, en un momento rebosó la amplia sala; en la puerta, reclinado contra el marco, distraidamente observaba el cuadro don Genaro.

—Muy bien, señor Gotera; maneja usted la pandereta *con amore*—decíale doña Elisa acercándose,—pero... ¿por qué está usted tan pensativo; está triste?

—Triste no, mi señora!; eso no!; muy contento!.. Es que estoy viendo cómo se divierten los muchachos... Ah!, qué tiempos!... No volverán ya!...

—Pero usted, con una pandereta en la mano, retorna á sus mocedades!

—Sí, mi señora; fué siempre mi distracción predilecta, precisamente, á Micaelina, mi esposa ya difunta, la cautivé con eso... mi ejecución... ella siempre decía que no había cómo yo para la pandereta y el torbellino... ¡Aquello era de verse!...

—Y ahora, ¿por qué no baila?

—No, mi señora; yo valses no sé, y ahora no se baila otra cosa; entonces sí era cierto!; con la contradanza, nuestras mazurquitas y los rigodones; yo era una ráfaga para todo eso; pero, la edad!... los trabajos!... El reumatismo no me deja!... Ya estoy muy viejo, mi señora; hay que dejar á los muchachos que se diviertan. Ja!... ja!... ja!...

—Con permiso don Genaro—y la señora continuó su camino hacia el interior de la sala, esquivando el tropiezo con las parejas de baile, en busca de Adolfo. Encontróle repantiagado en una poltrona; parecía contar los compases de la orquesta, mirando una visión reflectada en el techo de la pieza.

—Te buscaba, Adolfito; mira: hazme el favor de ir por los azafates ya está todo listo en tu pieza... pero, ¿qué tienes?... ¿estás triste?... ¿por qué siempre tan retirado?... No bailas, no conversas, todo se te hace amargo!...

—La fatalidad, madre!; Sor Fatalidad que me persigue implacable; no se cansa de seguir mis pasos para torcerme todo.

—Pero, bueno!; di: ¿qué ha sido?...

—Nada!... Mira á Teresita... se ha propuesto atender esta noche á Valentín... ¡como es Alcalde!... La otra noche en su casa se hizo de la vista gorda y no me prestó atención ni por un momento... Ahora, le propuse que bailáramos, cuando terminó la novena, aceptó y, al ir á buscarla, la encontré muy amable colgada del brazo de Valentín; me dijo que no tenía ni la más remota idea del compromiso; de seguro así sucederá en toda la noche: es la mujer

más desmemoriada en lo referente á bailar conmigo!

—Pero, veamos!... ¿En verdad estás enamorado de ella?...

—Sí, señora; la quiero, y me casaría con ella si Valentín, con sus guantes y su bigotazos no se me interpusiera: si la Fatalidad no me persiguiese tan obstinadamente.

—Pero, ¿si nunca le has dicho nada, cómo quieres que te atienda?... Haz lo que Valentín: baila con ella y dile todo eso que cuentas siempre en tus versos: pero díselo en pura prosa: en ocasiones á las mujeres les gusta más la prosa que los sonéticos y los rondeles... sobre todo tratándose de matrimonio... son incompatibles... Vive seguro de ello!

Jorge bailaba con Blanca: ésta, en el giro del vals parecía inclinada sobre el brazo del joven, dejarse llevar á un país de ensueños envuelta en los acordes de la orquesta, con su postura llena de abandono y languidez; pero, en realidad, estaba atenta á todo lo que sucedía en torno suyo: á Ester y á Enrique, quienes de pie, junto á una consola, reposando la fatiga del baile, hablaban en voz baja. Era imposible percibir una de sus palabras, pero, por el movimiento de sus labios, por el brillo de sus pupilas, por esa sonrisa de felicidad que animaba sus rostros, Blanca adivinaba el tema de la conversación y con un esfuerzo sobrehumano procuraba disimular el daño inmenso que aquella escena le causaba.

—He perdido el compás, Blanca, perdone usted—dijo Jorge deteniéndose.—Estoy incapaz esta noche para dar una vuelta; le he proporcionado un malísimo rato.—Y en su voz trémula se traslucía una amargura inexplicable, infinita.

—No, Jorge; yo soy quien no ha podido guardar el compás en toda la noche. Me encuentro un poco mal: permítame usted.—Y se detuvieron frente al grupo que formaban los novios.

Querían huir de aquella escena que los torturaba y la buscaban; querían ignorar lo que esos dos seres

se decían (indudablemente la sentencia de muerte para ellos) y se aproximaban para oir, para no perder una actitud, una mirada, una plabra.

Jorge y Blanca sufrían un mismo dolor, eran heridos por la misma mano, asesinados por el puñal envenenado de los celos, y mútuamente ignoraban el sufrimiento ajeno: avaros de su tortura se creían cada cual el único digno de conmiseración y de justicia.

Corrieron las horas. Lentamente se fueron consumiendo en el jardín las luces: moría entre las frondas una roja y desde el otro extremo una verde, en el último parpadeo violáceo de su convulsión, la retaba al imperio de la sombra. Todo el parque se arrebujó luego en el oscuro manto de la noche, en el silencio del abandono. En el firmamento seguían centelleando las constelaciones.

En la sala había ya muy pocos de los invitados. Las señoras tomaban sus abrigos; los concurrentes se despedían perdiéndose en la oscuridad de la alameda. Sólo quedaron en la sala los íntimos de la casa.

Reinó el silencio en aquella mansión invadida momentos antes por los gritos de fiesta, las risas de felicidad, las conversaciones de amor y las frases acariciadoras.

Adolfo estrechó con mentida sonrisa en los labios la mano enguantada de un hombre que en su interior odiaba ya, que de todo corazón deseaba no hubiera nacido nunca. Enrique, rebosante de dicha, oprimía el brazo de su amigo, sin cuidarse del daño que le había hecho, sin saber que le arrebataba la felicidad de una vida, sin reparar en su amargura: llevado en alas de su triunfo no quería mirar allá abajo á los vencidos, á los que agonizaban en la tortura. Cuando se es dichoso no se puede pensar en el dolor ajeno.

Blanca, al separarse de su hermana, como de costumbre recibió y devolvió en la mejilla el beso fra-

ternal: y sin embargo aquélla no podía ser ya sino su rival triunfadora: á pesar de su bondad, de su mansedumbre, se sublevaba el grito del corazón herido, apagando los arrullos de aquel espíritu sublime, que clamaba en lucha abierta con su propia conciencia perdón y fraternidad, olvido para el mal y resignación en la desgracia.

Y allá, entre el raso de sus almohadones, entre los anchos encajes de su lecho, envuelta en el perfume de su alcoba virginal, olorosa á azahares, ahogó el gemido desgarrador de que el mundo se hubiera mofado, de que la sociedad hubiera hecho escarnio.

ESTUDIO

La. sol. do. si. la sol. si. do re...

Y volvía á comenzar:

La. sol. do: repitiendo: *sol. do. la. sol. do.*

Y Ester repetía el compás una y diez veces, sin conseguir dar en el piano el sostenido que marcaba la página de aquella lección. Enrojecida de encono se pasaba la mano por la frente separando el cabello caído sobre los ojos, que la hacía aparecer más arrebatadora en su abandono.

Montada en cólera, volvió á tocar el compás desfogándola con el mueble, que retemblaba bajo el golpe de sus manos:

Do. si... do. si. la... sol. do. si. la... si... la... do... si... la...

—Uno!. dos!. tres!.—Y marcaba también los tiempos con la cabeza señalando los compases: *si, la, sol,... si, do, re,... si, do, re,... sol, si, do, re,...* Se tropezaban las notas torpemente. Era algo como imposible salir de allí: Ester no tenía paciencia para fijarse en la lección y se ponía roja por la ira.

Si, la, sol, si, do, re... una!, dos!, tres!...

Dejando el piano con desdeñoso enfado, describió media circunferencia en el asiento giratorio y exclamó, como dirigiéndose al pequeño confidente que sostenía el tarjetero:

—Bonita estoy!... Si al señor Bertini se le da la real gana para enmarañar los compases de sus lecciones, sólo por hacerme rabiar, ya tengo para un año... Me he lucido!... Viviré día y noche encarada con la veinticinco, porque, lo que es de aqui, decidi-

damente no salgo jamás!...—Y después de un silencio, durante el cual se pintó en su hermoso rostro el desaliento de la impotencia, continuó:—Pero, veamos!... Cómo he de ser tan inútil?...

Armada de nuevos bríos se puso otra vez de frente al teclado y repitió la combinación de los compases que la tenían atollada.

Si, do, una... *si, do,* una. . Una, dos!...

—Estas pícaras apoyaturas me lo enredan todo... No sé con qué objeto le meten á un idioma tan insufrible todavía tantas arandelas... ¿á que el descarado de mi amigo Bertini lo hizo tan solo por verme rabiar?—Y con su ingenuidad de niño clavóse de codos sobre el marfil del piano que resonó incomodado bajo el peso de su busto.—Pero no; soy una tonta!... Si ese señor se tomara el trabajo de pensar en mí!...

Si, do, una!... *si, la,* dos!... *sol, do,* tres!...

—Caramba, imposible!; el *sol* no quiere sonar. Decididamente amaneció triste hoy... *sol, sol, sol, sol, sol*—y repicaba sin piedad sobre la tecla: *sol, sol, sol,... do, sol...* Nada, no señor, no puedo!

—Vamos, no te impacientes!... ¿qué es eso, Ester?...—Interrumpió Blanca entrando á la pieza con ligero paso, arrastrando la falda vaporosa de su traje de holán.—No te enfades; vamos á ver: repite el compás desde el principio... No tienes paciencia; calma, señorita; más calma!...

—No, Blanca, no es falta de paciencia!... Es que no he de poder salir de aquí en mi vida... Es inútil pretensión!...

—Probemos; ten juicio y comienza despacio.

Ester, acomodándose en el asiento, empezó de nuevo á contar los tiempos: uno... dos... tres... Pero al llegar á aquel *sol* rebelde le era preciso retroceder; la nota no daba el tono y la apoyatura se empeñaba en no hacer el efecto requerido.

—¿Lo ves, Blanca?... Si no puedo!...—Y se le saltaban las lágrimas de despecho.

—Presta acá; fíjate!

Y colocándose por detrás de su hermana, Blanca extendió el brazo derecho y recorrió el teclado con habilidad.

—Eso es!... tú muy bien, porque tienes disposición para descifrar geroglíficos; porque sabes mucho!... ¿Pero yo?... yo... créemelo, nunca aprenderé... No he de servir para nada.

—Pues repite y verás como al fin logras aprenderlo...

La, si, uno!... *do,* dos, tres!... *do,* uno!...

—No, mi bien; ese *do* está ligado al anterior; por eso le agregas al compás un tiempo que no tiene. Esas dos notas van enlazadas, suenan como una sola... Repite!...

Ester, pacientemente, volvió á tocar los compases indicados por el dedo de Blanca sobre el papel, y esta vez logró salvarlos sin dificultad, marcando los tiempos con la cabeza y con la voz:

—Uno... dos... tres...

Al llegar á aquel *la, sol, do, la, si,* el *sol volvió* á disonar y la apoyatura formó un nuevo compás.

—Nada, mi china, el *sol* es sostenido y tú lo tocas natural, por eso te suena más bajo, y este *la, si,* forma apoyatura y tú le haces comprender un movimiento... Vuelve de nuevo.

Esta vez, Ester, poniendo toda su atención en las observaciones de Blanca, arrancó á la caja con limpieza los acordes precisados en el pentágrama.

—¿Lo ves?...—exclamó Blanca con satisfacción—era falta de paciencia; te dejas llevar de la cólera. Comienza de nuevo y verás como sabes ya esa lección: uno... dos... tres!...—Y con el brazo extendido sobre la cabeza de Ester, marcaba magistralmente los compases.

Y siguió Blanca dando explicaciones á Ester sobre los ligamentos, picados y cadencias que aparecían en la pauta; repitiendo sobre el teclado las figuras para hacer más fácil la ejecución de su hermana.

Sin ser notada, penetró en la pieza doña Elisa, se

acercó al piano y se puso á observar por encima de los hombros de sus hijas la tarea en que estaban empeñadas.

Por fin, Blanca, terminadas sus indicaciones, se enderezó y volviéndose dijo sorprendida:

—Ah, madrecita!... ¿Estabas ahí?... No te habíamos sentido.

—¿A qué se debe el alto honor de esta visita, mi querida señora?—intervino Ester dando ágilmente la vuelta en el asiento y encarándose con su madre, quien estaba á medio sentar en una poltrona.—Es usted muy amable en venir á quitarme de entre las cejas el nombre esclarecido del señor Bertini, tan amigo de geroglíficos y rompesesos. ¡Sea usted bienvenida al templo de las Artes!... Díganos, señor Ministro qué hay de nuevo en la esfera de los asuntos Internacionales; yo, como Ministro de Hacienda—dijo y señaló el manojo de llaves lustrosas que colgaban de su cintura,—estoy á oscuras de lo que no se relaciona con mi cargo. ¿Tenía usted, según presumo, algo grave que poner en conocimiento del Gabinete?... Hable usted; ya le escucho!...

Ester, cuando estaba de buen humor, lo cual era inusitado en ella, daba á cada uno de su madre y hermanos el apodo de una Cartera del Estado, y ésta era su chanza favorita.

—Ah, sí!—exclamó Blanca con interés.—Nos habías dicho que tenías algo interesante para comunicarnos. ¿A ver?... pero, Adolfo, ¿dónde está? Según dijiste, á él también le interesa.

—Sí—volvió Ester incorregible,—hay que esperar al señor Ministro de Marina y Guerra; es indispensable su honrosa presencia para la reunión constitucional del Honorable Consejo.

—Adolfo vendrá ahora—intervino la señora contestando á la pregunta de Blanca—fué hasta la alameda á sacar á Jorge quien, sea dicho entre paréntesis, hoy está más raro que nunca. Todo este tiempo he notado algo particular en sus movimientos, en



sus palabras... pero ahora ya es alarmante... dió á entender que pensaba volver al extranjero.

—Lo habrá tomado por su cuenta la Fatalidad, la querida hermana adoptiva de don Adolfito—interrumpió Ester, siempre de buen humor.—Esa Fatalidad desconocida que persigue sin tregua á mi hermanito; quien, con todo, yo no sé cuáles sean sus grandes penas.

—No te burles de él—objetó Blanca con cariño,—Adolfo es muy sensible y de todo se afecta; además, la pasada que le jugó la otra noche Teresa, vale para que se queje... Pobre Adolfo; es tan bueno!...

—Que pobre, ni que ocho cuartos!... Tan simple!... ¿Quién tiene la culpa de que sea más tímido que una colegiala?... ¿Por qué nunca le dijo negros tienes los ojos?... ¿Acaso quería que ella viniera á proponerle matrimonio?... ¡Habrá algo más insoportable que un hombre tímido!... ¡Yo si le aplaudo á Teresa que se haya dejado de sentimentalismos!... ¿Conoces algo más detestable que esos hombres pálidos, melenudos, enflaquecidos por el abuso de la morfina, y con una voz cavernosa hablan del beso argentado á la luna á las soñolientas aguas del lago glauco, del trino misterioso del ruiseñor, del susurro cadencioso de la brisa entre las adelfas, del gorgeo sugestivo de las fuentecillas entre la grama perfumada?... Y la primorosa Ester tomaba la actitud criticada, ocupando todavía el asiento del piano; arrastraba las palabras alargando los labios, para hacerlas parecer más ingratas. Poniendo los ojos en blanco continuó:—O si no nos peroran sobre las tardes castañas, las noches ingenuamente brunas, las auroras nacaradas y los cielos gualda!... Eso es inaguantable!—y pareció enfadarse.—El hombre ha de ser la encarnación de la fuerza, del valor, del arrojo, de la osadía si es preciso. Nosotras buscamos siempre, y es la ley natural, el complemento nuestro. Por más que tú digas lo contrario—añadió viendo que Blanca trataba de interponerse,—¿habrá algo

peor que ir una á casarse con un hombre que crea en aparecidos, se desmaye en presencia de un buey porque tiene las astas largas, se maree con el olor de la bergamota y tiemble de horror si se le habla de asesinatos, de sangre, de combates?... Yo, quisiera para mí más bien un Porporato, con sus aventuras sangrientas y heroicas tal vez, que un arcángel de sacristía con su faz taciturna y sonrosada, los ojos bajos y las manos eternamente cruzadas sobre el pecho.

—No seas loca, Ester; no hables ligerezas—intervino alarmada doña Elisa al oir expresar ideas tan extrañas á su hija.—¿De dónde has sacado esas extravagancias? ¿No te digo que eres una deschavetada?...

Entró Adolfo; en su rostro se dibujaba la ansiedad de una espectativa.

—Sí, señoras; soy con ustedes. ¿A ver, de qué se trata?...

Y tomó asiento al lado de Blanca en el sofá.

Ha llegado el señor Ministro de Marina y Guerra; se declara abierta la sesión. Tiene la palabra el señor Ministro del Interior y Relaciones Exteriores, para que se digne informar al honorable Consejo sobre los asuntos de su cartera.

Ester aquel día se había propuesto charlar como una máquina.

—Te escuchamos, madrecita—dijo Blanca con dulzura, inclinando su cabecita fina y blonda hacia la señora.—Me tienes impaciente; habla!

—Sí, cuenta—exclamó Adolfo;—estoy dispuesto á oirte.

—Pues bien—respondió doña Elisa cobijándose de nuevo el pañolón negro.—Más ó menos ustedes adivinan de qué voy á tratar... Es el caso que Ester...

—Perdón; reclamo el tratamiento; su señoría el Ministro de Hacienda—objetó con seriedad aquélla.

—Pues, como más te agrade, loquilla... Decía que

ésta... señora Ministra, llena de ligerezas y destornillamientos...

—Pido que no se ofenda mi dignidad excelsa de Ministro de Estado ó renuncio al cargo!...—Y alargó ceremoniosamente á su madre el manojo de llaves.

—Déjame, ó renuncio yo á explicarme!...

—Sí, señora Ministra de Hacienda — intervino Adolfo entre enfadado y chancero.—Deje usted hablar... ¿Decías madre?...

—Que Ester, con sus locuras ha hecho perder también la cabeza á nuestro amigo Enrique, quien se empeña en alcanzar el consentimiento nuestro para unir su suerte á la de la más loca de todas las locas de los manicomios; en tal virtud, he creído mi deber reuniros á fin de que cada cual manifieste su parecer. Yo por mí, creo que Ester debiera pensarlo un poco más; es preciso se convenza de que esto no va á ser un juego de muñecas; es asunto de toda una vida, de toda una felicidad, ó de toda una desgracia, sin remedio ni apelación.

Ester, como si repentinamente la hubiera abandonado su alegre movilidad, medio se volvió al piano y se puso á ejecutar los compases que tan preocupada la habían tenido en aquel día.

La, sol, do, si, la, sol, si, do, re.

Por el rostro pálido de Blanca pasó un ligero tinte de lividez; sus bellos ojos se enturbiaron por un segundo; le tembló ligeramente la mano que tenía apoyada en el brazo del sofá y titiló con reflejos irrisados el solitario. Haciendo un esfuerzo supremo disimuló la dañina impresión causada por aquella noticia, á pesar de haberle esperado por tanto tiempo.

Adolfo, tomando la revancha, preguntó á Ester:

—Y bien, señor Ministro de Hacienda; sírvase usted informar al Honorable Consejo, que hay en el interior de ese pecho, y dar estricta cuenta de los negocios que se le han confiado.

Ester seguía, como si no oyera, haciendo que re-

pasaba la lección, y se empeñaba en no alzar los ojos ni mirar á los circunstantes.

—Vamos, vamos, señor Ministro; ¿qué informa su señoría? ..

La joven pareció despojarse del manto de su timidez momentánea, y volviéndose de frente á su madre respondió con aplomo:

—Pues bien, sea!... Es el caso, honorables colegas, que ya estoy fatigada en el desempeño de mis complicadas funciones de Ministro de Hacienda, de las multiples ocupaciones de mi cargo (que diría Valentín, tu simpático rival, querido colega)—y se encaró con Adolfo, como para herirlo más á fondo—y deseo, con la aquiescencia de tan honorable Corporación, cederle una pequeña parte de mi puesto al inteligente joven don Enrique, bien conocido de ustedes, y del mundo todo, por su ilustración y merecimientos—y la joven hacía ceremoniosas venias, recalcando las palabras.—Así pues, continuó, seremos dos talentosos ministros para el desempeño de una sola cartera. ¿No les parece á vuestras señorías que aquello andará á maravilla?... Será un gabinete modelo!....

—No, mi hijita; dejemos las chanzas para otra ocasión—exclamo doña Elisa, quien había escuchado entre risuña y enfadada,—este es un asunto demasiado serio; es preciso que te des cuenta de la gravedad del paso que vas á dar. Yo creo que, á pesar de todo, ya debieras tener juicio y obrar como una mujer sensata, no como una loquilla; ó, si no, ¿para qué estás engañando á ese pobre joven?...

—Pero, ¡si yo no lo estoy engañando, madrecita! ¿quién lo ha dicho?...

—Pues, entonces, responde seriamente.

—Ya he contestado: sí señora... Quiero á Enrique... creo que él me quiere á mí... así, al menos, me lo ha dicho siempre... Y la otra noche... allí, junto á aquella consola... me dijo... No sé... no recuerdo cuántas cosas... en fin, me preguntó si me parecía

que debiéramos enterarte de... eso... de nuestros amores... Yo no creí que fuera mal hecho... al contrario!... Entonces... sí!; ¿qué tiene de malo?... Entonces me tomó una mano... ¿Hice mal en permitirlo?... Pues yo no tuve la culpa!... No pude evitarlo... Oprimiómela como nunca lo había hecho y me repitió lo de siempre: que él me amaba con toda su alma... que era muy desgraciado porque yo nunca le había manifestado claramente si correspondía á su cariño... que la felicidad de toda su existencia estaba fincada en mi mano.. que su único anhelo, el sueño eterno de su vida, era hacerme su esposa... que si yo accedía seríamos muy felices, que me amaría cada día mucho más... Yo no sé cuántas cosas me dijo!... así muy cerquita, al oído; yo lo dejé decir, y entonces sentí que á él era el hombre á quien yo podría amar... A otro no!, nunca! imposible!.. Acabó por proponerme te dijéramos á ti que nos casábemos y, si consentías, lo haríamos inmediatamente; dentro de un mes, antes si era posible... A mí, por un momento me aterró la idea de que, dentro de un mes, me llamaran doña Ester, me vi vieja, gordísima, con el pelo color de ceniza, sufriendo de fatiga y le supliqué se esperara un año; pero él se empeñó, me rogó, me dijo mil cosas... y al fin acordamos que, si tú convenías, lo haríamos dentro de tres meses... Ahora!... si te parece, madrecita!...

Durante este relato lleno de sencillez é ingenuidad, había permanecido con los ojos velados por la tupida red oscura de sus pestañas, ruborizada por el recuerdo de aquella escena íntima, naciendo figuras con el manojo de llavecitas muy pulidas sobre las rodillas.

Blanca, con sus ojazos profundos impregnados de melancolía fijos en su hermana, escuchaba atenta aquella relación, con indiferencia aparente, pero la blancura azulada de su rostro se acentuaba más á cada instante.

—En cuanto á que yo acceda—respondió la señora,

—tú lo sabes... siempre lo he dicho... no quiero influir ni lo más mínimo en la voluntad de ustedes á ese respecto... Me alarma sólo pensar que, con tus pocos años, tu inexperiencia del mundo, quizá no ames á Enrique tan hondamente como es preciso para soportar el yugo del matrimonio... Y me sería muy doloroso, que por irreflexión, fueras á hacerlo desgraciado.

—Pues bien, mamá—continuó Ester,—yo lo he pensado; estoy decidida, resuelta á tener juicio; y sobre todo, ya empeñé mi palabra; le amo y, puesto que no te opones, sólo falta saber qué opina el señor Ministro de Marina y Guerra, de quien espero no me hará en este caso la *idem*. Ester había vuelto á ser la niña chancera de antes; hacía girar el llavero sobre su dedo índice, levantado á la altura de la cabeza.

—Por mi parte—respondió Adolfo—soy de la opinión de mamá; Enrique me parece un caballero cumplido, y tú debes procurar hacerlo feliz, dejar el día de tu boda, todas tus locuras entre las zapatillas de soltera.

—Y tú, hermanita; mi noble Ministro de Intrucción Pública; tú, ¿qué reprimenda me echas?...—preguntó dulcemente Ester.

—Yo...—articuló difícilmente Blanca—¿yo?... que tú eres la única dueña de resolver en este caso... que si de veras le... le amas... si crees hacerle feliz... á él, tan digno de serlo... que te cases!... Sí; yo creo que la felicidad de ambos está primero que cualquiera otra consideración... Que hable el corazón, el alma, el sentimiento, en ese hogar... que sean muy felices... Sí, que te cases... que...

No pudo continuar; le temblaba la voz empapada en llanto, en esas lágrimas que se bebía orgullosa; un golpe de tos sacudió su cuerpo; púsose el pañuelito de encajes en la boca y, con las pupilas húmedas y los labios trémulos, salió de la pieza con paso inseguro.

—Sí, es muy justa su emoción—decía doña Elisa á Adolfo,—se trata de la separación de su hermana, de arrebatarle su compañera querida; han vivido siempre unidas, están acostumbradas á verse, á consultarse, á alegrarse en sus goces mutuamente, á consolarse con sus pesares; y hoy tiene Blanca que considerarse más sola, más triste... pero, yo cuidaré de no aislarlas... quiere decir que cada una vivirá un mes en casa de la otra.

ADIOS...!!

El coche que de la hacienda de *El Balsial* debía conducir á Jorge á la estación del ferrocarril, esperaba en mitad del amplio patio; el auriga impasible con la fusta en la mano: las bridas caídas sobre las grupas de los caballos que golpean impacientes el pavimento con el casco herrado, meneando el moñón de la cola.

Jorge estaba en la pieza que le había servido de habitación durante su permanencia en la casa de Enrique. Cuidadosamente empacaba en el saco de viaje los últimos enseres de su propiedad, distribuídos sobre los muebles y en los muros, dialogando con Enrique.

—¿De modo que no volverás á Colombia nunca?

—Tal es mi intención, querido Enrique. Nada me detiene en esta tierra. Y, al abandonar voluntariamente mi patria, llevo en el alma más amargura de la que puede caber en el pecho del proscrito. El hombre arrojado á viva fuerza del pedazo de tierra que lo vió nacer, que le enseñó á amar las maravillas de la Naturaleza, á apreciar el bien de la vida, lleva un pesar infinito en el alma al abandonar, quizá para siempre los seres amados, los que le enseñaron la ciencia de sentir; se desprende de un cielo querido cuyas nubecillas le son familiares, de un paisaje que considera suyo, que vivirá eternamente en su recuerdo con cariño; y yo, el más infortunado de los hombres, ni siquiera dejo atrás nada, no puedo llevar conmigo nada, no me pertenece ni el recuerdo, no

me acompañará sino la triste visión de un pasado que vale más olvidar, que detesto!...

—Y ¿por qué ese despecho?—y Enrique recorría la estancia á grandes pasos, componiendo el forro á su cachucha de astracán—¿qué te ha sucedido?... En verdad hace algunos días vengo observándote y... á fe mía, no sé qué te pasa!... Pero no eres ya el Jorge de otros tiempos, afable, cariñoso, decidor, festivo, siempre pronto á la sátira y al chiste; el amigo expansivo, charlador; el viajero despreocupado; el compañero de mis alegrías, el médico de mis tristezas... Vuelve á ser ese!... ese á quien siempre he amado tanto, que la distancia y el tiempo no lograrán borrar de mi recuerdo, de la urna secreta de mis afectos más sagrados.

Y Enrique, interrumpiendo su paseo, se paró frente á Jorge, quien daba ya vuelta á la llave de su maleta, y poniéndole la mano sobre el hombro lo miró de hito en hito. El brillo húmedo de sus pupilas confirmaban todo aquello que él expresaba en voz conmovida por la perspectiva de una separación de tantos años

—Abreme tu pecho, Jorge—continuó,—cuéntame todo eso que callas!...

—Y ¿para qué quieres enterarte de mis amarguras?... No podrías aliviarme; sólo conseguiría yo, haciéndote confidente de mis penas, empañar el cristal de tu dicha, amargar la dulzura de esa copa de felicidad que te espera mañana.

Enrique le miró con aire de tristeza y de reconvención; luego respondió, retirando la mano que había apoyado sobre el hombro de su amigo, como desalentado por aquella reserva que ofendía su interés de hermano:

—Eres un avaro!... Eres un injusto!... Es mucha tu crueldad!... Fuiste mi compañero afectuoso, mi amigo abnegado, mi hermano cariñoso en el día de la desgracia, cuando sufrí todos los tormentos á que pueda estar sujeta la naturaleza humana. En el día

del dolor, en los momentos de desesperación, cuando padecí mucho, supiste consolarme; hoy, vamos á separarnos, quizá para siempre, y sufriendo siéndote posible darme el infinito placer del desquite; cuando me fuera dado pagarte esa deuda de gratitud, de amistad, de fraternidad, me cierras tu corazón, me niegas la revancha!... Ah! esa es mucha crueldad!...

—Perdóname!... Quisiera abrirte mi pecho, Enrique; quisiera ser franco contigo, pero... No puedo!... no debo!... Déjame!... Es el último deber de ese hermano, de ese compañero, de ese amigo á quien has invocado... Por esa fe, por esa vieja hermandad... te lo ruego!... no me instes!...

Fausto estaba impaciente; en la atmósfera que lo rodeaba comprendía que se trataba de darle expansión á sus vigorosos músculos; deseaba el momento de saltar, de regocijarse en el ímpetu de la carrera tras de su amo; subía y bajaba las escaleras, se acercaba á Jorge, prestaba la ancha cabeza á una caricia que sería la unción, el bálsamo fortificante en la precipitud de la carrera y, recibido el agasajo, abría la jeta, lanzaba un aullido de satisfacción, alzaba á mirar á su amo y al dar un rodeo por la pieza olfateaba las maletas, azotaba con su larga cola los muebles, hciendo sonar el candado del collar. Volvía al patio, miraba atentamente el coche, rodeaba los caballos, se inclinaba sobre las manos casi hasta tocar con el hocico el suelo y ladraba lleno de gozo, de entusiasmo.

Llegó Juan por el equipaje; bajó la escalera y lo colocó en el pescante del coche.

Jorge, al ver la acción del criado, consultó su reloj:

—No me va á alcanzar el tiempo. Adiós, Enrique! —y le echó los brazos al cuello.

—Pero, ¿por qué tan pronto?... Todavía falta mucho para el paso del tren.

—No; necesito irme á despedir á *Los Nogales;* quiero verla por última vez, llevar en el alma un per-

fume de su casa, un poquito de su felicidad, el recuerdo de una mirada suya, el eco de ese adiós!...— Y Jorge, sin meditar lo que decía, hablaba así de Ester, lleno de entusiasmo, lleno de la veneración que se guarda por lo inalcanzable, en un lenguaje vivo, sin dejar comprender á su amigo á quien se refería; podía ser tanto á la una como á la otra.— Necesito despedirme de doña Elisa, siempre tan cariñosa para conmigo; ver á Blanca, tan afable, tan simpática; abrazar á Adolfo, decirle adiós al amigo, al hermano del infortunio; saludar á tu prometida, desearle tanta dicha como te deseo á ti, Enrique,... Adiós!...Y Jorge, trémulo por la emoción lo estrechó de nuevo entre sus brazos.

—Adiós!...—Y recostando su cabeza sobre el pecho del viajero continuó: ¿Y es de veras así... para siempre... No volverás?. .

—Sí; para siempre!... Quizá no nos veamos ya nunca... Abrázame; más fuerte!... Adiós!

—Pero, ¿por qué te obstinas en no decir la causa de este viaje?

Jorge no respondió; zafándose de los brazos que lo aprisionaban, corrió á la escalera como huyendo de un peligro. En la meseta se le atravesó *Fausto*.

—Jorge!...—gritó Enrique desde la puerta de la pieza.—Una palabra más! Déjame un recuerdo!... Algo tuyo!... lo que más quieras!... Deseo poseerte en un afecto!... En algo que tú ames!

Jorge se detuvo y volviendo el rostro enrojecido por la lucha interior que sostenía, contestó con voz llena de despecho:

—¿Todavía?... ¿Más?...—Como volviendo sobre sí mismo quedóse un instante pensativo y agregó:— Lo que tú quieras; cualquier cosa... Pide, Enrique!

El perro saltaba al lado de Jorge, poniéndole las manos sobre el pecho, y se veía así mucho más alto que su amo.

—A *Fausto!*... Déjame á *Fausto!*...

—¿A *Fausto?*... ¿Lo único que me queda?... ¿el

único afecto que me es dado llevar?... ¿El único corazón que me pertenece?...

—Sí; quiero á *Fausto* por eso!; porque tú lo amas.—Déjamelo; lo cuidaré, lo mimaré tanto como tú lo haces... Te amaré con él!...

Jorge pareció hacer un esfuerzo supremo; quería terminar aquella escena que lo torturaba; alejarse del lugar peligroso; cada instante sentía subir á los labios una confesión que necesitaba guardar en lo más hondo del alma.

Bueno, sea; te lo dejo!... Ya te lo he dado todo; lo que tú no me quitas yo debo ofrecértelo de buen grado... Todos mis afectos... Este era el último que quedaba aquí... Cójelo!... Que sea tuyo como el otro! Adiós!

Y se precipitó por la escalera.

Para Enrique se desgarró un velo. De toda aquella conversación llena de reticencias y vaguedades se formó, con las últimas palabras de Jorge, una frase que hacía la luz, un solo nombre que lo decía todo: «ESTER»... Comprendiendo pues el motivo de la aflicción de Jorge, la abnegación sublime de aquella alma fuerte que se sacrificaba una vez más por su cariño, corrió tras él, lo alcanzó en el segundo rellano de la escalera, lo agarró por los hombros y, aquellos dos hombres generosos, aquellos nobles amigos, se confundieron en un estrecho abrazo, mezclaron sus lágrimas, sus sollozos.

—Perdóname!... Te he muerto!... Lo ignoraba!; perdóname!... Es tuya; no te vayas, renuncio á ella!... Que el sacrificio sea mío... Me corresponde ese honor; lo pido, lo exijo!...

—No, Enrique, de ningún modo!... Sería una burla, una infamia á ella... No la ultrajes!... Ella no es un bien trasmisible!... Te ama, es tuya!... Tómala!... Amala mucho... sé feliz; hazla dichosa!... Adiós!

Y con un brusco movimiento se arrancó de aquellos brazos.

—Jorge, no seas cruel!... perdóname!...—Y Enrique vaciló sobre sus piernas, tuvo que apoyarse contra el muro para no caer escalera abajo; su frente se inundaba en sudor frío.—No te vayas, Jorge; sé razonable; mira: ella puede amarte á ti... tal vez yo haya cometido una imprudencia, me haya precipitado... Aguarda!...

Jorge estaba ya en el coche. *Fausto* lo había seguido entre alegre y desconcertado, volviendo á mirar á Enrique, batiendo la cola, ladrando fuertemente. El joven sacó la cabeza por la portezuela:

—*Fausto!*... Quédate!... tú no irás... Vamos, adentro!

El perro humilló la cabeza, dió la vuelta en torno del carruaje como para huir la vista de su amo, con la cola entre las piernas y las orejas caídas desgarbadamente. Luego se empinó, puso las manos sobre la portezuela del carruaje, y relamiéndose el hocico lanzó un débil gemido. Parecía pedir gracia.

—No quiere abandonarme—dijo Jorge á su amigo, compadecido del dolor del perro.—Pero ya es tuyo... te lo mandaré luego... Adiós!...

El cochero templó las bridas y arreó los caballos.

El carruaje partió á galope por mitad de la carretera polvosa, seguido de *Fausto* que saltaba alegremente al lado de la portezuela.

EN MITAD DE LA VIA

Las anchas sementeras se extienden en toda la amplitud de la Sabana. La franja estrecha y grisosa del camino, semeja la caprichosa estela que dejara un barco en aquel mar de jaspe al perderse allá en el horizonte entre las recias moles de la vetusta cordillera, incrustada en el azul purísimo del cielo. La Naturaleza se aletarga bajo lor ardores del sol que la mira fijamente desde el cénit con su ojazo de fuego.

Surge en lontananza, primero como un punto negro que se agita, después como una alimaña que se arrastra y más luego frenético, retorciéndose en su presurosa marcha, el tren, la prolongada cola de carros grises y rojos.

La proximidad acentúa los detalles.

Se hacen más espesas las guedejas de aquella barga negruzca que se arrastra sobre el llano ó flota entre las alas del viento que la esfuma. Los vagones están atestados; en los delanteros luce la seriedad marcial de los caballos, erguidos, observando atentamente por entre la reja de madera, perderse allá á lo lejos la última cresta azul de la cordillera, el crestón más alto de los Andes coronado de nubecillas gris y plata. Por último, asoman en las ventanillas de los coches rojos, ligeros sombreritos de paja cargados de flores y cintas, puestos, sobre rizadas cabelleras de azabache ó blondas madejas de oro; rostros jóvenes, ceños adustos, pupilas risueñas, contracciones severas, brazos, girones de abrigo, y,

en último término, un guante crema de fina cabritilla que agita nerviosamente un pañuelito.

La máquina jadea, lanza plumas de humo gris por los dos flancos y se esfuerza en coronar la eminencia.

Allá abajo se extiende la carrilera en un plano vertiginoso para ascender de nuevo en aquel terreno accidentado lleno de recodos y montecillos bajos.

Seguía rodando el tren; traqueteaban rudamente las traviesas, vibraban los rieles de acero. La trepidación de los carros hacía cabecear á los pasajeros que, con un periódico ó con un libro en la mano, parecían hacerse venias grotescas, como presas de un sueño invencible; temblaban las flores en los sombreros, se erizaban las gasas y cintas y cimbraban las vidrieras de los coches.

Jorge, con *Fausto* al lado, dejaba vagar su mirada extraviada por la verdura de los campos sembrados, que al paso rápido del tren parecían moverse y girar pausadamente en un ángulo recto. Su mente viajaba por un mundo lejano, vedado para él; era un sueño de ventura, un idilio de amor, una vida de dicha y ambiciones; la gloria, la esperanza, la ilusión; y todo había caído, todo estaba derrumbado, roto, sepultado bajo un alud. Ya en ese corazón ayer henchido de ambiciones todo había muerto: la esperanza, la fe. Parecía que de su cuerpo insensible hubiera huído el alma; Jorge no era ya más que un miserable autómata; en su pecho había dejado de latir un corazón para cederle el puesto á un trozo de carne, á una bomba hidráulica que hacía su oficio con bastante pereza.

—Vea usted, mi querido señor, se le ha caído el periódico.—Y el viejecito que le quedaba en frente se agachó á recojerlo.

Volvióse Jorge, como si despertara de un sueño muy pesado, y forzando una sonrisa de amabilidad dió las gracias á su vecino, un individuo encanecido por la nieve del tiempo pero rozagante y risueño.

Estos dos hombres formaban pues una antítesis ruda: Jorge, un joven con el corazón destrozado, viejo en plena primavera de la vida, cargado de decepciones por todo lo humano; empezaba el viaje cansado ya de andar por una senda que conocía casi sin transitarla. El de enfrente, un anciano—copiaba, como un espejo, al revés las imágenes,—viejo de años, plegado el rostro por los dedos del tiempo, revelaba en el brillo de sus pupilas, en la cariñosa sonrisa que animaba sus labios, que aún, llegada la hora postrera de su viaje, llevaba el morral repleto de ilusiones, y, al vislumbrar el puerto de descanso, parecía volver la vista atrás, contemplar, en los recodos del camino transitado con seguro paso, las flores rezagadas entre la maleza de los recuerdos.

El alma es algo como una raíz que nos transmite el jugo vital: á medida que esa raíz crece y los días tienden sus alas sobre ella, echa nuevas cepas, se incrusta y adhiere con fuerza á la tierra. Mueren diariamente con admirable conformidad y despego de los bienes terrenos, jóvenes á quienes hemos creído llenos de ilusiones y esperanzas en el mañana, en tanto que los viejos, machacados en el yunque de las vicisitudes, en el lecho de muerte piden á voces vida, se rebelan á hundirse en la eterna sombra; son el corcho de la existencia, quieren flotar á despecho del peso de plomo que los arrastra al fondo... Por eso es ruin vivir: esta es la promiscuidad de los extremos: el alma, la más bella de las obras de Dios, se encariña á la más miserable de las pequeñeces creadas, la materia... Cada decepción parece traer el gérmen de una nueva esperanza; y es que, en el árbol frondoso de la vida, cada hoja arrancada de su tallo y abatida en el vacío por la racha helada del otoño, es el anuncio de otra aún más hermosa que fecundará la primavera.

—¿Está usted preocupado, mi querido señor?... ¿Va usted para muy lejos?... Ah, sí!; comprendo: una familia; quizá una novia joven y hermosa... Es muy

justo; pero, confianza!; confianza, mi querido señor!... Usted también es joven, mañana volverá... todavía le queda mucho por recorrer de este camino.

—¿Una familia... una novia... hermosa?... sí!; digo, no!... Ni familia, ni novia; nada!... Todo ha muerto; ya no queda nada para mí!... Sí: todavía mucho por andar del camino... Sí, señor!... mucho!

—¿Está usted solo?... ¿Es acaso huérfano, mi querido señor?...

—¿Huérfano?... sí... ¿Solo?... solo no!... tengo un amigo; un fiel amigo: el único, el último; á quien no puedo causar daño alguno, de quien no espero recibirlo jamás!... ¿Verdad, querido *Fausto?...*

El perro sabía todo cuanto significaban aquellas caricias, aquellas frases; brotaban de labios de su amo y caían sobre su cabeza como gotas de miel mezclada de acíbar y, arrastrando la cola sobre el pavimento del coche, dió un gruñido lastimero: el infeliz no podía hablar pero sabía sentir.

—¿Ese perro?... Hermoso animal—y le acarició la frente.

—Sí; mi fiel amigo, mi amado *Fausto.* No ha querido abandonarme; no ha sido posible arrancarlo de mi lado.

El tren seguía volando por la explanada.

El crujido de los durmientes ahogaba las conversaciones los labios de los unos se aproximaban á los oídos de los otros para no perder el sentido de las frases. El vaivén continuaba acentuándose: de cuando en cuando se sentía un brinco más fuerte, los carros pretendían detenerse pero la máquina los arrastraba tras sí con un remesón violento.

—Este tren está muy duro, mi querido señor.— Y la cabeza blanca del anciano, cubierta por un sombrero de fieltro, se bamboleaba frente á Jorge.

—Sí, señor; debe haber algún daño en la vía; se siente algo desusado.

—La Compañía debiera tener más cuidado, sobre

todo en estos puntos peligrosos; usted sabe... aquí, á pesar de ir en descenso, es preciso ponerle mucha fuerza á la máquina de lo contrario no sería posible lograr que alcanzara á coronar la altura; sobre todo cuando el tren viene demasiado cargado, como sucede hoy... En los días de tráfico fuerte, creo yo, sería más útil y menos peligroso poner varios trenes... ¿No lo cree usted así, mi querido señor?... Este cargamento es excesivo para una sola locomotora, y con tanto coche se hace muy fácil un accidente.

—Pues, sí; pero, estando la línea corriente y el material rodante bien examinado, no creo urgente esa reforma que, por lo demás, acarrearía grandes desembolsos á la Empresa; la hulla ha obtenido un alza considerable y las grasas escasean por la dificultad de la importación en esta época anormal...

De pronto se sintió un remesón terrible, un crujido formidable: luego otro choque y un estampido, después otro y otro. Parecían descargas de artillería; aquello era el fragor del combate: chocar de acero, gritos desesperados, rugidos espantosos. Y entre toda aquella barahunda, en los carros de pasajeros se produjo el pánico de la catástrofe todos los viajeros se pusieron en pie, se agolparon á las ventanillas, á las portezuelas: todas las cabezas salieron fuera de los coches:

—¿Qué sucede?...

Y empezó la disgregación, la derrota.

Los coches ya no rodaban sobre los rieles: se habían salido de la vía y en la fuerza de tracción que los impelía hacia abajo, unos atropellaban á los otros, como un ejército sin jefes que se desbanda, como una pléyade de chiquillos aterrorizados.

Se había roto un eje á uno de los vagones delanteros y, al salir la rueda girando sola, la palanca de acero se clavó en tierra haciendo resistencia á la máquina que bajaba la pendiente como un exhalación: reventóse el freno que sujetaba el vagón roto

á sus precedentes, y despidió la locomotora con los carros libres.

El vehículo roto en mitad de la carrilera quiso oponer necia resistencia á la carrera loca de los que le seguían, pero la fuerza impulsiva que los guiaba hizo golpear al siguiente con formidable estrépito contra él, volviéndose ambos añicos en el choque. Continuaba la fuerza impelente: con una rapidez vertiginosa se estrellaban los carros unos contra otros; pretendiendo salvar el obstáculo formaban una nueva muralla de astillas, hierros retorcidos y escombros que invadían el camino.

Pronto, aquel tren que orgulloso se pavoneaba momentos antes en las revueltas del camino, entre su desflecada cabellera de chispas, solo fué un montón inútil, un rimero de tablas, un castillo de naipes volcado por el soplo que lo desbarata sin dejar ni el recuerdo de su existencia efímera.

Los bultos de mercancías se ven aglomerados sobre el vientre de los caballos que patean bufando en su agonía, entre un ancho pozo de sangre; algunos hombres soportan sobre el tronco pesados cargamentos de harina; los sacos desbordados por el golpe invaden la carrilera; se oyen los ayes lastimeros, los gritos desesperados, las blasfemias, los resoplidos y relinchos. Todo en una confusión donde no se sabe á qué cuerpo corresponden los pies que asoman bajo un fardo, ni de que tronco es la cabeza rota que con los sesos fuera, naufraga en un charco de lodo.

Los últimos carros, detenidos en su velocidad por la distancia, venían, chocaban rudamente y se abrían como las varillas de un abanico.

Fausto, luciendo la elasticidad de sus patas amarillas, corría por sobre los escombros olfateando; no encontraba á su amo, no estaba el de Jorge entre los rostros despavoridos de los pasajeros escapados al siniestro, quienes contemplaban impotentes la agonía de sus compañeros, sin poder ofrecerles una

ayuda para salir de bajo aquella mole, sin poder demostrar su dolor, más que por exclamaciones y ademanes de espanto.

El perro aullaba desesperado, husmeaba, subía, bajaba, volvía á subir sobre las tablas destrozadas, sobre los ejes doblados, sobre los cuerpos palpitantes y, levantando el hocico, parecía, en un gruñido inmenso, enternecedor, pedirle á ese sol impertérrito que seguía rodando en la inmensidad azul, le diera cuenta de su amo.

El sol pareció haber satisfecho la interpelación del perro, porque, con un movimiento rápido, como animado por una idea fija, miró hacia abajo, olfateó y á grandes brincos se crecipitó de su fúnebre atalaya: giró sobre aquella masa informe y, tiñéndose en rojo los guantes blancos de sus manos, atravesó el charco de sangre y se acercó á un coche abierto como una flor por el choque de los más rezagados.

Jorge estaba allí, la boca abierta con un gesto horrible de dolor, los ojos saltados de sus órbitas, los puños crispados sobre el eje de una rueda que le traía triturado los intestinos y, en su agonía, como si quisiera vengarse en el último esfuerzo de su desesperación, clavaba las uñas melladas en aquella mole de acero.

Entonces, *Fausto* entristecido sentóse sobre las patas traseras, alargó la cola y lanzó un aullido triste, desgarador, lastimero: un *de profundis* que quedó ahogado entre los ayes de los moribundos y las imprecaciones de los heridos.

... ...

Un viejecito rozagante, cuya cabellera plateada brillaba á los rayos del sol, bajo un sombrero de fieltro, contemplaba el cuadro de ruinas, agitado por una convulsión epiléptica.

Seguía la antítesis: el hacha de la vieja leñadora hiriendo el retoño fresco, y el tronco abolengoso besado por los rayos de un sol siempre sereno.

LA SALA DE DESCANSO

A través del espeso velo de humo de cigarro que flota en el salón, se ven pendientes de los muros grandes cuadros, donde lucen las adustas efigies de altas dignidades en la política del país. De entre las mediastintas se destacan anchas frentes, enormes mostachos, condecoraciones y bandas.

Por los pasillos se apresuran los empleados con gruesos libros y legajos de papeles bajo el brazo.

Los legisladores de la Nación se pasean en grupos por las salas; en sus rostros tiesos, impenetrables, se dibuja el sello ó contramarca del alto magisterio que ejercen.

Afuera, como el ruido producido por la marea, se eleva el murmullo ronco del auditorio impaciente por la llegada del momento en que ha de principiar la sesión, la cual promete ser acalorada; se discute un nuevo proyecto de ley sobre elecciones.

Don Valentín, incrustado en su severa levita de corte elegante, se pasea del brazo de Arturo, en una de las salas contiguas á la de las sesiones. Ha trocado el casco por el sombrero de copa. De sus antiguos tiempos sólo quedan los guantes, cuyo uso exagerado le ha valido ya un desafío. Era una discusión acalorada; el adversario estaba á su lado, demasiado cerca tal vez; don Valentín tomó la palabra: refutó en atildadas frases la exposición de su contrario; en lo más exaltado de su discurso, al accionar rotundamente, se le zafó de entre el puño uno de los guantes que fué á dar, desgraciadamente, en mitad del rostro de su antagonista. Todo fué uno,



recibir el golpe, ponerse en pie, aceptar el ultraje inferido á su personalidad privada, protestar enérgicamente ante la honorable Corporación de la ofensa irrogada á su personalidad pública en el recinto mismo de su alta dignidad; y á pocas horas, se cruzaron los padrinos, se concertaron el sitio, la hora, las armas y demás condiciones del duelo. Debía efectuarse éste á revólver, treinta pasos avanzando á cada disparo... Pero,... ¡cosa nunca vista ni oída!... la policía se presentó en el campo del honor en el momento trágico, como si brotara de la tierra, impidiendo así el duelo, el desgraciado derramamiento de sangre de valientes, y por lo demás, dejando salvadas las apariencias del supuesto ultraje y, satisfechos los más ardientes deseos de los duelistas, quienes se dieron allí mismo un estrecho abrazo y regresaron en el mismo carruaje á la ciudad entre los vítores y aclamaciones del pueblo y las fervientes felicitaciones de los tribunos.

Querido Valentín—decía ahora Arturo á su amigo,—yo espero que interpondrás tu reconocida influencia á fin de obtener se dé curso á mi solicitud; me es de todo punto interesante. Se trata de una petición más que justa, *jus ad rem*. Ha dado la desgracia de que las legislaturas pasadas se han abstenido de considerarla; ha sido archivada ya por cuatro veces. Pero no dudo de que, habiendo venido en esta ocasión al recinto de las Cámaras lo más florido, lo más intelectual y culto de nuestros prohombres, será considerada y obtendrá, gracias á tu recomendación especialísima, no sólo el concienzudo estudio de la Corporación, sino un justo y por ende feliz resultado.

—Las pensiones vitalicias, querido mio, han dado mucho que pensar siempre á nuestros legisladores; si no me es del todo infiel la memoria allá por los años de 1825 se empezo á estudiar cuidadosamente tan delicado punto, y lo más ilustrado de los miembros de este Cuerpo, al cual ahora me cabe la honra

de pertenecer, puso sus luces al servicio de la Nación, á fin de despejar la incógnita; por desgracia todo ha sido en vano; el problema queda en pie; no se ha logrado dar un paso adelante de lo señalado por los grandes legisladores del mundo pensante, desde Moisés hasta Zoroastro, Licurgo y Solón. Por lo que es ahora están encomendadas al estudio de una Comisión Mixta, encargada de conocer detenidamente de ellas, y compuesta de tres miembros de distinta filiación política, para evitar favoritismos; pero, da la graciosa casualidad de que todos tres á una son íntimos amigos míos; precisamente ayer fuí invitado por uno de ellos á comer á *La Maison Bleue*. Así, pues, no tengo el menor inconveniente en interponer mis escasas pero desinteresadas influencias ante los fueros de la amistad, en aras del derecho, para ver de sacar avante tu mencionado empeño.

—Gracias, gracias!... Nunca he dudado de tu amistad, honrosa para mí desde todo punto de vista, y esta íntima convicción me ha alentado ahora para venir á distraerte de tus ocupaciones... Mi derecho es adventicio por parte de mi bisabuelo, personaje de altas campanillas; por lo demás esta será cuestión breve: ponerlo en consideración de la Cámara, discutir las bases, votarla por unanimidad... pim!... pam!... Asunto concluído!..

—Aunque las múltiples ocupaciones de mi nuevo cargo me roban la mayor parte de las horas destinadas al descanso, al refresco de la imaginación fatigada, del cerebro cargado de preocupaciones; de esas horas destinadas á la expansión de la amistad, nunca me ha de faltar un momento para consagrarlo á los viejos amigos, para dedicarlo al recuerdo de las dulces horas pasadas en las alamedas de *Los Nogales* ó entre las aguas de aquel hermoso lago á la suave claridad de la luna, con el remo en la mano, envueltos en los acordes de aquel tiple, mecidos por los dejos armoniosos de una canción de amor, de un

bambuco risueño oloroso á tomillo, de esos que evocan á Cloe con la inocencia de sus notas apasionadas y nos hablan del amor pastoril.

—Felices épocas; todo pasó; ya se ha desgranado esa mazorca de oro. De aquellos tiempos hoy sólo queda un escombro, un recuerdo feliz, un destello pálido.

—Yo—interrumpió don Valentín,—desde que dejé la Alcaldía no he vuelto á saber de ninguno de nuestros amigos; supe, sí, le trágica muerta de Jorge; lástima de joven, era un corazón!... Enrique se casó con Ester, ¿verdad?... Brillante matrimonio, dos buenos mozos!... ¿Doña Elvira vive ahora en la ciudad?... El otro día me pareció verla en la calle, pero no pude darme el honor de detenerme á saludarla, porque como tú sabes, mis innumerables negocios no me dejan tiempo, les múltiples ocupaciones de mi cargo me lo impiden en un todo... ¿Qué ha sido de Adolfito?... Desde la noche de Aguinaldos no lo he vuelto á ver por ninguna parte.

—Está aquí ahora; vive con su madre. Parece que se ha entregado á su despecho...

—¿Sí?... ¿A cuál despecho?...

—Hombre!... Y lo ignoras!... Si tú fuiste el causante.

—¿Yo?... Porqué!...—y parecía asombrado; ignorarlo todo.

—¿Cómo que por qué?... Acaso no te llevaste la palma aquella noche con Teresita, la niña de los bucles de oro!...

—Bah!... ¿y es por ella?... Pues dile que no se desazone: ahí se la dejé!... A ella tampoco la he visto desde entonces... Fué cuestión de una fiesta y nada más!... Espero que así lo entendería ella también!... Pero, por mi fe!... ignoraba yo que él estuviera interesado en ese asunto... como ni se le acercó en toda la noche!... De no, jamás hubiera intentado tal descalabro... ¿Y el nuevo matrimonio vive todavía en *El Balsial*?...

—Sí; hace ocho días estuve á visitarlo; Blanca vive ahora con ellos; su madre, para no separarla de Ester, ha resuelto que un mes viva cada una en casa de la otra. Además los médicos le han prescrito el aire puro del campo; en Bogotá, con esta atmósfera viciada que se respira, se hubiera ya asfixiado... A esa niña la roe una terrible enfermedad; cada día está más transparente; en su semblante se trasluce un dolor moral que ella se esfuerza en disimular pero acabará en breve con su vida!

—No lo creas; lo que ha perjudicado la salud de esa niña es su loca afición á los barnices; siempre lo dije: el olor de los aceites es nocivo para pechos delicados como el de esa primorosa artista... Y, en verdad, aquel cuadro que nos mostró una vez alcanzó un premio en la exposición... Era muy justo!... Ese lienzo está animado por la luz del genio.

—Sí; esa mujer es una artista; pero, no lo creas, á ella la mata un sentimiento moral; quizá una decepción amorosa... Enrique me hizo notar que, desde la muerte de Jorge, la cual coincidió con la fecha del matrimonio de Ester, no ha sido posible obligarla á dejar el luto, traje por lo demás considerado por los médicos pernicioso para su salud delicada.

—Y mi acucioso secretario, ¿qué rumbo ha tomado después de que yo abandoné el cargo?...

—Continúa allá incólume. Siempre el mismo, risueño, charlador, relatando historias insulsas de sus tiempos felices; según me contó, hace ya más de cinco lustros vive entregado á los mismos expedientes de esa Alcaldía y no ha logrado subir un escalón en la grada de la Administración Pública... ¡Ahora que se trata de él, y tú has llegado al grado más alto en la política interna del país, interésate por ese pobre anciano: está lleno de hijos y de necesidades!... ¡Sería una buena obra!

—Bah! no; no hablemos de eso... ¡Los leales servidores de la patria!... Es inútil!... son individuos predestinados á no dar un paso más en la vía del

progreso; ellos son el eslabón indispensable de una cadena: nada más; el diente de engranaje en la rueda de la gran máquina gubernamental; sólo tienen un sitio, no sirven para otro oficio, y el día en que ese eslabón se revienta, el día en que ese diente está demasiado gastado por el roce y no sirve para la trabazón, pues, ese día... ese día, se reemplaza por otro nuevo y asunto concluído!...

Crujió el pestillo de la puerta; se oyó por un segundo más fuerte el alboroto de la multitud; de un rudo golpe volvió á cerrarse la hoja de madera y penetró en el salón un individuo de elevada estatura y grandes patillas cenicientas: llevaba colgado al brazo un enorme sobretodo carmelita y en la mano un grueso bastón con puño de oro.

—Querido colega—exclamó don Valentín saliendo á su encuentro.—Precisamente le necesitaba... El señor don Arturo Montecardo... el señor doctor don Ismael Guillermo Lombanillos y Calasparra, actual Presidente de la Comisión Mixta de Pensiones y Recompensas...

Se apretaron las manos; se hicieron las presentaciones de estilo.

—El señor de Montecardo, mi querido Ismael Guillermo—continuó don Valentín,—está interesado en la consideración de una solicitud, hecha á la presente legislatura, sobre una pequeña recompensa, á que se cree con derecho adventicio como nieto del ilustre general Montecardo, eximio prócer de nuestra Independencia, famoso en más de cien combates.

El doctor Lombanillos se paró en firme; miró con ceño adusto á su presentado; sacó del bolsillo una cajita de oro con polvo de rapé, sobre cuya tapa campeaba su cifra artísticamente entrelazada; ofreció á sus amigos, y después de tomar una dosis considerable entre el pulgar y el índice y aplicarla con fruición á su nariz roma, se inclinó diciendo melifulamente:

—Me será muy grato despachar cuanto antes su

negocio, estimable joven. Hablaré con los miembros de la Comisión y mañana á las nueve, si usted lo estima conveniente, lo espero en mi casa...—Y, diciendo esto, entregó á Arturo una cartulina, con los cantos dorados, que era todo un pliego de servicios:

Ismael Guillermo Combauillos y Calasparra

Doctor en Derecho
y Ciencias políticas, de la Universidad Nacional,
General de la república, Individuo perteneciente á varios
Centros Científicos y correspondiente á varias Academias,
Diputado por el distrito de Villaclara,
Presidente de la Honorable Comisión Mixta de Pensiones
y Recompensas, etc., etc., etc.

—Una recomendación de mi estimado colega Valentín—continuó sin inmutarse,—vale para mí tanto como una orden!—Y se frotaba la nariz con un pañuelo de seda rojo y negro.

—Mil y mil gracias, querido colega!; es usted el hombre más amable que he conocido entre los prohombres de esta Corporación. Mil y mil gracias!.

Arturo después de leer atentamente la tarjeta guardóla en su cartera y dijo:

—Agradezco á usted mucho, doctor; mi señor bisabuelo, de quien se trata, ha sido uno de los héroes ignorados que se sacrificaron valerosamente en aras de la libertad y del derecho. El fué uno de esos, de quienes algún famoso poeta ha dicho con acierto:

«En las cruentas labores de la guerra
Sembradora de lauros, fuísteis sacos
De estiércol ¡ah! para abonar la tierra.»

Murió de pie acribillado por las balas españolas de nefanda memoria, «tintas hasta los puños las espadas y rotas por delante las lorigas», sí, en pie al lado del ondulante pendón, pim!... pam!... en el campo de...

—¿Decía usted?... ¿En qué acción?...

—No lo sé á punto fijo; como he tenido el honor de manifestarle, es un héroe ignorado...

Sonó la campanilla que convocaba á la reunión de la Cámara; todo el mundo se agolpó á las puertas de entrada.

El doctor Lombanillos y Calasparra tomó el brazo de su colega, hizo un saludo ceremonial á Arturo, y se alejó hablando al oído de don Valentín, con una sonrisilla maliciosa bajo su bigote de espadachín, que dió mucho en que pensar al pariente del general Montecardo.

El Presidente de la Corporación declaró abierto el debate.

CREPUSCULOS

Caía el sol, revolcándose congestionado en un charco de sangre, naufragando en un mar de fuego; el plumón de la noche, como el ala de una águila gigante se extendía por la comba del cielo. La sombra se aprestaba á arropar su inmenso nido empollador de espasmos y tragedias; la madre de la degradación, la protectora del crimen, cernía pausadamente sus crespones sobre el haz enmudecido de la tierra.

El resplandor rojizo del horizonte iluminaba con brochazos lúgubres el ancho vestíbulo de la casa de *El Balsial;* apagábanse los lampos de luz cobriza en el terciopelo grana de los muebles, revivían en el dorado de los marcos, rebotaban en el cristal bruñido de los espejos, alargaban las sombras, destacaban los rosetones de los tapices y los contornos de los muebles, dando una tonalidad trágica á todos los objetos.

Al frente surgían las líneas de un gran lienzo colgado del muro. Una sombra esbelta; la mujer desgreñada, loca; luego las ruinas del castillo; la escalinata roída, el manchón más oscuro de los álamos; el bruñido plata de las ondas del Duero. Era el regalo de bodas hecho por la artista á su hermana, después de haber obtenido con esta obra el primer premio en el concurso de pintura de la Exposición.

Luego todo quedaba en la penumbra.

Medio extendida en una poltrona, con Enrique al lado, yacía Blanca; la cabeza surgía vigorosa de entre la gasa del corpiño, y se hundía muellemente entre la seda de los cabellos destrenzados. En aquella

faz marmórea desencajada, sólo tenían vida los ojos, de una diafanidad intensa, que se revolvían entre los rizados estrambres de sus pestañas como dos astros entre un cielo de nácar. Las manos se perfilaban cruzadas sobre su regazo como los pétalos exangües de una azucena. Parecía que hubiera huído el alma de aquel cuerpo, que aquel ser se hubiera hundido ya para siempre en el silencio eterno de la noche sin límites, en la impasibilidad del sepulcro.

El joven la contemplaba con profundo dolor. De la belleza de ayer, ¿qué quedaba hoy?... De la elegancia aristocrática de aquella mujer ¿qué existía ya?... ¿Qué se había hecho Blanca, la artista, la mujer inteligente y espiritual, la niña delicada?... Ah! parecía, allí, entre los tonos lúgubres de ese vestíbulo, una flor desgajada del búcaro, tronchada sobre la alfombra de la sala del baile, iluminada por los rayos curiosos de un sol anémico, al amanecer triste después de la fiesta. Era un emblema del pasado, un recuerdo preñado de lejanas felicidades, de esperanzas marchitas.

Entró *Fausto*, con la cabeza inclinada hacia adelante, la cola entre las piernas, taciturno, como amedrentado. Desde la muerte de su antiguo amo, se había aficionado más á la compañía de aquella mujer que le hablaba con infinita ternura, que sabía ajongearlo como pudiera hacerse con un niño que no puede darse á entender, y parecía adivinar sus inclinaciones satisfaciendo sus necesidades. Aquel animal inteligente comprendía los dolores que laceraban el corazón de Blanca y en cada una de sus miradas melancólicas, en cada uno de sus aullidos lastimeros, le enviaba una frase de adhesión, una palabra de consuelo, una nueva promesa de amistad. Se arrimaba á ella con cariñoso respeto, con fruición inexplicable, como pudiera hacerlo á la viva llama de la chimenea que le diera calor, al rayito de sol que volviera la blanda circulación á su sangre y vigorizara sus miembros entorpecidos.

El animal se echó á los pies de la enferma; levantando su ancha cabeza envolvióla en una mirada cariñosa.

Blanca pareció enderezarse para hacer un saludo al perro; el dolor en el pecho la obligó á dejarse caer nuevamente sobre los almohadones que la sostenían; su respiración se hizo más fatigosa; un acceso de tos la sacudió rudamente.

—No hagas esfuerzos, Blanca—dijo Enrique con dulce acento,—procura estar lo más quieta, lo más tranquila posible; estás muy delicada... Tú siempre has sido muy dócil y, ahora, no querrás desobedecer el mandato del médico... Vas á complacerme, ¿verdad, querida hermanita?...

Enrique se había constituído un enfermero de su cuñada; le había cobrado, desde su enlace con Ester, un afecto de hermano, casi la adoración del siervo; efecto tal vez de la diferencia de caracteres entre las dos hermanas. Y su amabilidad para con ella, su habitual cariñoso, estaban recompensados por la ciega obediencia de la joven á sus observaciones; bastaba la manifestación de un deseo de Enrique, para que Blanca se ciñese á él.

La enferma volvió los ojos hacia el joven y le envió una mirada llena de ternura; luego respondió con voz apagada que casi era un susurro, un débil eco de ultratumba:

—Como tú quieras, Enrique, no haré esfuerzos... pero, ¿para qué he de permanecer eternamente quieta?... ¿adelantar los acontecimientos?... Este dolor no se arrancará de aquí!...—Y levantó su mano blanquísima poniéndola sobre el pecho á tiempo en que tosía débilmente; era una tos seca y breve, como si brotara ya del fondo del sepulcro.—Esto... ya... no... tiene... remedio...—Y su voz se ahogaba entre golpecitos de tos que hacían fruncir, arrugar y resbalar la manta que le cubría los pies.

—Oh!; procura no hablar mucho—y Enrique se inclinó á recoger la piel de vicuña.—Menos de eso!...

Es cierto que estás débil, delicada, pero... ¿se acabó esa hermosa fe?... Espera; pronto volveremos á ser tan envidiables como antes... Tú vivirás otra vez, si lo deseas, entre tus cuadros queridos, rodeada de tus caballetes, tus pinceles, tus barnices... esos pícaros barnices!... Acompañada siempre de tu piano mimado... Seremos muy dichosos viéndote feliz, contemplando de nuevo tu sonrisa.

—Sí; mis queridos amigos, mis compañeros—y la joven sonrió levemente, sus labios exangües se fruncieron con un gesto amargo de dolor, de ironía.—Sí... vivir... gozar!...

—Y ¿por qué no?... Ya hemos telegrafiado á tu madre y vendrá mañana... ¿No quieres verla?...

—Sí; pero... ¿mañana?... ¿quién lo sabe?... Tal vez... tarde!... Que venga, sí, pero ahora; es mi último, mi grande anhelo; verla, un beso... el último... una mirada... Mi madre!... mi querida viejecita!... tan cariñosa... Ah!, tanto desvelo, tanto afán ¿para qué?... Oh, sí; que venga ahora mismo; Enrique, tú, tan bueno conmigo, ¿por qué no la has llamado antes?... Pero no; no hay para qué!... Sufriría mucho... quisiera ahorrale este último pesar... me ama tanto!... Pero Dios lo ha querido!... pobrecita, madre querida!... Enrique, para ella mi último pensamiento... mi última oración... el postrer adiós!...

—No, Blanca, no seas tonta; no hables locuras—y los ojos de Enrique se inundaron en lágrimas muy á su pesar.—Esto no será nada; ánimo hermanita!... Si he llamado á doña Elisa ha sido por complacer á Ester... porque se ha empeñado en ello... pero el médico no opina...

—El médico, los médicos!... las drogas!... Sí; un consuelo, nada más... Pero, ¿verdad que la muerte es muy amable?... Allá arriba, desligados de esta pesada cáscara... ¿nos veremos todos?... Sí! yo confío en que así es!...

—Mira, Blanca, no pienses en eso: hablemos de otra cosa; tú eres muy joven, una niña, una florecita

que nació esta mañana... ¿por qué esas ideas, esos pensamientos lúgubres?...

—¿Y acaso la muerte no es bastante deseable, bastante grata?... ¿no es ella el principio del descanso... el fin de tantas amarguras, de tantas pequeñeces, de tantas desilusiones?...

Siguió un pesado silencio; Enrique, con la cabeza entre las manos viajaba por aquel hermoso país con que soñaba Blanca. ¿Acaso él mismo no había pensado en eso tantas veces?...

Fausto se arrimaba más y más á su ama; no apartaba los ojos de aquel rostro. Sólo se oía la respiración fatigosa, desigual de la enferma, quien, con los párpados caídos y la boca entreabierta por la fatiga del pecho se enfrascaba en hondas reflexiones; todo un pasado de amargura, una vida de decepciones, de engañosas quimeras. Parecía luchar con una idea fija que la atormentaba.

El sol seguía retorciéndose en el horizonte: el lago de fuego se oscurecía y se alargaba mostrando sólo un inmenso perfil granate; el ala de la noche, sacudiéndose barría los cortinajes fulgentes del trono del dios sol que moría: la sombra invadía lentamente el vestíbulo ornado de punzó: los objetos fueron perdiéndose en la oscuridad: se esfumó el gran lienzo: murieron los dorados de los marcos, los contornos de los muebles: todo formó una sola masa negra impasible, muda. En el fondo, como dos pozos de leche, como los inmensos ojos de un gatazo en acecho, se adivinan las lunas de Venecia, opacas, sin vida.

El gran decapitado, ese astro apoplético que rueda y rueda en Occidente, lanza todavía un rayo de su valor, esgrime todavía una espada ensangrentada que triunfa del peso de la sombra y viene á dejar envuelta á Blanca en un radio de oro que acentúa su lividez marmórea.

La joven extendió una mano hacia su compañero y murmuró:

—Enrique...

Este se puso en pie, acercóse al sillón y, tomando entre las suyas aquella mano que abrasaba, se inclinó sobre el rostro pálido de Blanca y respondió con solícita ternura:

—¿Qué deseas?... Aquí me tienes, hermanita!...

—Enrique—continuó la joven con voz débil,—hermano mío... ¿me perdonas?

—¿Yo, Blanca?... ¿de qué he de perdonarte?...

—Sí, tú... Perdóname en nombre de Ester!... pobrecita, está también muy mala, ¿verdad?

—¿Muy mala?... no! un pasajero dolor de cabeza: ¿quieres que la llame?... ¿la necesitas? Ella vendrá inmediatamente... tiene tanto gusto en servirte: te quiere tanto!

—Sí, mucho; pero no la incomodes... Déjala dormir... eso la repondrá... Es mejor que ella no lo sepa... Esto es horrible!—y se pasó la mano enflaquecida por la frente, como para desechar una idea. —Es mi único secreto... él me da la muerte!... debe quedar sepultado conmigo, allá, muy hondo, muy oculto. Prométeme que lo olvidarás luego, y me perdonarás. Enrique, júramelo por... por la memoria de tu madre... sí: por ella!

—Pero, ¿qué he de jurarte?... En fin, cualquier cosa; lo prometo, lo juro... por las cenizas de mi madre, si tú lo deseas. Pero, no entiendo!... ¿á qué todo esto? Tú, tan buena, no tienes qué se te haya de perdonar; siempre has sido un ángel!

—¿Un ángel?... No! Una pobre mujer!... la más infortunada! Sí: tengo un gran pecado!... Horrible! Me perdonarás?... Que Ester lo ignore: moriría de amargura. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo: te lo juro: cualquier cosa que sea, no lo sabrá!

—Gracias!

Blanca pareció calmarse: guardó un rato de silencio: luego, oprimiendo la mano de Enrique, empezó en voz muy queda:

—He tenido un gran remordimiento, y él ha sido

la tortura de mi vida! un secreto que día y noche me ha perseguido sin descanso, como una sombra: mordiéndome en el pecho como una víbora. He sido muy desgraciada, Enrique!...—y las lágrimas corrían por sus mejillas.—Quizá—continuó enjugándolas con su pañuelito de encaje, y serenándose un poco,—quizá he alimentado una pasión detestable: la envidia!... amargura por la felicidad del ser más querido, sin embargo, he sentido el despecho de la dicha de Ester: he llegado á creer que era odio... No! odio no! la amo demasiado para poderla odiar un solo instante... Pero he sido presa del vértigo de la desesperación... creí que me arrebataba algo mío... y me invadió el despecho...

—Blanca!—exclamó Enrique conmovido.

—Déjame continuar: quiero que mi expiación sea tan grande como mi culpa... Ella me robaba mi esperanza, todo lo más grande de este mundo para mí... mi único amor!, al ser á quien hubiera podido consagrar mi vida, de quien me hubiera considerado esclava sumisa á sus mandatos, obediente á sus caprichos; por quien hubiera sacrificado sonriendo la misma dicha de sentir, de gozar... En mi desesperación me ha faltado poco para maldecir á la hermana querida, á la niña inocente que me anegó en duelo, porque, Enrique... este luto... estos crespones, esta tristeza... el crespón del alma, no crea!... Jorge era mi noble amigo... pero, no más! Por él no lo he guardado... por otro que ha seguido viviendo en el mundo, muerto para mí, para mi felicidad... Por... perdóname... por... ¡Enrique!... el hombre á quien amé en la tierra y seguiré amando en la eternidad...

Y la cabeza de Blanca se tronchó, como si el último resto de fuerza que le quedaba lo hubiera empleado en hacer esta confesión dolorosa.

—Blanca, Blanca!; ángel mío!; hermana mía!—Gritó desesperado Enrique.

Acababa de comprenderlo todo; se rasgaba en ese instante el velo que lo había tenido ciego por tanto

tiempo. Y cayó de rodillas á los pies de la moribunda, con aquella mano ardiente como una brasa, fuertemente oprimida entre las suyas. Acercóla á sus labios con respeto; luego la estrechó contra su frente inundada en sudor y, poseído por un pesar horrible, cual si tuviera un puñal clavado en el cerebro, se humilló, como el toro que recibe un golpe de mazo en el testuz.

Blanca apretó débilmente la mano de Enrique; pareció hablar, pero su voz expiró en la garganta. Se contrajo todo su cuerpo, como si le hubiera recorrido una descarga eléctrica; su rostro se iluminó con una expresión divina cual si el alma hubiese arrojado lejos de sí un peso que la abrumaba. Luego, haciendo un esfuerzo violento, volvióse hacia Enrique y murmuró:

—¿Me perdonas?...

El joven medio se enderezó. Todavía de rodillas respondióle:

—Oh!, Blanca; ángel del cielo!; corazón generoso... ¿Y he de perdonarte siendo tu verdugo?... Desgraciado de mí; mi torpeza, mi capricho, mi mala fortuna, han hecho tres seres infelices: Jorge, el noble, el abnegado amigo... Ester, la niña, caprichosa, voluble, irreflexible... Y ahora, tú, la más santa de todas las mujeres... Perdón!... Tú eres quien debe otorgarlo!... Sí; tu, Blanca querida...! No supe comprenderte!...

Blanca respondió con voz casi imperceptible, cuyo acento más bien se adivinaba que se oía, cortado por el hipo:

—Entonces... perdonémonos... que lleve yo á la tumba... la certidumbre... de tu silencio... y de tu perdón...

—Sí; mi silencio, mi admiración, mi perdón si es preciso, ángel bendito; con toda el alma!...

—¡Gracias!... Ahora sí ya... soy muy feliz... Gra...

Y la última sílaba murió en sus labios entreabiertos.

El postrer reflejo del ocaso iluminó la faz macilenta de Blanca, animada por una sonrisa celestial que la embellecía, que la divinizaba; aquel cadáver tenía una palidez semejante á la transparencia de la vida celestial, dentro de una figura terrestre; sus labios blancos, por entre los cuales se había escapado el último soplo de su existencia, enseñaban plegados el collar de perlas de su dentadura alabastrina, como una rica joya olvidada entre un estuche á medio abrir.

El sol, derrotado en singular combate con la sombra recogió el último pendón de su alcázar y se desplomó fatigado en un abismo violáceo, en un precipicio de nubarrones irisados.

Todo quedó envuelto en la sombra.

Entonces, *Fausto,* lanzando un aullido sordo, un gruñido de dolor y de desesperación, se lanzó por la escalera al patio, con el hocico levantado, como siguiendo una sombra que cruzó el firmamento enlutado y fué á perderse allá en el boquete dejado por el sol al ocultarse.

La estancia se iluminó repentinamente; entró Juan, el viejo servidor, con un candelabro de seis luces y lo colocó en una de las consolas. Al vivo resplandor Enrique se volvió á arrodillar en el suelo, donde había quedado humillado con la cabeza entre las manos. Despertaba de un sueño, pero despertaba en otro mundo; había soñado mucho, seguiría soñando más aún. Púsose en pie, miró con ojos extraviados á cuanto le rodeaba: los muebles desparramados en la pieza, el cadáver desmadejado de Blanca, más transparente entre el terciopelo del sillón, el rostro quebrantado, sublimente hermoso entre la seda de los cabellos castaños, la sonrisa dulce, divina, que plegaba su boca, aquellos ojos fijos, vidriosos, que parecían mirarlo todavía desde el otro lado de la vida.

Giró sobre los talones y encontróse frente el gran lienzo bañado magníficamente por la luz de seis bu-

jías. Soltó una risotada pavorosa, levantó el brazo señalando el cuadro y con un gesto horrible, como dirigiéndose á aquella mujer que ya no lo oiría nunca, gritó con voz de trueno:

—Ah! sí; el amor, la gloria, la felicidad!... Ja!... ja!... ja!... Mentira todo; corremos tras un rayo de luna!

FIN

INDICE


El Anuario de la Exportación
Industria y Comercio (S. A.)

